

AÑO II

NÚM. XI

CERVANTES

Madrid, junio 1917.

REVISTA MENSUAL IBERO-AMERICANA

COLABORACIÓN

Joaquín Dicenta (hijo) - Amado Nervo - César E. Arroyo - Carlos Bosch - Pio Baroja - M. Suárez Díaz (Fray Lind) - F. Cortines y Murube Juan Ignacio Gálvez - Miguel A. Urquieta - Francisco Giner - Napoleón Acevedo - Goy de Silva - Manuel Verdugo - Mariano Benlliure y Tuero - Carlos Barrera.

Imprenta de M. García y C. Sáez - Meson de Panos, núm. 8

Obras completas de F. Villaespesa



- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSDIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDE-
NALES.
VII.—EL LIBRO DE LOS MILAGROS.
VIII.—JUDITH.—UNA PARTIDA DE AJEDREZ.
IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES. LAS GARRAS DE LA PAN-
TERA.
X.—CANCIONES DEL CAMINO.—GUIRNALSAS DE ROSAS.
XI.—FIESTAS DE POESÍA.—VIDA Y ARTE.
XII.—EL REY GALAOR.—LA DANZA DE LA MUERTE.
-

Directores: Francisco Villaespesa, Luis G.
Urbina y José Ingenieros.

Subdirector: Joaquín Dicenta (hijo)

AÑO II

NUM. XI

CERVANTES

Madrid, Junio 1917

REVISTA MENSUAL

Nuestro director, Francisco
Villaespesa, en América.

Contratado por la Empresa mexicana Virginia Fábregas, ha llegado a la ilustre República nuestro querido director, Francisco Villaespesa. Le acompañan su esposa y nuestro compañero de redacción el notable literato ecuatoriano César E. Arroyo.

De su arribo a La Habana, de los agasajos y honores que se le han hecho en la capital de Cuba, de su llegada a Veracruz y a México, pueden darse exacta cuenta nuestros lectores por los recortes de periódicos americanos que a continuación transcribimos.

Llegada a La Habana.

«A primera hora, conforme anunciamos, arribó el trasatlántico español «Alfonso XIII».

Al ser puesto a libre plática, varios repórters del puerto lo abordaron, para tener el gusto de saludar al insigne poeta español Francisco Villaespesa, que viajaba de tránsito para Méjico en este buque, acompañado de su distinguida esposa, la señora doña María García de Villaespesa.

El eminente autor de «El Alcázar de las Perlas» mostró una gran satisfacción al recibir el saludo de los repórters, y expresó su agradecimiento por las atenciones que la Prensa le brindaba.

Dijo que éste era el primer viaje que daba a América, y que se mostraba maravillado del panorama que le había ofrecido La Habana y su litoral al amanecer.

Su viaje a México obedece a invitación de la actriz Virginia Fábregas, que inaugurará en breve una temporada en el teatro de su nombre, estrenando obras suyas, entre ellas la primera de una trilogía sobre el descubrimiento de América, llamada «Hernán Cortés».

A su regreso de Méjico pasará el inspirado poeta varios días en La Habana.

En este viaje le acompañan, además de su distinguida esposa, su secretario, el también renombrado escritor ecuatoriano Sr. César E. Arroyo, y varios artistas que van a ingresar en la Compañía de la Fábregas.»

.....

«Acompañados del general Miró, estuvieron ayer en Palacio el insigne cantor Villaespesa y su distinguida señora, para quienes el general Miró había solicitado hora de recibo por la mañana. El Presidente de la República y su elegante esposa, ornato principal de nuestros salones, compañera dignísima del intrépido caudillo, departieron amablemente con los visitantes; la primera dama de la República, con la esposa del eximio poeta; el general Menocal, con aquél y con Miró. Hablaron de Cuba, de la Historia de la Conquista de América, de Hernán Cortés y del drama que tiene ya planeado el autor de «El Alcázar de las Perlas», para estrenarlo en la capital de México en el próximo mes de junio; el poeta, deslumbrado de lo que veía en aquellos momentos de grata conversación: a un hombre amable y sonriente, vencedor de una revuelta pavorosa que puso en inminente riesgo la vida de la República, y la propia vida del vencedor; y que hablaba con toda neutralidad de las cosas ajenas al drama real y tremebundo,

cuyo desenlace había él precipitado con su valentía y admirable serenidad. El señor Villaespesa salió encantado de la mansión presidencial, y convencido de que la espada del soldado es el más firme sostén de la República.»

(*La Lucha*, de La Habana.)



«Ayer tarde un grupo de amigos festejaron al gran poeta español Francisco Villaespesa, con una comida íntima. No se celebró el banquete proyectado por la falta de tiempo, quedando éste aplazado para cuando el ilustre autor de «El Alcázar de las Perlas» regrese de su viaje a México.

Después de la comida, el insigne dramaturgo, visitó la quinta La Covadonga, donde fué galantemente recibido.

Acompañaban al gran cantor de Granada, el señor Pepín Rivero, en representación de nuestro querido Director, que por indisposición no pudo acompañarlo como eran sus deseos, y nuestro compañero Mariano Miguel.

En La Covadonga fué recibido por una comisión formada por el Presidente p. s. r., don Severo Redondo; don Amalio Suárez, presidente de la Comisión de Compras; don Maximiliano

Isoba, presidente de la Sección de Instrucción; don Manuel Rosales, Vocal de semana en la Quinta; don Isidoro Pruneda, Secretario de la Sección de Propaganda y bibliotecario del Centro; don Nicanor Fernández, Vicesecretario de la Sección de Instrucción; don Adolfo de Arriba, don José Cuervo y don Jesús Pérez, vocales de dicha Sección; el Administrador de la Casa de Salud, don Francisco García Castro; el Mayordomo, don Francisco García Méndez y los doctores March y Latorre.

Después de visitar los diferentes pabellones y los frondosos y espaciosos jardines, el insigne poeta escribió en el álbum de la quinta un autógrafo que dice así:

«Ante una labor tan enorme como la del Centro Asturiano, se comprende lo que sería España, si los españoles de España tuvieran la cohesión y el entusiasmo, la laboriosidad y la honradez patriótica de los españoles de Cuba.»

«Terminada esta visita, se pensaba visitar la Casa de Salud del Centro de Dependientes, donde los esperaban distinguidos miembros de esta prestigiosa Sociedad; pero hubo que desistir de ello debido a una indisposición de la señora de Villaespesa.

Los visitantes fueron obsequiados con un espléndido lunch, saliendo gratamente impresio-

nados y haciendo de la Quinta toda clase de elogios y teniendo frases de gratitud para la Comisión que tan dignamente los recibió.»

(*Diario de la Marina*, La Habana.)

En Veracruz

«**Poeta, bienvenido seais!**—Nota de alta significación cultural es, sin duda, la visita con que honra a México el poeta Francisco Villaespesa.

Así las consideramos y el prestigio que aureola su frente no sólo en tierra castellana, sino en el mundo de las letras, nos mueve reconocidamente a dedicarle estas líneas de bienvenida, que no por humildes, dejan de interpretar la sinceridad del saludo que, valga la inmodestia, envían de todos los ámbitos las clases intelectuales de México.

Los que conocen la obra de Villaespesa y la pueden apreciar, la veneran. Pues bien, en nombre de ellos, poeta, os estrechamos la mano.

Cualquier pueblo civilizado de la tierra se enorgullecería de contaros entre sus huéspedes de honor porque vuestra visita realza el nombre del país que os comprenda, y tanto en el orden político, este acontecimiento tiene para México una doble trascendencia.

Mañana, el comentario obligado de la Prensa extranjera no será otro que el de: Villaespesa está en México, luego allí hay paz; cuando México se ocupa de invitar a un poeta para agasajarlo, es que ha entrado en una era de edificante prosperidad.

Y además, el poeta vendrá a realizar otra labor aún más intensa, aún más noble: la de estrechamiento intelectual; viene a confraternizar.

En su famosa personalidad tiene la colonia española un ilustre representante que, como un ángel de concordia, unificará nuestras tendencias, vigorizándolas.

El pensamiento de Villaespesa es alto, y, seguramente, racial y no se equivoca; pronto los hechos vendrán a demostrarle que para nosotros ha sido también el símbolo del ideal un lazo indisoluble que nos une a la Madre Patria y que todo lo bueno que de las tierras de Don Quijote nos ha llegado, despertó siempre en el alma nacional un hondo sentimiento de amor y de admiración.»



Más de tres mil personas en el malecón.
—Se esperaba que el vapor español «Alfonso XIII» arribaría a nuestro puerto a eso de las

siete de la mañana, y a esa hora, se encontraban ya reunidas en el malecón de Sanidad las comisiones del Ayuntamiento, de profesores y profesoras, las de los alumnos del Colegio de Estudios Preparatorios, así como muchas distinguidas personas que iban a recibir al laureado poeta español Francisco Villaespesa.

Como a las ocho se supo que el buque ibero no llegaría hasta las diez y media de la mañana, y, por tanto, los comisionados de referencia acordaron retirarse y regresar a hora oportuna.

Se anuncia el buque.—Poco antes de las diez, en efecto, semáforo de Ulúa anunció la aproximación del esperado barco, e inmediatamente el Resguardo Marítimo hizo llegar esa noticia a conocimiento de las personas que tenían la misión de recibir al ilustre viajero.

El «Alfonso XIII».—A las diez y media ya había anclado en el centro de la bahía el hermoso vapor español «Alfonso XIII», y a esa hora ya estaba en el muelle de Sanidad atracado el remolcador «Tulún», en el que tomamos pasajes un nutrido grupo de personas que íbamos hasta el buque a darle la bienvenida al inspirado cantador ibero.

En el «Tulún».—Ahí pudimos ver a los señores Regidor Clemente Moreno, que iba en representación del H. Ayuntamiento, acompañado

de los profesores señor Manuel Rendón, Feliciano García, Mateo Rendón, Enrique Contreras, Gerardo Salazar, Otilio Azamar, D. Abraham Morteo, Anacleto López Ibarra y otros más.

Un grupo florido.—Ahí también estaba, entusiasta como siempre, la genuina representación de las profesoras veracruzanas y entre los nombres que anotamos figuran los de las señoritas Carmen Villegas, Alicia Moreno, Guadalupe Pineda, Beatriz Lara, Constanza Cruz, Josefa González, Dolores Valdés, Guadalupe Pacheco, María Luisa Sánchez, Dolores García, María A. Quiróz, Carmen Merino y María Ochoa.

Los estudiantes.—Llevaban la representación del Colegio de Estudios Preparatorios los jóvenes estudiantes Manuel Maples, hijo; Enrique D. Esparza, Joaquín Moreno Suárez, Gonzalo Paniagua, hijo, y Carlos Carreón.

La banda del Apostadero.—También ocupaba su puesto en el «Tulún» la excelente banda de música del Apostadero Naval, dirigida por el profesor Indalecio Turincio Ruiz.

La muchedumbre en el malecón.—Se había congregado en el malecón de Sanidad inmenso gentío, y esa muchedumbre, de buena gana, hubiera ido hasta el «Alfonso XIII» a saludar al eximio visitante.

Al desprenderse del malecón la embarcación

que nos conducía, la banda de música tocó una alegre pieza.

La llegada al «Alfonso XIII».—A las once en punto llegaba el «Tulún» cerca del «Alfonso XIII». La banda tocaba una bella música. Los numerosos pasajeros que llegaban a nuestras playas en el hermoso trasatlántico comenzaron a aplaudir, señalando al mismo tiempo al maestro Villaespesa, quien acompañado de su distinguida esposa, señora María G. de Villaespesa, nos saludaba, estando descubierto. Todos contestamos con gusto a esas señaladas demostraciones de simpatía.

La bienvenida.—No bien hubo quedado a libre plática el buque, saltamos a bordo, siendo el primero en saludarlo a nombre del Ayuntamiento el regidor Sr. Clemente F. Moreno, cambiándose entre el poeta y el joven edil frases muy afectuosas.

Acto seguido fué saludado el poeta por los periodistas, profesores y profesoras, teniendo para todos frases muy galanas.

Después, Villaespesa presentó a su consorte, la bella y elegante señora María G. de Villaespesa, entablándose grata conversación entre los viajeros y nosotros.

Hablando con Villaespesa.—Es el viajero un hombre de mediana edad. Es decir, que está

en la plenitud de la vida. Cuando más tendrá treinta y seis años. Es alto, de complexión fuerte y no usa bigote. A todos los que le hablaban trataba de atender, y como los interlocutores del poeta eran incontables, nosotros esperamos una oportunidad para poder abordar al viajero, sin pecar de molestos.

Y esa oportunidad se nos presentó en el «Tulún». Ahí nos encontrábamos platicando con el señor licenciado Antonio Hernández Ferrer, distinguido diplomático que acaba de llegar de La Habana, donde fué Ministro interino de México, cuando se acercó el bardo granadino. La música tocaba una pieza. Y dijimos al poeta:

—¿Cómo se siente usted...?

—Al llegar a esta hermosísima tierra, me parece que no soy extranjero, y puede usted creer que me interesan tanto los asuntos de México como los de mi propio país...

Era una frase hermosa, que recogimos en nuestro carnet, para que por conducto de *La Opinión* sepan nuestros compatriotas cómo piensa y siente nuestro eximio huésped.

En el malecón.—A las doce en punto el «Tulún» atracaba en el malecón de Sanidad, donde había más de tres mil personas esperando la llegada del cantor granadino. La multitud vió con admiración al poeta, que acompañado de su es-

posa en raudo coche, se dirigió al hotel en que se hospeda.

Complementarias.—Mañana saldrán para la capital de la República el ilustre viajero, su consorte y el joven mayor del ejército Manuel Sánchez Navarro, quien vino a esperarlo en representación de su señora madre la notable actriz señora Virginia Fábregas. Nos informó el militar de que el Sr. Cedillo, superintendente del Ferrocarril Mexicano, había puesto a su disposición el carro número 501, que sería el que ocuparían en su viaje a México.

En el hotel.—Un representante de *La Opinión* estuvo a visitar al poeta en su alojamiento del hotel Diligencias.

Corto fué el diálogo sostenido con el poeta granadino. Habló de sus esfuerzos tendentes a unificar la raza y se mostró satisfecho de pisar tierras veracruzanas.

«Este puerto—dijo—me ha producido la impresión de Almería, mi ciudad natal. Si yo radicara aquí, a los seis meses me sentiría tan mexicano como ustedes y me dejaría llevar de los mismos sentimientos. Tal sucede con los mexicanos que van a España. Al poco tiempo se observa en ellos una connaturalización.»

El representante de este periódico fumó un

cigarrillo con el bardo y se retiró agradeciendo la amabilidad con que fué tratado.

Villaespesa y su señora esposa recibirán la visita de los miembros del ilustre Ayuntamiento.

.....

.....

Nuestro representante.—Cuando uno de nuestros redactores, en la mañana, se despidió de Villaespesa y de su simpática señora, quedó en que a las cuatro volvería a reanudar la conferencia principiada, y así lo hicimos; nuestro representante fué muy amablemente recibido por el vate, en el amplio corredor del Hotel Diligencias nuevo, donde se hospeda.

La conversación abordó todos los temas; se habló de autores mexicanos y españoles, de sus obras, de la guerra, etc., etc. Y Villaespesa, con su plática agradable, amena, sin demostrar ni revelar el más insignificante punto de cansancio, se explayó, haciendo manifestaciones, emitiendo su opinión sobre el inmenso conflicto mundial.

.....

.....

Y oímos hablar a Villaespesa, al poeta que con sus composiciones conquistó la fama mundial, las coronas que hoy aureolan su frente. La fogosidad con que llevaba la conversación, era de admirar. Tocando indirectamente en su sen-

tir acerca de los dos partidos en pugna, en el otro mundo, no fué explícito, mas se ha dejado traslucir que si Villaespesa es un verdadero admirador de Francia e Inglaterra como pueblos de altísima civilización y amplias libertades, también lo es él de Alemania; de ésta por sus adelantos y simpatizador por razones de Historia.

Llega la Comisión.—A las cinco de la tarde, llegó al Hotel Diligencias, ante el bardo, la Comisión que el H. Ayuntamiento nombró para agasajarlo, integrada por las señoritas Carmen Villegas, Directora de la Escuela Manuel Herrera; María Dolores Merino, Directora del plantel Josefa Ortiz de Domínguez; señores Clemente Moreno, Regidor de Instrucción Pública, representando al H. Ayuntamiento; Abraham Morteo, Director de la Escuela «Francisco J. Clavijero», y Manuel Rendón, Director de la Biblioteca del Pueblo.

La Comisión fué recibida por el propio Villaespesa, que en aquellos momentos platicaba con un representante de nuestro querido colega *El Dictamen* y nuestro redactor, y como la citada Comisión ya era esperada por él, a los pocos momentos se abandonó la residencia para llevar a cabo la gira que se había improvisado.

En dos carretelas partieron la Comisión del

H. Ayuntamiento, el poeta Villaespesa, su digna esposa María G. Robiou, la estimable dama señora Teresa Paz, esposa del señor licenciado Diógenes Ferrand, Gerente de la Compañía de la Fábregas y nuestro representante.

En las oficinas de «La Opinión».—Grata impresión recibieron los visitantes, pues sabiendo de antemano que *La Opinión* albergaría por unos instantes a Villaespesa, la Redacción y la Administración encontrábase prontos a darle la bienvenida.

Unos momentos de agradable charla tuvimos en casa con el distinguido e ilustre huésped, quien demostró empeño por conocer los actuales precios del papel para periódicos.

Las formas estaban puestas en la rotativa, y con el objeto de que se observara el ejercicio de la complicada máquina fué puesta en movimiento, la que iba vomitando números de nuestro periódico, que fueron obsequiados a las personas presentes; al leer Villaespesa y su señora nuestro saludo y la crónica que hemos publicado a las pocas horas de su llegada, tuvo para el periódico frases de agradecimiento y deferencia, haciendo también elogio de nuestra información cablegráfica.

.....
En varias partes.—De *La Opinión*, recorrió

las principales calles, haciendo luego la primera visita a la Biblioteca del Pueblo, donde el señor Rendón, muy comedido, enseñó todos los departamentos, haciendo una ligera historia de reliquias y recuerdos que se guardan en la Biblioteca, tal como el nicho donde fué enterrada una biznieta de Cortés.

De la Biblioteca, pasó la comitiva por la Escuela Naval, y tomando la calle de Doblado, visitó la Beneficencia Española, exteriormente, continuando por la playa, a lo largo del malecón de Sanidad, desembocó en Vicario, viniendo al hotel a las seis y media de la tarde.

En los portales, la Comisión del H. Ayuntamiento estrechó la mano del poeta y su esposa en señal de despedida, teniendo aquél frases de gratitud y que revelaron la satisfacción que experimentaba al verse objeto de tantas atenciones como para él tuvo el puerto de Veracruz y sus autoridades.

En el Casino Español.—El señor Ignacio Martínez y Arturo Llorca, presidente y vicepresidente del Casino Español de Veracruz, quienes en la tarde habían estado a visitar a Villaespesa, hicieron invitación a éste para concurrir al elegante centro, la que aceptó, citando las nueve para presentarse.

Se recorrieron los amplios salones, se habló

de su elegante mobiliario, de su espléndida iluminación, en fin, de todas las magníficas cualidades que reúne esa casa española en Veracruz, y después, en torno de una grande mesa, tomaron asiento: señoras María G. Robiou de Villaespesa y Teresa Paz de Ferrand; señores Francisco Villaespesa, cónsul español Manuel Bayón, presidente del Casino, Ignacio Martínez; vicepresidente, Arturo Llorca; prosecretario, Cesáreo de la Fuente; tesorero, José López Zorrilla; gerente de la Compañía de Virginia Fábregas; Lic. Diógenes Ferrand; mayor, Manuel Sánchez Navarro Fábregas, Perfecto Varela, Manuel Taracena, Sergio Díaz Balsa y José Ruiz Maza.

También asistieron los señores César E. Arroyo, secretario de Villaespesa; señor Arrojo, comandante de la Marina cubana, quien desde la Habana acompaña al poeta, y el conocido primer actor señor Tovar, que viene a trabajar al teatro Fábregas, después de haber estado una larga temporada en los principales teatros de Europa al lado de María Guerrero y Rosario Pino.

Y llegó la hora de las exquisiteces: ¡El champagne!

Al bullir en la copa el espumeante líquido ambarino, un discurso íntimo, un brindis lleno de la más franca cordialidad fué expresado.

¡Por Villaespesa! ¡Por la literatura española! ¡Por España! ¡Por México...! Y las copas fueron llevadas a los labios, para, transcurridos cortos instantes, ser nuevamente llenas, y así pasar unos momentos de grata satisfacción, de inolvidables recuerdos...

Villaespesa, además de poeta eminente, es un recitador consumado, y así nos lo demostró anoche en el Casino Español con algunas de sus hermosas poesías entre las que anotamos: «Alma Española», «Alma Andaluza», «La Elegía de Granada», «La Canción de la Vida», «La Bandera de España», «Carmen», «Las Niñas Grises» y «Pobre Tísica».

¡Pero qué modo de recitar tan fogoso, tan dentro del ritmo de la poesía, tan sentimental...!

Y la encantadora señora de Villaespesa también nos deleitó con la poesía debida al mismo intitulada «Las Fuentes de Granada». Ella, como él, sabe llegar a lo más hondo del alma recitando con entusiasmo, con fervor emocionante, con un algo misterioso que produce dulcísimas y tristes sensaciones...

El señor Martínez Tovar, del propio modo, con gusto y con una pronunciación clara y timbre de voz firme como de actor que es, igualmente dijo la poesía de Villaespesa «La Canción de la Vida».

Y a media noche, después que el bardo, a petición general, repitió su recitación «La Bandera de España», haciendo estremecer los sentidos, y llevando lejos, muy lejos, el recuerdo de algunos allí presentes, y trayendo a la memoria fechas épicas de la Madre Patria, la concurrencia abandonó los salones del Casino Español, donde el eco de aquellas poesías parecía repercutir con un tono misterioso.

Apretones de manos, sinceras felicitaciones y adiós tras adiós, fueron las últimas palabras, las últimas frases, despidiéndose del poeta Villaespesa, de su honorable esposa y de los demás acompañantes.

Villaespesa, a pesar de que lo tenía dispuesto, no salió hoy para la capital de la República, pues transfiere su salida para el día de mañana con el fin de pasar un día más entre nosotros, en esta tierra que él encontró tan parecida a su querida Almería.

Entre los afectuosos saludos que ha recibido el señor Villaespesa anotamos el de la Colonia Española en Orizaba, la que lo invita galantemente. El ilustre poeta sabemos que con todo gusto la aceptará; pero no por el momento, pues antes tiene que cumplir cortésmente con la señora Fábregas, que lo espera en México.

(*La Opinión*, de Veracruz.)

Un redactor de «El Dictamen», de Veracruz, conferencia con nuestro Director.

«No fué una interviú al uso. Fué más bien un momento de charla, de acercamiento espiritual. El entrevistador, a decir veras, enfermó de pasmo al encontrarse frente por frente del autor de *Tristitiae rerum*. (Y citamos este viejo libro del poeta, porque, a nuestro juicio, si no condensa el arte exquisito que campea en toda su obra, sí, al menos, encierra toda la honda emotividad de su estro). Creímos encontrarnos con un Villaespesa tristón y desencantado, firme dentro de su dorada *torre de marfil* y rehacio a toda sugestión de la Vida. Y fué todo lo contrario. El Villaespesa «hallado» fué muy distinto, muy otro del que nos habíamos imaginado. Encontramos a un artista todo bríos, todo optimismo, todo vida nueva—valga la expresión—, a quien atraen, como un imán, uno a uno de los grandes problemas mundiales que, tanto en la vida económica como en la artística, agitan en estos momentos los destinos del mundo.

Como observáramos que el laureado intelectual es un gran *causer*—uno de esos divinos y amenos conversadores al estilo Daudet, según rezan las consejas literarias del siglo pasado—,

optamos por seguir la corriente sugestiva y tórrida de su verbo. Y el poeta hablónos, durante largo rato que a nosotros antojósenos fugitivo minuto, de diversos e interesantes tópicos. Hablónos poniendo en sus palabras todo su calor meridional, toda su fe de convencido y de optimista. Todo su entusiasmo de latino y de artista. Y así, accionando con viveza extraordinaria e imprimiendo a sus gestos y palabras una expresión muy villaespesiana, muy suya, muy única, oímos al gran poeta hablar de la siguiente manera:

—¿La gran guerra? Una sangría que estaba reclamando Europa. Sangría bestial, atroz, nunca vista; pero sangría necesaria. Dentro de ella debátese un duelo formidable sostenido entre Inglaterra y Alemania. Las demás naciones que actúan en el conflicto no son más que comparsas de la grandiosa tragedia...

Por lo demás no hay que confiar en que el poderío alemán esté tan abatido como se cree. Los alemanes forman un pueblo consciente y patriota y saben por qué luchan y hasta dónde van. Estoy por decir que si Alemania consiguiera concertar la paz con Rusia, el triunfo en la liza sería de los Imperios Centrales. Y conste que no soy germanófilo sino un español que tiene la pretensión de ver las cosas a través del

prisma de la verdad. Aunque si me inclinara en mis simpatías por Alemania, buenas razones históricas tendría para ello. Francia, hermana de raza, no se ha portado con nosotros muy bien que digamos, y por lo que respecta a Inglaterra, ¿qué he de decir? Cuando recuerdo a Gibraltar enrojezco de vergüenza y de cólera. Pero lo repito, no soy germanófilo.

—¿...?

—¿El sentir de España? Pues diré que es neutral y que seguirá sosteniéndose neutral, muy a pesar de tres o cuatro políticos que por tener sus intereses del lado de los aliados, quisieran ver a España arrojarse por la ventana. Hoy el quijotismo ha muerto entre nosotros, o mejor dicho: Don Quijote se ha vuelto cuerdo, tan cuerdo como Sancho. Por otra parte, España está desconocida.

No es el país carcomido y apolillado que yace bajo la férula de los curas, del que habla la portentosa leyenda. Es ahora España un pueblo sano, demócrata y trabajador, llamado a nuevos y brillantes destinos. La guerra, por otra parte, ha hecho circular entre nosotros verdaderos pactos. Trabajamos sin sentir el paso de las horas, el peso del tiempo. Día con día establécense nuevas fábricas, nuevos talleres, nuevas industrias. Creo firmemente que España, después

de la guerra, será una de las naciones más fuertes del viejo mundo. Y lo más consolador es que trabajamos dentro de una libertad absoluta. Dentro de esa libertad, el pueblo ha hecho sentir al Gobierno su opinión y sus aspiraciones, y ha sido y será siempre atendido. Ejemplos: la caída del Gabinete que presidía el conde de Romanones. Lo que necesitamos, ciertamente, es el hombre de Estado que conduzca por seguros derroteros a la España de hoy. No le tenemos por el momento; pero mi optimismo me dice que surgirá pronto. Surgirá.

—¿...?

—Sí, yo también lo creo así. El peligro de la gran guerra no se palpa hoy, está escondido. El peligro está oculto dentro del porvenir, porque estimo que no vamos a tener ni vencidos ni vencedores. Firmada la paz, Alemania conservará entre sus manos una buena suma de poder, de fuerza. Y nuevas luchas de pueblo a pueblo tienen que sobrevenir, no lo dude usted. Los intereses de Rusia e Inglaterra son distintos; distintos a la vez los de Francia e Italia. Los amigos de hoy serán los enemigos de mañana. Y no habrá para entonces *entente* posible. Los cañones volverán a tener la palabra.

Como para nuestro objeto informativo hubiéramos ya divagado bastante sobre la guerra, di-

mos un corte a la conversación en este sentido; orillándola hacia el unionismo latinoamericano. Pero dejemos otra vez la palabra al poeta:

—Mientras no cese por un momento la amenaza constante de los enemigos de nuestra raza, orec que Hispano América y España, deben tender a estrechar cada vez más sus lazos amistosos y unirse prácticamente ante la asechanza común. Estimo que en todas las grandes ciudades donde se habla español debieran establecerse *bureaux* de Prensa, cuya misión fuera la de realizar un constante intercambio mental. La Prensa y el libro nos serian de suma utilidad para ello y nuestras clases dirigentes tendrian una magnífica oportunidad para ayudar a la realización de una obra meritoria y trascendental. Necesitamos unión, unión. Hay que predicar ésta por dondequiera. Cáusame grima ver cómo los pueblos de Sud América se encojen de hombros ante la seriedad de vuestras dificultades con Estados Unidos, como si al jugarse los destinos de México, no se jugaran los de todo el Continente.

Como interrogáramos al poeta respecto a su próxima actuación artistica en México, dijonos que durante su permanencia en la Metrópoli estrenará tres tragedias en verso y en cuatro actos, todas ellas relativas a asuntos históricos, las

cuales responden a los títulos siguientes: «Aben-Humeya», «La Maja de Goya» (episodios de la Independencia española) y «Hernán Cortés» (episodios de la conquista de México).

—También daré tres conferencias—dijonos para terminar—: la primera de ellas relativa al teatro actual; la segunda a la poesía castellana contemporánea, concepto de la misma y de la misión del poeta de hoy, y la tercera que versará sobre el tema de la *colonización española*.

Expondré, tanto al hablar del teatro como de la poesía actuales, cuál es mi concepción respecto del arte contemporáneo. Creo que la poesía tiende a humanizarse buscando el contacto de las muchedumbres. Hasta hace poco tiempo creímos que era muy artístico, muy bello y muy *chic*, estar encerrado dentro de las torres de marfil; pero hemos llegado a convencernos, al fin, de que eso no ha sido más que una simple tontería. Hemos despreciado torpemente al público, a las masas, creyéndonlas incapaces de toda emoción estética, y nos hemos engañado. Hay que ir al pueblo y mezclarnos con él para sentir mejor sus anhelos y sus aspiraciones y sus dolores. Es ridículo que continuemos cantando para nosotros mismos. D'Annunzio, el poeta más grande que ha producido la raza, no ha tenido inconveniente en bajar al seno anónimo de

las multitudes. Estimo que el poeta de hoy debe mezclarse a la política y a todos los problemas sociales en que nos encontramos' envueltos. Debe ser el poeta múltiple y su canto debe tener la amplitud de lo inmenso y de la gloria. Se acabaron los poetas cisnes para ceder el paso a los poetas águilas. Tal es mi nuevo credo artístico.

Y, estrechando afectuosamente la diestra del poeta, dimos por terminada la iuterviú».



Nota de la Redacción.

He aquí algunas noticias de la triunfal entrada del insigne poeta español en América.

En el próximo número daremos cuenta de su llegada a México.

Mientras esto llega, enviamos un fervoroso saludo a las capitales por donde ha pasado nuestro Director... Cuenten ellas con todo nuestro afecto y sea este viaje del poeta un lazo más de la tan necesaria y deseada unión hispanoamericana.

Exposición Nacional de Bellas Artes.—1917

I

SECCIÓN DE PINTURA

Las primeras medallas.

Sobre algunos de los cuadros presentados y admitidos por el Jurado en la Exposición Nacional de Bellas Artes campean ya los cartelitos indicadores de los premios concedidos y logrados.

¿Acertó el Jurado en las adjudicaciones? Sí y no. Comenzaré dando una ligera idea de los lienzos que ostentan orgullosos al público esta inscripción: Primera medalla.

Son tres: unos paisajes de Joaquín Mir, titulados «Aguas de Moguda», «Crepúsculo» y «Ermita Roja»; «A la fiesta del pueblo», de Eugenio Hermoso Martínez, y «Ver solaris», de Valentín de Zubiaurre.

JOAQUÍN MIR

Mir es un buen pintor indiscutiblemente; al fin se le ha hecho justicia, aunque un poco tarde; en la pasada Exposición debieron darle primera medalla; no lo hicieron entonces, y los Jurados sabrán por qué; menos mal que se ha corregido la injusticia. Lo que presentó en 1915 era muy superior a lo que hoy presenta; no quiere decir esto que ahora no sea digno del premio conquistado y de toda clase de alabanzas.

Los paisajes de Mir tienen luz y alegría y color; no son como algunos de que luego hablaré, y como otros de que no pienso hablar, en los que el pintor trata de presentar pedazos de Naturaleza con falsas luces y colores falsos por afanes de mal entendida originalidad, empujado por una ilimitada soberbia que le hace creer que puede corregir y mejorar lo incorregible y lo inmejorable.

Joaquín Mir ha escogido para asuntos de sus cuadros tres paisajes que existen y los ha visto en otros tantos momentos innegablemente reales. La visión es poética; tiene algo de la dulzura de Santiago Rusiñol; habla también de misterio, no el misterio de los cipreses altos y los jardines pensativos y tristes, sino de un misterio acariciante; los árboles de los paisajes de Mir parece que se arrullan.

Sin embargo, estos tres cuadros no llegan a las anteriores obras de su autor, lo que quiere decir que Mir es de los llamados a perdurar en la historia del arte pictórico nacional.

EUGENIO HERMOSO

Otra de las primeras medallas dadas con justicia es la de Eugenio Hermoso. Su cuadro «A la fiesta del pueblo» no tiene el interés que los de Joaquín Mir. Falta originalidad en el concepto y en la forma. Aquellas muchachas aldeanas que caminan por un extenso valle las hemos visto en otros lienzos; a pesar de esto, el cuadro es de excelente factura.

Seis de las muchachas ríen con una risa franca; el cielo y el valle parecen contagiarse y ríen también. La más interesante de las figuras es la que se halla a la derecha del espectador; ésta sonríe nada más, y melancólicamente; su gesto es un gesto doloroso de hastio, su mirada se sale del lienzo para mirar lejos, muy lejos, hacia otros horizontes, detrás de los que se alzan mundos desconocidos para ella. Son todo un poema de cansancio y ambición el rostro aquel y los ojos aquellos entre las seis muchachas pueblerinas que retozan y ríen con una risa franca.

VALENTÍN DE ZUBIAURRE

Y vamos con la otra primera medalla otorgada a Valentín de Zubiaurre. Además de un retrato, sin importancia ninguna, presenta este extraño pintor dos cuadros: «Ver solaris» y «Euskatarroch». De sobra saben los lectores que tanto Valentín de Zubiaurre como su hermano Ramón sólo tratan los asuntos vascos, y de una manera tan parecida, que es el uno

reflejo fiel del otro. Juzgando a uno de ellos, casi se puede juzgar a los dos.

Los Zubiaurre tienen inteligencia y un gran temperamento artístico; pero están equivocados en la forma de hacer.

Detengámonos en el cuadro «Euskatarroch». Es digno de verse. Respecto a la composición nadie puede dudar de que es mala; las figuras, el paisaje, las casas, todo se encuentra aglomerado, unas cosas encima de las otras, por falta de visión, de perspectiva y porque no sabe resolver la colocación de lo que pinta. Falta armonía y proporción. En uno de los cuadros de que hablamos hay un niño que carece de cuello y que tiene las pupilas mirando a lados distintos. Detrás de un vasco gigantesco, casi junto a él, se alza una casa que no le llega a la cintura; esta casa, blanca y brillante como la nieve besada por el sol, tiene a sus pies una ría, en la que es totalmente de noche; menos mal que la vivienda parece pintada en una hermosa mañana de estío: no tiene ni una sombra.

En «Ver solaris» se ve un mar de un amarillo rabioso; al que haya visto el mar de este color le agradeceré que me lo diga: será una cosa nueva que aprenderé, lo confieso modestamente.

En «Euskatarroch» hay un jarro admirable de blanca porcelana; lo raro es que las camisas de los vascos y las casas donde habitan están pintadas con el mismo color. Paso por lo del mar amarillo si alguno de los lectores me asegura, bajo palabra de caba-

llero, que lo ha visto; por lo de las camisas y las casas de porcelana no puedo pasar aunque me lo juren.

Vuelvo a insistir en que los Zubiaurre no son más que unos equivocados; si varían de escuela, si no se empeñan en seguir con esas exóticas entonaciones del color, si abandonan el prejuicio de ser originales a la fuerza y excesivamente, si se dan tal como sienten y no como se empeñan en sentir, harán cosas grandes. Saben poner carácter a sus figuras, les sobran temperamento e inteligencia. Yo espero mucho de ellos. Hablo sinceramente; no trato de echar una de cal y otra de arena como dice la frase popular.

Y sinceramente creo que Valentín Zubiaurre no es hoy merecedor de la primera medalla.

II

Segundas y terceras medallas.

RICARDO URGELL

De las segundas medallas, la más justamente otorgada, la que merece especial mención es la que muestra el cuadro titulado «Día de difuntos», pintado por Ricardo Urgell y Carreras.

Es el interior de una iglesia sombría. Al fondo de la nave se levanta el altar mayor. La distancia y la sombra desvanecen las formas de los atributos sagrados, del sacerdote oficiante, de los acólitos; más que

ver, se adivina que estos seres y estas cosas están allí, por el brillo del oro que borda la estola, por los reflejos de los vasos sagrados, de los crucifijos de plata; ante el altar, en bancos paralelos, parece bullir una masa negra y compacta: son los creyentes. En las primeras filas, los cirios, invisibles en la sombra, llamean misteriosamente. Diríase que, a su luz, son los propios muertos los que celebran el día de difuntos.

Urgell se ha propuesto dar una sensación de recogimiento terrible, de fanatismo salvaje y lo ha conseguido.

El cuadro es justo y sobrio. Tiene grandeza y sencillez a un mismo tiempo. La entonación oscura, salpicada por los reflejos de la plata y del oro y por las llamas de los cirios, es admirable.

De lo poco digno de atención que hay en la Exposición actual, esta pintura es de lo mejor.

NICANOR PIÑOLE

A «Día de difuntos» sigue en valor, dentro de las segundas medallas, un retrato al temple hecho por Nicanor Piñole. Es de una gran sinceridad artística. Creo, sin embargo, que, no obstante estar bien, le sobra el paisaje del fondo. El retrato es de mano maestra y en él se concentra toda la atención del que lo mira. La pintura es serena, dentro de la severidad del personaje tomado por modelo: D. M. P. (no constan más que las iniciales del retratado) es un viejo hidalgo de alta frente, ojos expresivos y pun-

tiaguda barba blanca; es un tipo netamente español.

¿Me engañaré si afirmo que este pintor es ya un buen retratista y llegará a ser uno de los mejores del arte pictórico nacional?

Creo que no. El tiempo lo dirá.

JESÚS CORREDOYRA

Y aun existe otra segunda medalla. La generalidad de los intelectuales, en conversaciones particulares, y buena parte de la Prensa, se deshacen en elogios para el premiado. Disiento en un todo de estas opiniones.

Jesús Corredoyra ha presentado dos cuadros: «Escuela de cantores» y «Ritos de la Catedral compostelana». ¿Puede decirse que están mal pintados? Ciertamente que no; sin llegar a lo extraordinario, no son ninguna necedad. Pero ni uno ni otro son originales; Corredoyra se ha dejado influir demasiado del Greco, hasta tal punto, que no hace más que remedarle. Color, factura, expresiones, todo está tomado, más o menos directamente, de Domingo Theotocópuli. Se puede pertenecer a la escuela de Toledo: lo que no se puede hacer es imitar descaradamente al fundador de ella. Cuando a esto se llega hay que mejorar al maestro. ¿Se considera capaz al nuevo artista para llevar a cabo tamaña obra?

A mi parecer no es este el camino a seguir; ni el desmedido afán de originalidad de los Zubiaurre, ni la total falta de esta virtud de Corredoyra. «Escuela

de cantores» merece tercera medalla. La segunda es excesiva aún; el Jurado ha debido esperar.

Y pasemos a las terceras medallas.

GUTIÉRREZ SOLANA

«Procesión de los escapularios» y «Procesión de Semana Santa», por José Gutiérrez Solana. Son de los cuadros más interesantes de la Exposición, dignos de mejor suerte. El público no los ha comprendido: carecen de colores chillones y luces potentes; se alejan demasiado del cromo para que impresionen a la multitud; hay mucho cerebro en estas dos pinturas, por eso asustan o hacen reír. Indudablemente el Jurado ha visto el valor de estos lienzos cuando les ha dado una tercera medalla; para quedar mejor ha debido dar la de Corredoyra a Solana y la de éste a Corredoyra; hubiese sido más equitativo.

SOLER—MAEZTU—GARCÍA LESMES

CRISTÓBAL RUIZ Y OTROS

¿Qué queda por decir de las terceras medallas? Lo anteriormente citado es lo que tiene verdadero interés.

Quedan aún:

Rigoberto Soler: «Entre naranjos». Mucha luz, mucho color, mucha vida. Excesiva influencia de Sorolla. Está bien pintado y tiene realidad.

Gustavo de Maeztu: «La tierra ibérica». La concepción artística supera a la forma. Maeztu es un re-

belde; parece que no ha querido aprender a pintar, y, sin embargo, hay que detenerse ante sus cuadros; esta es su gran virtud y su gran defecto.

Aurelio García Lesmes: «El barranco de las brujas». Es un buen paisajista; ha presentado un paisaje y han tenido que adjudicarle la medalla. Hace cosas mejores.

Cristóbal Ruiz: «La lancha». Es un interesante estudio, diáfano, ingenuo, de una gran armonía.

Han conseguido también terceras medallas Julio García Gondoy, Angel Larroque Echevarría y Juan Luis López.



La medalla de honor.

SALAVERRÍA

Trátase ahora de los pintores de primera línea que acuden por la medalla de honor. Hablaré primero del «San Ignacio de Loyola», de Elías Salaverría. Este pintor ya tiene primera medalla en la Exposición Nacional de 1912 y medallas de oro en las de Mnnich, 1913, y Panamá, 1916. Es, pues, un consagrado.

La figura de su San Ignacio es de tamaño natural; está colocado en el centro de una de las salas extremas y se divisa a doce metros de distancia. Hago estas objeciones para que los lectores se den exacta

idea de una frase cogida al paso por el articulista, en varias ocasiones y de labios de distintas personas.

Al ver desde lejos la funesta figura, exclama la gente: «Parece que viene paseando hacia nosotros.» La ilusión es exacta.

Este cuadro es, a mi juicio, la obra genial de la Exposición. La figura se yergue en primer término. Viste los negros manteos sacerdotales; de ellos destacan las manos marfileñas y el rostro anguloso y pensativo. Alta, lisa y talentuda frente, pupilas dominantes hundidas en las cuencas, nariz delgada y boca de labios finos y sumidos; hay un no sé qué terrible en la cara del fundador de la Compañía de Jesús. Junto a él, sobre una peña, se ve un libro sobre el que se graban las simbólicas letras de la orden: «A. M. D. G.» A su espalda se extiende un paisaje sombrío, de entonaciones lívidas y oscuras. Cipreses, montecillos, una casa a lo lejos... Y allá, en el fondo, una ciclópea montaña de desnudas peñas, de bárbaro lineaje; sobre ella, un cielo tapizado de nubes cenicientas. El cuadro no es un elogio a Ignacio de Loyola, es una acusación para este fatalísimo personaje; no es el santo, es el hombre de presa, el Cristo malo que no vino al mundo para redimirlo, sino para poseerlo y mover a los hombres a su antojo como a fantoches de guiñol.

¿Logrará Salaverría la medalla de honor? No puedo aventurar juicio ninguno; puedo únicamente decir que la merece. Pueden quitársela, como indica muy bien Luis de Oteyza: «Odios personales, rivalidades

de oficio y antagonismos de escuela o de procedimiento.»

Esperemos.

RUSIÑOL

Presenta Santiago Rusiñol tres cosas: «Huerto del maestro de Capilla», «El surtidor blanco» y «Jardín azul».

¿Qué decir de este pintor insigne, juzgado ya por todos los críticos de arte? Ahora, como siempre, se nos muestra admirable. Es el original autor de los jardines tristes, de los paisajes serenos, de la naturaleza que vive una vida poética de aislamiento y de soledad, de los cipreses que se elevan al cielo como agudas lanzas de combate, de los parques misteriosos, de los surtidores que desgranán en perlas, dulces canciones de cristal.

Cada cuadro de Rusiñol es una estrofa de melancólica dulzura, estrofas de un gran poema silencioso de ensueño. En el reposo de sus paisajes, divaga y medita el alma de las cosas; parece decirnos su mudéz: «aquí no pueden entrar más que los espíritus elegidos».

Hace tiempo que es Santiago Rusiñol digno de la medalla de honor; en la pasada Exposición estaba, seguramente, a más altura que en ésta; eran muchos a quererla; en justicia debió dársele a Gonzalo Bilbao por su cuadro «Las cigarreras de Sevilla», una de las cosas más fuertes del arte pictórico español. Si la medalla de honor se otorga a la totalidad de la labor

de un artista, nadie puede negársela hoy al maestro catalán; si ha de ser necesariamente para el mejor cuadro de todos los presentados en una sola Exposición, tampoco debe conseguirla este año. El «San Ignacio» de Salaverría lo absorbe todo.

No debe importar esto a Rusiñol; en la conciencia de todos, doctos e indoctos, está su valer indiscutible. Si no logra este año el premio, lo conseguirá el que viene. Moralmente lo tiene conseguido ya.

PINAZO

«La princesita de los pies descalzos», «Luciérnaga» y «María Luisa», son las tres obras de José Pinazo.

También la labor de este artista es sobradamente conocida. Tiene medallas en Bruselas, París, Zaragoza y Barcelona, a más del gran premio en la exposición de Panamá, en 1915 tuvo en Madrid primera medalla.

Digno de toda consideración es lo que ahora muestra a los ojos del público madrileño.

Pinazo es un pintor de mérito.

Ahora bien, ¿puede disputar a Salaverría y a Rusiñol la medalla de honor?



Hay otros pintores de primera línea que no están a la altura que debieran (1).

(1) Al acabar este estudio me entero de que ha sido declarada desierta la medalla de honor. Tenía razón Luis de Oteyza.

III

El Grabado.

Anteriormente he hablado de los cuadros que, más o menos justamente, han recibido las medallas premiantes; he de hablar de los que mereciendo tales honores, mejor que algunos de los premiados, se han quedado sin ellos y esperan pacientemente que se cierre la Exposición para que sus autores los recojan. Pero todo se andará, como dice el adagio. Antes de entrar en esta parte de mi ligero estudio, quiero decir algo de aquellos artistas que han dedicado sus esfuerzos al grabado.

Poco hay digno de mencionar.

A mi juicio lo mejor es lo del argentino Rodolfo Franco y lo de Daniel Vázquez Díaz. Respecto a este último, el Jurado no ha sido de mi misma opinión, desde el momento que no le ha dado más que tercera medalla, premiando con segunda la labor de Leandro Oroz y Lacalle.

LEANDRO OROZ

Presenta Oroz un *Panneau* (¿por qué no tablero?) de grabados al agua fuerte y una reproducción del «San Bartolomé», de Ribera; este segundo grabado es mejor que los primeros y a él ha sido concedida la medalla. Indiscutiblemente, sin ser una cosa extra-

ordinaria, está bastante bien. Pero yo pregunto: ¿cuando un artista acude a una Exposición no se le debe exigir, además de una ejecución esmerada, una originalidad que pruebe su concepción artística?

Me expresaré más claramente: todo artista lo primero que debe hacer es pensar su obra, verla creada por su cerebro; esto es el arte en sí, la ejecución tiene mucho de oficio. Ahora bien; reproducir no es crear; el reproductor no tiene que hacer esfuerzos cerebrales; la imaginación es en el artista lo que la matriz en la madre; recoge la idea propia, simiente espiritual que la fecunda, y la obra, gallarda y orgullosamente sale a la luz. Esto hizo Ribera con su «San Bartolomé». Oroz lo ha vestido de otra forma y nos lo ha presentado de nuevo. En arte hay que parir; no es suficiente poner trajes admirables a los hijos de otros. Cuando se acude a una oposición para lograr el premio de un Jurado hay que acudir con ideas propias, no basta una buena ejecución. Oroz no lo ha entendido así y es lástima; la reproducción del «San Bartolomé» es digna de todos los elogios; si hubiese sido una cosa original estaría conforme con la segunda medalla que le han otorgado y acaso le creyera merecedor de honores más altos; tratándose de una copia creo sinceramente que han debido dejarle sin recompensa.

Para las próximas Exposiciones deben añadir al reglamento un artículo adicional: «No tendrán opción a premio más que las obras que, por lo menos, parezcan originales.»

VÁZQUEZ DÍAZ

Con Vázquez Díaz no son justos los españoles; parece ser que se trata de castigarlo por haber abandonado su Andalucía, trasladándose a París, siendo ya un francés espiritual por mucho que él se empeñe en negarlo. Ciertamente que en París está muy considerado y tanto el Gobierno como los particulares le compran sus cuadros a decentes precios. Sus cuadros son dignos de más atención que la que les prestan en España; el que presenta en esta Exposición, «El hombre de la capa gris», es muy interesante.

Pero hablemos de los grabados con los que ha conseguido otra tercera medalla.

Presenta un díptico con los retratos de Rodin y de Rubén Darío y un tríptico que titula: «Arras, Reims, Verdun».

Los dos retratos, sobre todo la cabeza de Rodin, son admirables de concepto, sobriedad y justeza; además delatan una personalidad, un modo de hacer exclusivo; son dignamente originales. Sin embargo, la medalla, pertenece al tríptico de las ciudades destruidas; es de una gran concepción. Da clara idea de la cruel tragedia contemporánea, del desastre espantoso. Muerte, desolación, escombros... He ahí el tríptico de Vázquez. La ciudad convertida en cementerio de sí propia: casas derruidas, cuyas piedras semejan calaveras vacías; vigas que parecen brazos de esqueletos; muros que se alzan como espectros acusadores; todo el horror del incendio apagado, aun humeante; toda la terrible realidad del epílogo de la batalla.

¿Por qué a estos tres dibujos tan hondos, tan humanos de concepción y sobre todo tan originales no se les ha concedido mayor recompensa? Pongamos que haya habido razón para declarar desierta la primera medalla de grabado, ¿por qué no se ha dado la segunda a Vázquez Díaz? Si no son superiores en factura a los de Oroz, no son tampoco inferiores; Vázquez lleva la ventaja de que, antes de hacer, ha tenido que pensar y ha pensado bien.

RODOLFO FRANCO

Si Rodolfo Franco hubiese sido español, a él le habrían adjudicado la primera medalla declarada desierta. Se trata de una Exposición nacional y no ha habido premio para los extranjeros. El éxito de opinión ha sido grande para el dibujante argentino. A los artistas de la América latina debiera dárseles entrada en los certámenes españoles; este sería uno de los lazos para la cacareada y necesaria unión hispanoamericana.

Dos son los dibujos que ha enviado a la actual Exposición Rodolfo Franco, «Una maja de Sevilla» y «La honra». El primero no acaba de agradarme; le falta realidad; mujeres como esas no existen ya mas que en la imaginación de los extranjeros y en la de algunos españoles que pintan aún andaluzas de navaja en la liga y picadores de toros vestidos en trajes de lidia dando de beber a su caballo el agua del río Manzanares, sin importarles sacrificar el prestigio y

la dignidad de nuestra pobre patria al comercio de su arte.

El otro dibujo de Franco, es otra cosa; ese café cantante, sombrío y nebuloso, existe; esas caras donde el vicio se muestra con toda su crueldad canalla, existen también. Aquella mujer que se re-tuerce sobre el tablado, con temblores de fiebre y apagados ojos de anemia, es uno de los estertores de una España casi desaparecida, la convulsión última de una costumbre fracasada. «La honra», más que dibujo, parece un aguafuerte. Yo he sentido una intensa emoción ante él: a todo el público le ha pasado lo mismo.

Es un acierto rotundo.

SANZ—SALMERÓN

¿Qué resta por decir del grabado?

Hermenegildo Sanz y González presenta dos Paneaus. Le han adjudicado, justamente (¿por qué no?), una tercera medalla.

Son dignos de tomarse en cuenta unos graciosísimos dibujos de Evaristo Salmerón.

V

Los no premiados.

ARAGAY BLANCHAR

Entre los cuadros no premiados hay algunos, pocos, que por su mayor o menor bondad merecen especial mención.

Entre todos hay uno que pasa desapercibido, y que, sin embargo, es de las poquísimas cosas interesantes de la Exposición actual.

Se titula «La aurora» y es de un señor, para mi desconocido, que se llama José Aragay Blanchar. No comprendo cómo el público no se ha fijado detenidamente en este cuadro; menos comprendo aún que la crítica no se haya ocupado de él como merece, y, sobre todo, lo que me tiene realmente sorprendido es que los señores jurados, obligados a ello, no se han detenido a estudiarle, puesto que no le han dado ningún premio siendo acreedor a tales honores.

Presenta el artista una mujer que despierta al propio tiempo que lo hace el día. Quizá el desnudo, aunque lejanamente, se parezca a cosas de otros autores. Pero no está en él la verdadera importancia de la pintura. Lo maravilloso es la entonación rosa de la carne con la riquísima variedad de grises que presentan los comienzos del alba; es la serena y armónica perspectiva de montes desdibujados aún por las últimas semis ombras de la noche; es aquella luz tenue que se extiende desde el horizonte, penetrando en la terraza, de brillantes baldosas de mármol, donde despierta la mujer. Aragay sigue la escuela goyesca, hasta tal punto, que parece haber sorprendido el secreto de la forma de hacer del genial creador de «las majas». Una de las virtudes de este cuadro es la de huir de esos colores chillones de los cromos, defecto abundante en el noventa y nueve por ciento de los expositores de este año.

Es de mano maestra esta pintura. Reciba su autor mi más entusiasta enhorabuena y sonríase conmigo de la justicia.

PUIG Y PERUCHO

Y va de barceloneses, porque de Barcelona es el Sr. Aragay.

Otro de los pintores que han pasado desapercibidos irrazonablemente es Buenaventura Puig y Perucho. No llega a su paisano; pero su cuadro «Arrabal de noche» delata la personalidad de un artista que, cuando coge los pinceles, sabe lo que se trae entre manos, y valga la frase.

El arrabal duerme; la nevada blancura de las casas está velada por la nocturna obscuridad, produciendo esta amalgama de colores una preciosa entonación azul, más o menos desvanecida, según la distancia. A lo lejos, una ventana iluminada, muestra un punto de luz.

Es realmente dulce la visión y acusa un gran temperamento poético.

También desconozco a Puig; le juzgo sin prejuicios de amistad o de recomendación, nada más que porque me ha gustado su cuadro. Si de algo peca este estudio, es de sinceridad.

«Arrabal de noche» merece, mejor que otras obras premiadas, una tercera medalla.

URQUIOLA — FUSTER — WINTHUY-
 SEN — JALDÓN — ROBLDANO —
 VERDUGO LANDY — ESTÉVEZ —
 IGLESIAS — DA MONZA — SINDLE-
 ROVÁ

Antes de pasar a ocuparme de la Sección de Es-
 cultura, debo dedicar unas líneas a los que, sin ha-
 ber acertado del todo, han hecho esfuerzos dignos de
 tenerse en cuenta.

«Sonatina», de Eduardo Urquiola y Aguirre; este
 pintor obtuvo en la Exposición Nacional de 1915 se-
 gunda medalla y ahora venía en busca de la primera.
 Entre él y Valentín de Zubiaurre no se ha debido
 dudar...

«Los almendros floridos», por Juan Antonio Fús-
 ter; está bien la mitad del cuadro; es una verdadera
 lástima que encima de aquel bello paisaje haya pues-
 to un cielo falso con blancas nubes de algodón.

«Tarde», por Javier de Winthuysen; impresión
 delicada y poética.

«La tarántula», de José Rodríguez Jaldón; cuadro
 bien dibujado y excelente colorido. El asunto está
 observado en la realidad de la superstición andaluza.
 Este pintor hará cosas mejores.

Dos paisajes, de José Robledano; en la pasada Ex-
 posición de 1915 disputó la tercera medalla a García
 Lesmes, estando ambos pintores en igualdad de cir-
 cunstancias. Este año la ha conseguido el autor de
 «El barranco de las brujas».

«Bellas Vistas (Málaga)» es un cuadro que hace honor a su autor, Ricardo Verdugo Landy, insigne dibujante de *La Esfera*.

«Retrato de mi madre», por Martín Estévez; fuerte de concepto, bien entonado y muy expresivo. Merece la pena de ser estudiado.

Retrato, por Federico Iglesias; merecía otra colocación; hay cosas malísimas que ocupan mejor lugar. El trozo en que está comprendida la mano del modelo sosteniendo una tanagra, se halla muy artísticamente resuelto.

Y ya no quedan de interés, en la Sección de Pintura, más que dos cuadros de autores extranjeros: «Los ojos de la noche», de Caprotti da Monza (italiano), y «Una vista de Motrico», de doña Milada Sindlerová (austriaca)

El cuadro de Caprotti tiene tal fuerza, que aun colocado en sitio donde apenas si pueden distinguirse sus líneas, llama la atención de intelectuales y profanos. Es una visión de verdadero artista.

Lo de la señora Sindlerová es un estudio muy interesante.



Y ya, en la actual Exposición, no queda ningún cuadro que merezca nombrarse. Tan malo es todo, que aún recuerdo un retrato del rey, un «Olé Sevillal», una... Pero dejémoslo... ¡Peor es meneallo!

VI

SECCION DE ESCULTURA

ORTELLS — PÉREZ PÉREZ — JUAN
CRISTÓBAL — BENLLOCH — BAR-
GUES — BELTRÁN — MARÉS — COLL
MADARIAGA — EVA PREGMAUN

La primera medalla de escultura ha sido concedida a José Ortells por su grupo «Poema».

De todos cuantos han conseguido segundas medallas en anteriores Exposiciones, lo de Ortells es lo mejor, sin que esto quiera decir que su labor de ahora merezca totalmente este premio. En realidad, que esté bien, seriamente bien, no hay más que una cosa en los salones del Retiro: «Desnudo», de Juan Cristóbal.

Lo de Ortells, sin ser ninguna necesidad (este escultor no puede hacerlas) no tiene la altura necesaria al honor logrado. Si otros expositores hubieran hecho lo que de ellos se esperaba, el premiado no habría pasado de sus aspiraciones. José Pérez y Pérez le hubiera dado un disgusto si en vez de presentar ese «Cristo» impersonal, exacta copia del gótico primitivo, hubiese dedicado su inteligencia y su trabajo a una empresa más dentro de su admirable manera de hacer.

José Pérez es un escultor brioso, capaz de darnos

fuertes sensaciones de fiereza, de odio, de dolor; no ese dolor de sacrificio imbécil, ridícula bandera de la cristiana religión, sino el dolor que grita, el dolor que protesta, que se deshace en maldiciones y rugidos. Pérez se ha equivocado; mas no es él de los que desmayan, porque tiene una voluntad a toda prueba, y estoy seguro que, cuando comprenda su equivocación, en vez de lamentarse, tratará de rectificarla, preparando, para Exposiciones venideras, algo tan suyo que el Jurado no tenga otro remedio que otorgarle lo que hoy le ha negado justamente. Conste que es amigo mío y que le quiero como a un hermano y, por esto, le pongo sinceramente de manifiesto la verdad; engañarle sería no quererle. Al próximo certamen volverá como debe volver; medite bien su asunto, que la materialidad de hacer nadie puede negársela.

He dicho antes que lo único verdaderamente serio que hay en la Exposición es el «Desnudo», de Juan Cristóbal; el Jurado lo ha comprendido así dándole una segunda medalla sin haber tenido anteriormente tercera. Así se empieza. Su escultura es de una delicadeza extraordinaria; la línea es suave, bien vista y de verdadero sabor clásico. Lo que no comprendo es el afán de los escultores de no dar enteras las figuras; a la que no le faltan los brazos o las piernas le falta la cabeza; creen que esto es de gran interés porque así han llegado a nosotros las estatuas griegas, pero no se fijan en una cosa: en que la Venus de Milo, pongamos por ejemplo, está desprovista de sus extre-

midades superiores, no porque fuera concebida así, sino porque las ha perdido en el transcurso de los siglos. Dejen, pues, los tullidos, por muy bien esculpidos que estén.

Me aseguran que Juan Cristóbal es muy joven, casi un niño. Esta circunstancia hace que gane su labor un cincuenta por ciento. Si es como dicen, podemos asegurar que asistimos a la aurora de un artista formidable.

De las terceras medallas, lo mejor es «Bruma boreal», de Julio Benlloch Casares. A mí, sinceramente, me gusta un poco más que lo Ortells. Claro que, Benlloch no ha sido premiado nunca y, no tratándose de cosas extraordinarias, conviene ir por pasos contados; de esta forma se alienta para trabajar a los artistas jóvenes.

Sigue a lo de este escultor otra tercera medalla: la otorgada a Rafael Bargues Asencio por la cabeza «Negrita». Y después la conseguida con «Añoranza» por Vicente Beltrán Grimal.

Valencia está de enhorabuena; estos tres muchachos son hijos de la ciudad levantina. Las tres obras están bien y auguran cosas mejores.

Lo que no está tan bien es la otra tercera medalla, «Fragmento de un monumento a la Humanidad», de Federico Marés Deudovol. En fin...

Ahora bien, ¿por qué se han dejado sin premiar «Foot-Ball», de Marcos Coll y Gispert, y «Alma Castellana», de Emilio Madariaga? La primera, sobre todo, es más digna de ese honor que algunas otras.

Aquellos desnudos están admirablemente estudiados, y no se ha debido cometer con su autor semejante injusticia.

No debemos pasar por alto dos preciosos y diminutos bocetos de Eva Pregmann de Vazquez. Si hubiese traído cosas grandes hubiese sido de temer.

Del resto de la Sección de Escultura vale más no hablar. Es sencillamente risible.

VII

SECCION DE ARQUITECTURA

RUCABADO—MORA

De la Arquitectura hay poco que decir.

Tiene primera medalla Leonardo Rucabado Gómez, autor de un «Intento de instauración de un estilo arquitectónico español con características de tradición regional en la provincia de Santander», y tercera el arquitecto Francisco Mora Berenguer, con su «Mercado de Colón construído en Valencia».

La Arquitectura es una bella arte que, por lo menos en España, está en total decadencia. Fuera de un par de verdaderos artistas, los demás arquitectos no son mas que maestros de obras con carrera. Es una verdadera desdicha.

RESUMEN

Esto es todo cuanto hay de más o menos interés en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1917. En conjunto es seriamente mala. Lo bueno o relativamente bueno hay que buscarlo con candil.

Salaverría, Mir, Hermoso, Pínola, Solana, Aragay, Puyg: he aquí los únicos autores dignos de la Sección de Pintura.

Franco, Vázquez Díaz, los merecedores de recordarse en Grabado.

En Escultura únicamente Juan Cristóbal

Y nada más entre 517 obras.

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

LOS SERES REALES

Mi amigo el doctor, un doctor sajón, culto, simpático, naturalizado mejicano, que escribe el español como yo quisiera escribir el alemán o el inglés, debía permanecer en Madrid algunos días y deseaba conocer escritores célebres (o celebrados). Sus simpatías llevábanle de preferencia a un literato hispano-americano recién venido a la corte, y por él empezó la serie de sus visitas, que fueron muchas.

De cada una de estas entrevistas con los «maestros», jóvenes o viejos, volvía, empero, mi amigo el doctor—cuya ingenuidad de hombre del Norte es laudable por todos conceptos—~~pero~~ fundamentalmente decepcionado.

¿Cómo era posible que tal autor, que decía cosas tan bellas en tan elegante estilo, vistiese tan mal, tuviese un tipo tan vulgar, usase unas sortijas tan vistosas?

¿Cómo era posible que tal otro—poeta—, cuyos versos parecían robados a la propia armonía de las esferas—, hablase groseramente de cosas tan bajas, con una tendencia escatológica lamentable, con una cropolalia infecta?

¡Et sic de caeteris!

Al oír estas cándidas exclamaciones, recordé un caso de otro ingenuo mejicano, por mí muy querido, y fué el siguiente:

Mi amigo recitaba, matizándolas extraordinariamente, ciertas composiciones de nuestro Rubén Darío, que le valieron algunos éxitos en salones aristocráticos, en corros de señoritas sentimentales, de esas que llevan en la sangre la gota azul de un blando y alado lirismo.

Al llegar a París, mi amigo supo que Darío residía allí desde meses atrás y me rogó que lo presentase al gran poeta.

—Justamente esta tarde—le respondí—. Rubén vendrá a buscarme al café Tal, a tal hora. Procura encontrarte allí.

Mi amigo fué, naturalmente, puntual a la cita, y también lo fué el poeta.

Hice las presentaciones, y el mejicano—que andando el tiempo había de ser uno de los más entrañables amigos de Darío—quedóse mudo como un muerto. En su fisonomía cristalina leíase la más profunda estupefacción:

—¡Aquel era Rubén!

Como Darío, por su parte, no despegaba los labios apenas, según su simpática costumbre, y los tres no nos conocíamos aún lo bastante para callar juntos largo tiempo, yo hablé un poco, tendiendo un leve puente entre aquellas dos almas, y así transcurrió la trivial entrevista.

Al día siguiente mi amigo vino a verme y me dijo:

—A mí «no me la das»; ese señor no es Rubén Darío.

Y no se convenció de la identidad sino días más tarde, cuando no le quedó otro remedio.



¿Por qué?

Es fácil adivinarlo. Rubén no era ni más guapo ni más feo que cualquier otro. Su alta estatura le favorecía. La barba—entonces la usaba—dábale cierta suavidad de perfil. Se parecía además a Verlaine. Como el Pauvre Lélian recordaba lejanamente los mármoles socráticos... Pero mi amigo había soñado con un Lohengrin: no ese Lohengrin ridículo que suelen caricaturizar las cantantes wagnerianas, sino el Lohengrin ideal, de alma, de esbeltez y de rostro de lirio; de melena de oro, de ojos en que blandamente radia una azulada castidad.

Y, claro, Rubén no era así, como no era Zorrilla el caballero romántico de belleza donjuanesca, que imaginaban encontrar en sus visitas al poeta las mujeres soñadoras de España.

Pero... cabía un razonamiento que levantase la alicaída ilusión de mi amigo actual, el desilusionado doctor sajón. Y este razonamiento yo se lo he dado al segundo, con mi afán de explicarlo todo.

—Amigo mío—le he dicho—, los poetas, los artistas y literatos que nos imaginamos, «son más reales» que los que vamos a visitar. Nos los imaginamos de acuerdo con su obra, de acuerdo con sus ideas, y así es como existen de hecho, en un mundo superior, invisible. Las ideas y los sentimientos de un hombre constituyen el hombre verdadero, y este hombre, incomparablemente bello—si sus ideas y sentimientos lo son—vive en un plano inaccesible, en una dimensión que está fuera de las tres conocidas. El poeta, hermoso como un dios, fulgura, glorificado, en medio de sus símbolos y sus creaciones geniales, más allá de nuestras perspectivas sensibles.

Rubén Darío, el Rubén real, era más bello aún de como lo imaginaba mi desencantado amigo: «Es más bello aún», mejor dicho: pues su verdadera personalidad subsiste fuera de las formas y modalidades pasajeras que condicionaron su

inmersión en el tiempo y el espacio. El Rubén que mi amigo vió, como los poetas y escritores que usted pretende haber visto, no existía en realidad: era un conjunto de órganos efímeros, destinados a diversos menesteres y que permitían que el divino poeta «se manifestase» en este plano de la relatividad, capacitando a su ser para afrontar el ambiente espeso y deletéreo de un planeta inferior.

Sus vidas vegetativa, sensitiva e intelectual, eran como aquellos trípodes de hechura misteriosa que permitían a los marcianos del cuento de Wélls andar por la tierra, contrarrestando la gravedad; ellos que venían de un planeta casi ingrávido...

En Rubén Darío, además del poeta, había, como en todos, el señor que come, que bebe, que anda y que hace otros oficios; pero en la torre-cilla soportada por el trípode («torres de Dios, ¡poetas!») como los marcianos del cuento en las suyas, estaba de paso el verdadero Rubén, y ése podía competir en belleza con todos los Galaores y Lohengrines.

¿Por qué, pues, ir a visitar a esos señores en los cuales «mora a ratos» el poeta o el artista como una divinidad en un templucho cualquiera? Lea usted mejor sus versos; admire sus cuadros, sus esculturas... y no vaya. Corre el riesgo

de verles mal vestidos, con sortijas en todos los dedos... Corre el riesgo de que le miren con desdén y le abrumen a fuerza de pedanterías... Y después de haber sufrido la dolorosa promiscuidad del ser inferior, se convencerá usted de que no ha hablado al poeta (el cual es inaccesible); de que no ha conversado con el rey, sino a lo sumo con la bota del rey (pues las botas suelen conversar y hasta reinar como aquella que dicen que un rey de Suecia envió en su lugar para que rigiese los destinos de su pueblo, mientras él conquistaba reinos).



Una de las pruebas de que los grandes hombres no son esos señores más o menos prosaicos y a veces infatuados o cursis a quienes sus admiradores melosos llaman «maestros», sino unos seres que viven y palpitan en el plano ideal, es decir, en el plano «de la realidad verdadera», del numenón, de lo que «es» y no de lo que parece, nos la da la persistencia de la leyenda.

Los historiadores se quejan de que la leyenda tiene la vida dura, de que en vano se lucha con ella en librotos llenos de documentos, de erudición nimia, de cifras. Laméntanse de que al cabo, en el corazón de la Humanidad y en su

memoria, triunfan, no los hombres «como fueron», sino como la Humanidad piensa que son.

Es cierto. Pero los historiadores, en su orgullo, se extravían. No comprenden que la leyenda es el Custodio de la Verdad; no se dan cuenta de que los hombres son como la Leyenda dice que son.

La historia no hace más que barajar sombras de las que pasan por este «sueño de una sombra errante»... ¡La historia sólo agita muertos!

Los seres reales son los héroes legendarios, porque fueron fabricados por ese supremo artífice que se llama el Ideal de la Humanidad. La intuición de los hombres (luz sin eclipse) está de acuerdo siempre en considerarlos como «son», como «siguen siendo». La historia, en cambio, se empeña en descubrir «cómo fueron», en un determinado instante (nada más que en un instante) del tiempo, y en un punto del espacio.

Los historiadores se queman, pues, las cejas, para fijar instantáneas de espectros, mientras que la Leyenda, serena y permanente, nos muestra a los seres reales, invariables y eternos.

Cristo en el Evangelio hace comprender, no sin cierta acritud, a sus discípulos que Abrahán, Isaac y Jacob «viven», puesto que se dice en las Escrituras: «¡El Dios de Abrahán, el Dios de

Isaac, el Dios de Jacob», y Dios no es un Dios de muertos, sino de vivientes!

Así, pues, Abrahán, Isaac y Jacob no habían sido; seguían y siguen siendo, en el plano invisible en que están los verdaderos seres, de los que nosotros somos simples proyecciones parciales y momentáneas, que a cada instante ofrecemos distinto aspecto.

Para saber, por tanto, cómo es un hombre, el hombre real y no su máscara, hay que consultar al ideal unánime de las Razas y, el heraldo, el intérprete de ese ideal unánime de las Razas, es la Leyenda.

Los bellos actos, las bellas palabras que la leyenda nos transmite, fueron los que en realidad se verificaron, fueron las que en realidad se dijeron.

Goethe murió pidiendo «Lich mehr Licht», aun cuando esos seres nimios y pueriles que se llaman los eruditos nos cuenten otras cosas.

Cuauhtemoc exclamó: «¿Estoy yo acaso en un deleite?» San Ignacio dijo, señalando una esfera con el índice y dirigiéndose a los jesuitas que lo asistían: «Os lego el mundo», y Byron murmuró dulcemente: «Now I must sleep...»

Más aun: no sólo dijeron estas palabras: «voz esencial de su temperamento»; las siguen diciendo, como el «verbo», que está a la Diestra del

Padre, sigue pronunciando el «fiat» que mantiene la transformación perpetua de este Universo fenomenal, en que la Substancia Eterna, como tembloroso Proteo divino, asume las formas incesantes que perciben nuestros sentidos, y aquellas otras, innumerables, que aun no aciertan a percibir.



Bien sé que los «sabios» sonreirán si aciertan a pasar sus ojos por estas líneas; ellos que son los barajadores de apariencias vacías como burbujas, y que, trastocando los términos, llaman «realidad» a lo tangible, como el sargento del chascarrillo llamaba substantivo... «a «too» lo que se toca». Pero la verdad está en el Reino de las ideas, y toda la crítica paciente y tozuda de los teutones acerca de Jesús, por ejemplo, no podrá jamás arrebatarse un solo rayo de su aureola divina: al contrario.

Ya puede la Exégesis, muy señora mía, escarbar en el hebreo y en el griego: el misterio del «mágico prodigioso» se irá agrandando.

Echadlo de Nazareth: llenará el mundo: echadlo de la historia: llenará el infinito.



Y así son los poetas, mi querido doctor: los verdaderos poetas. Y así son los grandes hombres, los que siguen siéndolo aún para su ayuda de cámara, si éste tiene dos dedos de pensamiento.

Ninguna vulgaridad, ninguna pequeñez puede achicarlos. Parécense a las garzas rosadas que hunden sus piernas en los charcos. Estas piernas largas, largas, se afirman en el légamo... Pero allá, arriba, más alto que la superficie del agua, copiándose en ella, está el plumaje limpio y mi'agroso; y cuando la garza abre las alas, esconde las patas entre la santidad de las plumas, ¡y ya no se ve más que un ave mística de color de aurora, que se pierde en el infinito!

AMADO NERVO

Al margen de la epopeya

Mæterlinck en España

No voy a descubrir el Mediterráneo, que tal sería, con evidente ofensa a la ilustración del lector, descubrir a Maurice Mæterlinck a estas alturas, cuando la Gloria, después de haberle ungido con su supremo beso, ha llevado en triunfo su nombre, a los más apartados rincones del planeta, proclamándole el más alto y grande de los poetas de la edad contemporánea. Voy sólo a contar que he conocido al Maestro (¡oh palabra tan gastada y prodigada!), que le he visto erguirse ante el público; como un símbolo, que le he visto pasar, como una visión...

En este invierno cruel y trágico, Maurice Mæterlinck ha venido a España, trayendo a la vieja patria de la hidalguía y del honor caballerescos la voz angustiada y dolorida de la Bélgica mártir. Y ha hablado unciosamente, poseído de una inefable serenidad; sin odio, que, según él, es el fardo más pesado que el hombre puede llevar en la tierra y a él le doblaría;

nos ha dicho de la tragedia de su pueblo, que supera en horror a las más pavorosas tragedias de la historia y de la fantasía. Al conjuro de su voz maga, toda la realidad desgarradora de la pequeña grande nación, tomaba vida y la figura sugestiva del inmenso poeta se desmaterializaba, hasta parecer una sombra tutelar, una representación augusta de su pueblo, nuevo Cristo crucificado entre las naciones.

¡Oh emoción pungente la de esta noche inolvidable! Ha sido un rito de civilización, de humanidad y de estética, en una consagrada capilla cultural. Para vivir una hora así, bien merece la pena de vivirse mil horas anodinas, prosaicas, absurdas. Esta noche, el gran salón de actos del Ateneo de Madrid está como nunca. Jamás, en años de concurrir asiduamente, lo hemos visto tan desbordante y esplendoroso.

Toda la intelectualidad española está aquí. Para dominarlo todo, hemos elegido, en compañía de Luis G. Urbina y Amado Nervo, asientos al extremo de la galería alta que semirodea el hemicíclo. Admirable es el punto de vista, soberbio el observatorio. Si las bellas damas aquí presentes son la elegancia, la exquisitez, la flor de una civilización refinada, los hombres representan lo culminante, lo arquetipo de una cultura veinte veces secular.

Los murmullos, las conversaciones en voz baja revelan de labio a labio y de alma a alma, como mariposas invisibles. Por en medio de la sala repleta, pasan a ocupar sus asientos de primer término, una mujer gentilísima, de líneas impecables, toda ella se-

das, pieles y brocados: es la insigne artista, de fama mundial, Georgette Leblanc, esposa de Mæterlinck; una adolescente, casi una niña—diríase una frágil figulina de Sevres vestida por Paquin—; es María A. de Burgos, la hija de *Colombine*, una deliciosa e inteligentísima muchacha que ahora empieza, con gran éxito, como escritora y comedianta. Les acompañan ese amable peregrino y sutil artista, Enrique Gómez Carrillo, y ese poeta hondo y penetrante, Manuel Machado.

Persistente y agudo, suena un timbre. Se hace un vasto silencio expectante, que se rompe en una ovación ensordecedora y cálida, al abrirse la puertecilla del fondo y aparecer él. Alto, firme, proporcionada y noble su arquitectura corporal. Un mechón de cabellos grises semioculto, cual cortina de misterio, el arco excelso de la frente abombada y magnífica, alcanzar de los más puros y altos pensamientos; y ensombrece ligera y vagamente los dulces ojos azules como dos lagos de ensoñación y de piedad... Detrás de él han entrado y ocupan sus sitios en la cátedra, Gregorio Martínez Sierra, endeble y nervioso, con su perfil agudo, su calva iniciada, su mirada enigmática, y el viejo patriarca Labra, que acentúa la severidad del cuadro con la pincelada blanca de sus barbas apostólicas.

Mientras dura la larga ovación, ante la más gloriosa figura de la literatura contemporánea que se destaca sugestiva y emocionante, bajo el rojo dosel, no puede menos el cronista que evocar en su espíritu lo

que significa y representa para el pensamiento universal, en su triple aspecto de filósofo, de poeta y de dramaturgo, este hombre de los ojos azules y de los cabellos grises y caídos sobre la egregia frente cargada de grandes pensamientos.

Cuando la tromba devastadora y renovadora que hoy envuelve el corazón del mundo haya pasado ¿qué quedará de la literatura actual? Sometido a ese vasto crisol todo el acervo espiritual, ¿qué obras se depositarán, como granos de oro puro, en el fondo de las cenizas producidas por la gran combustión? ¿Qué nombres se salvarán? Muy pocos, sin duda; pero es evidente que entre éstos, por haber sabido infundir a su obra un aliento de eternidad, quedarán los de Ibsen, D'Annunzio, Suderman, France, Mæterlinck.

El autor inefable de *El tesoro de los humildes* es y ha sido, ante todo, un poeta en la más amplia y divina acepción de la palabra. Ya lleve a su teatro simplicista y penetrante las más hondas inquietudes humanas, ya llame con mano trémula a las puertas del Misterio, ya se remonte a las más nebulosas cumbres de la especulación filosófica, ya desentrañe la inteligencia de las flores o estudie la vida de las abejas, es siempre el poeta, el poeta único, el que cosas más sugeridoras y sutiles ha dicho al oído de nuestra alma. Su primer libro de poesías, *Les serres chaudes*, nos da la clave de su obra futura: en él están en germen muchos de los pensamientos capitales, desarrollados de su labor ulterior, que es perfecta, serena y armoniosa, como un templo griego, y está infor-

mada por un pensamiento y un sentimiento que, en último término, pueden simplificarse así: la inquietud del hombre ante el enigma de la Vida y de la Muerte, y representarse como un alma interrogando a la Esfinge.

Dramaturgo, el creador de *Mona Vanna* ha realizado el prodigio de renovar totalmente el teatro universal contemporáneo, produciendo una emoción enorme por los procedimientos más sencillos, completamente exentos de aparato, de bambolla, de recursos de baja ley. Hondura, simbolismo, realidad idealizada, elementalidad de técnica, transparencia de factura, pueden señalarse como los principales elementos de ese teatro de Mæterlinck, tan genial y tan suyo, en concepto del formidable Octavio Mirbeau, «superior en belleza a todo lo que hay de más bello en Shakespeare», y que, iniciado con *La Princesa Malena*, ha dado a la literatura universal obras tan definitivas como *La Intrusa*, *Los ciegos*, *Pelsas* y *Melisanda*, *Mona Vanna*, *El Pájaro azul* y tantas otras.

Difícil es clasificar como filósofo al penetrante autor de *La Muerte*, que tanta inquietud siembra en el espíritu. Sin embargo, podemos afirmar que su obra de pensador-poeta está dominada por un super-misticismo y en ella palpita, persistente como un *leit motiv* una ardua interrogación ante el misterio ineluctable del ser y del no ser.

¿Cómo será su obra del porvenir? ¿Cómo será su libro de la guerra? La Humanidad espera que este

sumo alquimista del pensamiento le dé cristalizada, reducida a su último proceso morfológico, esclarecida de toda sombra de baja pasión, la ideología contenida en esta lucha titánica. Será la definitiva síntesis, la razón de esta sinrazón, la nueva teoría que se incorporará a la filosofía de la historia humana. Para esta realización mental hay que esperar, que ahora este gran espíritu sólo vibra al dolor y al amor de su patria desgarrada. Y con la cruz del martirio de su pueblo, recorre una parte de Europa, peregrino, en imploración de justicia y de piedad. En un alto de su vía dolorosa, le contemplamos reverentes. Vamos a oírle, con el alma abierta, ávida de idealismos...

Pero antes, Martínez Sierra ha empezado a hablar. Dice cosas bonitas, nada más que bonitas, el autor de *Canción de cuna*. Está también muy emocionado. Apuntemos lo que dice:

«...Tan alta como en la mía propia está en la admiración de todos ustedes la obra ungida de gracia de este gran poeta.»

«Al soplo de misterio emocionado que corre por sus páginas, como por las sendas de un jardín de encanto, se han estremecido por igual nuestros corazones, en la edad propicia y en la hora oportuna; de los diez y ocho a los veinticinco, todos hemos soñado melancólica y apasionadamente junto a la fuente en que Melisanda pierde su corona y Golaud pierde su corazón... Y después, cuando al hambre de ensueños ha sucedido, en nuestras almas, la sed de verdades, todos hemos vagado con viril inquietud intelectual,

casi tan gratamente dolorosa como la adolescente inquietud de amor, por las amplias naves del templo sepultado, en busca de la sabiduría y la cordura, en demanda de la palabra mágica que habrá de resolvernos el torturante enigma del Destino.»

«Todos somos deudores por igual a este hombre del hilo de Ariadna con que nos ha guiado a través de los intrincados laberintos, de los círculos mágicos, de las embrujadas estancias en que residen y se ocultan la Suerte, el Pasado, la Justicia, la Fatalidad, el Porvenir...»

«Todos, por igual, debemos agradecerle la claridad latina, la bella ordenación mediterránea con que, profeta del Norte, ha sabido rasgar para nosotros las nieblas tudescas, las marañas teutonas en que acostumbra a envolverse y enredarse la Filosofía».....
.....
.....«¡Aquí está! ¡Saludemos al profeta del cuerdo optimismo, al profeta del silencio vivo, al soñador del agua encantada...! Hoy no viene a nosotros, sin embargo, con amable y lírico mensaje de esperanza: viene a clamar en nombre del dolor más hondo que ha conocido el mundo; viene a contarnos el martirio del país heroico, que muere por cumplir con su deber...»

«¿Qué importa ya las lágrimas pueriles de Malena ni los amores de Peleás? Olvidados los tiene el mismo que los creó, los suspiros de Palómides y los celos del viejo Alamor... Todos los jardines se han anegado en sangre... Todas las torres las ha arrastrado

el fuego... Se han hundido los templos y arden los hogares... La civilización se ha derrumbado..., la misericordia ha desaparecido..., ¡ya no hay caridad!»

«De las tristezas de la negra catástrofe va a hablarnos hoy un hijo ilustre de la nación que ha sido la primera víctima. Escuchémosle. Alentémosle con nuestra simpatía indignada. ¡Corazones hidalgos, ya que en el mundo de la fuerza somos tan poca cosa, por desdicha, que no podamos disparar ni un cañón en medio de la injusticia, levantemos muy alta la voz dolida en honor del pueblo mártir, de la nación crucificada, de la sangre de Abel que pide venganza...! Señores..., ¡viva Bélgica...!»

Este *¡viva Bélgica!* es contestado por centenares de voces cálidas, que salen enronquecidas de los pechos anhelantes. El silencio vuelve a hacerse. La emoción culmina. Como en ocasión semejante y desde esa misma cátedra, al presentar a Bergson, dijo el profesor Ortega y Gasset, «vamos a ver cómo de una mente egregia brota y fluye el pensamiento...» Con voz grave y dulce, al mismo tiempo que dijérase tiene una oculta y misteriosa resonancia, empieza él a hablar... Imposible no transcribir algunos fragmentos del admirable discurso de Mæterlinck:

«No vengo a hablaros de los horrores y de la locura de esta guerra. Vengo a hablaros del desastre de mi desgraciada patria, castigada como jamás lo fué pueblo alguno, por haber cumplido su deber como jamás pueblo alguno lo hizo.
 Estoy en la tierra legendaria del honor,

en la tierra clásica del heroísmo y de la caballería, que son sus flores delicadas y hermosas. Es, en efecto, vuestra idea del honor, tal como poco a poco se ha desprendido de vuestras ásperas montañas tanto tiempo ensangrentadas por los más duros combates que Europa haya sostenido para defender su existencia, es vuestra idea la que sobre todo ha formado y dominado la concepción del honor caballeresco, que fué la virtud más grande de la Edad Media, en cuyo nombre se le perdonará hasta el fin del tiempo sus errores y sus faltas, la única virtud nueva verdaderamente que no conocieron las demás altas civilizaciones de otros días, y que con la piedad que necesariamente le acompaña, ha transfigurado nuestra tierra. Habéis amado y cultivado este honor con una pasión tan intensa que ha llegado hasta el refinamiento, hasta las sutilidades y torturas del punto de honor. Habéis hecho de él una virtud sombría y fría. Gloriosa y feliz falta entre todas y, si falta es, la más noble y la más generosa que pudo cometerse en el mundo.»

«No abrigo, pues, ningún temor. Si el sacrificio de Bélgica ha sido comprendido hasta en el fondo de las islas menos conocidas y apartadas del Pacífico, según me lo han demostrado recientemente conmovedores testimonios, aquí es, sobre todo, donde se estaba calificado para penetrar la belleza de ese sacrificio y comprender su valor

 Como dominadores, nos hicisteis bastante

mal; pero había entre el mal que nos hicisteis y el que se nos hace al presente una diferencia tan grande como la que separa el cielo del infierno, porque el mal que nos haciais era a nombre de una hermosa y alta idea. Con razón o sin ella, que no tengo por qué examinarlo aquí, vosotros queríais salvaros; a través y por encima de los sufrimientos de un día, vosotros vislumbrabais una felicidad que considerabais eterna, y esa idea pura que os arrastraba, justificó a nuestros ojos de buena fe las más grandes crueldades. Pero en el daño que hoy se nos hace no hay nada que pueda, sin enrojecer, tomar el nombre de idea. No se encuentran mas que los más bajos instintos que el hombre puede alimentar en los más bajos fondos de su ser: la codicia, la envidia, la venganza, el abuso sin piedad de la fuerza, el despecho y el odio.»

«Cosa extraña es, en verdad, que la fuerza de una idea alta y pura, aun cuando se equivoque, queriendo hacer el bien, produzca el daño; pero el bien acaba siempre por imponerse y lleva consigo el perdón y el olvido de la injuria.

Habéis sido nuestros enemigos, porque estabais convencidos de que éramos rebeldes; habéis sido nuestros enemigos, porque sinceramente creíais que corríamos a nuestra eterna perdición. Pero habéis sido enemigos nobles, y lo mismo en aquellos tiempos que ante el ejemplo espantoso que tenemos a nuestros ojos, lo mismo en los malos días que los peores excesos de una soldadesca que en aquella guerra como en todas las guerras, escapaban a veces a los jefes, la

lucha, en su conjunto, en su fondo y en su dirección, que es lo que le da su verdadera significación, fué siempre cortés, humana, leal, caballeresca y generosa. Así no dejó entre nosotros la más pequeña huella de odio o de resentimiento.
. Hay la persuasión casi general que nosotros, los flamencos, que constituimos una mitad de Bélgica, pertenecemos a la misma camada germánica que los alemanes propiamente dichos. Imagínase que hablando, poco más o menos, la misma lengua, somos en alguna manera, alemanes encubiertos, que es la injuria más grave que hoy pueda hacerse a un hombre, y no se explica la energía de nuestro levantamiento, de nuestra defensa, de nuestra indignación y de nuestro odio.»

«Cierto que el flamenco es una lengua germánica, como el inglés y el escandinavo; como, en una palabra, las lenguas de todos los países del Norte occidental de Europa. Pero aquí, y es frecuente el caso, el índice lingüístico no es de ningún modo básico. Se ha probado, de la manera más perentoria, que no lo es en general, este género de demostración que se pierde siempre más o menos en los tiempos nebulosos e inconscientes de la Historia; se ha demostrado que los pueblos de la Galia Bélgica, flamencos lo mismo que valones, eran pueblos celtas que formaban una especie de vanguardia irreductible en el bloque germánico, a la presión del cual resistieron siempre. Tenemos en las venas tanta sangre celta como la que circula en un inglés o en un francés, como la que

circula por las vuestras, que ante todo pertenecéis a la gran familia ideal; y la historia nos cuenta cada día, especialmente, la historia que se hace a nuestra vista, que es la sangre más noble de la Humanidad, porque en ella se ha nutrido siempre y nutre todavía, el ensueño más elevado y el amor más grande por la justicia y el honor.»

«Somos, pues, celtas más o menos germanizados por las invasiones sucesivas, como lo son los ingleses y los franceses. Nada más misterioso que los destinos y las mezclas de estas dos grandes razas: la céltica y la germánica. Forman por decirlo así el aire respirable de la parte más activa de Europa; una representa el oxígeno, otra el ázoe. Aislado, el oxígeno céltico hierve, se consume en el vacío y se evapora en el sueño como largo tiempo lo hizo en Bretaña, como sucede ahora en Irlanda, en tanto que el ázoe germánico en el estado puro, si así puede decirse, se deposita en los bajos fondos, incuba los instintos menos humanos del hombre, y cuando se difunde por fuera, no propaga más que la ruina y la muerte. . . .

.....
 En suma, todo y para resumir, a pesar de esta afinidad de lenguas, no tuvimos nada de común con Alemania; y cualquiera que sea la evocación de los siglos, nuestra cultura fué siempre francesa, y todas nuestras simpatías se vuelven invariablemente hacia nuestros vecinos del Sur. Y notad bien que no hablo del pueblo belga en general, que comprende tres millones de valones, los cuales son más france-

ses que los franceses de la «Isla de Francia», donde el «patois» es una de las fuentes de las más auténticas y de las más abundantes de la lengua francesa. . .

.....
 Hay y es preciso reconocerlo, un conjunto de observaciones y de hechos que demuestran que en esta ocurrencia del lenguaje no prueba nada contra la raza; que existe en la extremidad del mundo celta o celta-latino si se prefiere, una pequeña falange inquebrantable, que gustó ardientemente, puede que ninguna más, porque su puesto es más peligroso, unirse a la vasta familia de los pueblos, cuya misión en esta tierra fué realmente la de instaurar, de amar y de extender el culto de la justicia, de la probidad y del honor.»

«También cuando vino el día de la gran injusticia y de la gran prueba, cuando hizo falta hacer la gran elección que debía precipitarnos en la vergüenza o en la miseria y la muerte, pero también en la gloria, no hubo más flamencos ni valones: no hubo más, alrededor de nuestro Rey, providencial símbolo de todas nuestras voluntades, que un solo pueblo indignado, estremecido, unánime, que el mismo día, a la misma hora, del fondo de Flandes, en los confines del país de Lieja y del Hainaut, y sólo en éste instante, como un niño sin armas en presencia del terrible coloso, en una especie de visión profética, en el cual cada siglo que se desarrollará en la Historia revelará más su alcance, sintió milagrosamente que toda la dignidad, todo el porvenir del género humano se encon-

traba comprometido y que esta vez la suerte de Europa y del mundo habitado iba a decidirse.»

La ovación última es indescriptible, inmensa, superior a las que se han tributado a los oradores de más avasalladora elocuencia, a los artistas de más genial inspiración. El público, de pie, frenético, aclama durante largo rato a Bélgica y a Maeterlinck... Por fin los concurrentes abandonan el salón y van a los pasillos a formar en dos alas en espera de la salida del gran hombre. A los pocos instantes, vuelven a resonar, nutridos, los aplausos. Es que, precedido de Labra, y acompañado de las dos damas que dijimos, de Gómez Carrillo y de Machado, viene él; y alto, erguido, descubierto, sonriendo melancólicamente, no es un hombre: es un símbolo, es Bélgica misma la que pasa...

CÉSAR E. ARROYO

Sobre los "Bailes rusos"

El escritor José María Salaverría publicó el pasado verano un artículo de crítica poco favorable al espectáculo de los «Bailes rusos», que tanto han llamado la atención no sólo de nuestro público español, sino también de los extranjeros.

Ese artículo, que, a pesar de no coincidir ni con mi opinión ni con mi gusto, reconozco que estaba bien fundamentado y mejor expuesto, fué contestado en el mismo periódico en que se escribió (*La Voz de Guipúzcoa*, de San Sebastián, si no recuerdo mal) por el Sr. Salazar, en ese tono de perezosa displicencia que con cierta ironía, no más que intencional, pretende dogmatizar sobre el arte, sin destruir nada absolutamente de lo dicho por el Sr. Salaverría. Y este ejemplo me sirve, entre otros que vienen a mi memoria, para convencerme de que el mayor

enemigo que por su snobismo exótico tienen esta clase de espectáculos son esos avisadores del reclamo, incapaces de penetrar en la ideal esencia del arte, que nada tiene que ver con la *última creación*, por ser *última*, si no tiene para su nueva existencia una razón tradicional y eterna.

En esta razón creo yo que está la que justifica, analiza y hace como necesaria la vida de este admirable aspecto de arte que nos han dado a conocer los de la Compañía de «Bailes rusos», que así los denominaré mientras alguien con más autoridad no dé un apropiado título a esta modalidad artística.

El quietismo estético con que la actitud aspira a eternizar lo fugitivo forma la vida aparte de la Escultura; pero esa misma actitud que es fuera del tiempo requiere a veces entrar en la emoción que compone la vida, y para ello ha de derivarse humanamente amparándose en el ritmo, con el que sucede unas a otras actitudes dentro de una euritmia que no puede abandonar sin entrar ya en la vida sin ritmo y sin la actitud estética, que es donde este aspecto de arte se transforma en el dramático con palabras, es decir, donde el pensamiento precisa concretarse.

Es, por tanto, este arte tan discutido una

expresión directa de lo imaginado, que deja toda la emoción al público para que de su acción venga a meditar el sentido de la vida que precede a la reflexiva idea.

El artista necesita a veces expresar ese sentimiento algo inconsciente que parece ser el de la naturaleza de cuanto existe, y así, apartándose a veces de lo realmente vivido, traduce lo profundamente humano en el formal exotismo de irreales muñecos.

Es siempre la sutileza del pensamiento que escapa a la palabra, y es también, en ocasiones, la vida de ensueño que encanta el silencio cuando adora las geniales creaciones de los inmortales.

La parte musical describe la acción cuando no es ésta su servidora, en cuyo caso de la misma música se desprende el movimiento y la plástica como forma vislumbrada dentro del sentimiento generador de la idea.

Después los movimientos, las agrupadas combinaciones de figuras y de colores y el exquisito gusto del decorado, componen el conjunto que unifica la obra, formando el resumen recreativo por el que la sensación se sutaliza avanzando hacia la idea.

Es, por consiguiente, y lo repito, un aspecto de arte necesario por su razón de ser; pero que

por ella misma no ha de compararse con otros aspectos de arte, y mucho menos con el dramático general, ni con el drama lírico, diciendo tan a la española que si esto quita lo otro, que si es superior o inferior.

Es un arte que une a varios en lo que tienen de más exquisito, pero no de más profundo, y su peligro de decaer está en que trate de generalizarse, porque exige más que ningún otro una interpretación perfecta como la realizada por estos rusos que dirige Diaghilew.

El éxito obtenido entre nosotros ha sido extraordinario, y se comprende, porque estamos poco acostumbrados a tales perfecciones de ejecución.

Tal vez, como indicaba el Sr. Salaverría, el mundo marche ya por nuevos derroteros, y al terminar esta guerra necesite una vida más definida, más afirmativa y viril, que termine con esas modalidades que forman un arte quizá algo morboso por tanto refinamiento de sensibilidad; pero siempre existirán espíritus de selección un tanto apartados de la forzada marcha y que desde su retiro contemplarán la vida y alcanzarán a ver fuera de su tránsito utilitario su esencia liberada, que es el reino de la belleza.

CARLOS BOSCH

FLORENCIA Y ROMA

Publicamos con este título la relación de un viaje a Italia, emprendido por Pío Baroja. Nada más contrario al tipo corriente del turista que el autor de las aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. Mark-Twin, frente a las ruinas del Coloseo, calculaba el peso bruto de la piedra y del mármol. Baroja, hombre de su tiempo, habla siempre de la Italia que ve y no pretende completar el estudio de la arqueología, ni reconstruir la Italia romana, ni la Italia del Renacimiento.

I

Los turistas.

Estoy en la fonda de una estación, sentado en una mesita pequeña, esperando el almuerzo. De pronto, se abre la puerta y entran atropella-

damente en el comedor, como un rebaño en el redil, ochenta o noventa turistas franceses que forman una expedición que vuelve de un viaje de recreo.

Son casi todos marseleses y provenzales, de Cette, de Marsella, de Toulon, llevan una indumentaria fantástica: los hombres, trajes de cazador, sombreros napolitanos, calzones cortos, polainas blancas; las mujeres, guardapolvos grises, gorras inverosímiles con las plumas chafadas.

Todos estos turistas vienen de Italia, llevan veinte o treinta días de ajetreo; han escuchado un poco aburridos las explicaciones de un cicerone, han pensado cuántos paraguas tendrán de alto la cúpula de San Pedro, han comprobado que el Vesubio es un monte cónico y que la torre de Pisa está inclinada, completamente inclinada; tiene alguna confusión en la cabeza de cuadros, estatuas y monumentos; pero llevan a su tierra la seguridad de que han visto las góndolas en los canales de Venecia, y no en las calles de Roma, de que Nápoles es puerto de mar y Génova también, lo cual ya es algo.

Después de la entrada tumultuosa de los viajeros en la fonda, se produce una algazara un tanto cómica; todas son vacilaciones, reverencias, tropezones, saludos y galanterías. Unos se sientan en seguida, otros colocan con cuidado

sus equipajes, algunos se levantan para ofrecerse las sillas o dejar el sombrero; se ríen a carcajadas, se llaman de un extremo a otro de la mesa redonda y se oye gritar a cada paso:

—¡Eh! ¡Te! ¡Pardil!

Después de cambiar varias veces de sitio, se arreglan todos a su gusto y se sientan a la mesa. Los más cogen la servilleta metida en la copa, la desdoblán y se ponen a limpiar con ella los cubiertos y los vasos, y parece que hacen ostentación de tal pulcritud, más frecuente y más necesaria, sin duda, en los comedores baratos que en los hoteles aristocráticos, en donde, por lo general, no es preciso tomarse este trabajo.

Un caballero, que debe ser organizador o jefe de la expedición, cuenta el número de los comensales mientras va señalándolos uno a uno con un lápiz.

Comienzan a comer y hay un momento de silencio, o mejor dicho, una pausa en el alboroto. En esto, un señor de melenas, que ha salido de no se sabe dónde, marcha de un lado a otro con la servilleta atada al cuello y un panecillo en la mano, presa del mayor azoramiento. Quiere sentarse y en todas partes lo rechazan, y él mira a derecha e izquierda sin saber qué hacer, hasta que una vieja flaca, con unos dientes grandes y amarillos, le hace un poco de sitio en la mesa.

El hombre descontento.

Estamos en el segundo plato cuando entra pausadamente un señor grueso, mira a todos lados, saluda a un viejecillo que le reprocha el no haber venido antes, se sienta a mi mesa y llama para que le sirvan.

—Hay tiempo—dice contestando a los reproches del viejo—. Hay tiempo de sobra.

Observo al compañero de mi mesa. Es un hombre congestionado, rojizo, terroso, sin cuello, con un bigote corto, la frente estrecha y muy blanca, que contrasta con el color de la cara, y el pelo gris, con una raya brillante por encima de las cejas, de la huella del sombrero.

Tiene este hombre un aire triste, los ojos encarnados. Come moviendo los carrillos y los músculos de las sienas, con el aire melancólico de un rumiante que pasta.

Entre plato y plato se vuelve de espaldas a mí y habla con el viejecillo de la mesa redonda que le ha reprochado su tardanza.

Escucho a este hombre apoplético con verdadera atención. Es muy interesante lo que dice. Sin duda, es un hombre sincero.

Ha visto este buen señor congestionado—que por mi parte, en la conversación he deduci-

do que es vinatero en Cette—una porción de monumentos maravillosos y de obras de arte; ha visitado Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán, y encuentra, a pesar de todo, que Italia es un país aburrido y sucio, y que no vale la pena de ir a verlo.

Tiene el hombre una porción de agravios que vengar contra Italia, los cuales va especificando lentamente: primero, el mal tiempo, él creía que en Italia no llovía nunca; segundo, la comida; tercero, el idioma, estaba convencido de que había de entender el italiano sin tomarse el trabajo de aprenderlo; cuarto, los compañeros de viaje, una gente insoportable, y, por último, y esto es lo más principal para él, que no ha encontrado en Italia lo que él esperaba, lo que él soñaba.

A cada manifestación de éstas, el hombre añade, haciendo un gesto desdeñoso:

—¡Ah! *C'est degoutant.*

Y yo me pregunto: ¿Qué esperaría encontrar este señor en Italia? ¿Qué ilusiones le habrán llevado allá? ¿Qué sueños se habría forjado? Es muy probable que dentro de ese cerebro hubiese germinado una ilusión, un sueño de princesas rubias, de esos sueños que sólo nacen en las almas de los poetas y de los dependientes de comercio.

Mientras yo tomo café han concluido de comer en la mesa redonda, y la algarabía entre los turistas es mayor que nunca. De pronto, se levanta allá lejos un señor. Inmediatamente resuena una salva de aplausos. Luego otra y otra. El orador extiende los brazos para acallar los últimos aplausos de la triple salva dada en su honor, y, sonriendo, saluda a las damas.

La verdad es que el hombre no dice más que tonterías; pero se ve que está muy convencido de su talento y de su gracia.

—¡Bien! ¡Muy bien!—exclama alguno de cuando en cuando; y al terminar un período vuelven a sonar las salvas de aplausos.

El vinatero mira con desdén al orador, y murmura encogiéndose de hombros:

—¡Ah! *C'est degoutant.*

Otro de los comensales se levanta y habla, mirando al techo con los ojos en blanco, del recuerdo que llevarán los expedicionarios a su país de la bella Italia, de las obras de arte que de juntos han contemplado, y dice en un arrebato de lirismo, que otro año lo que deben hacer es ir todos de nuevo a la misma excursión.

Y mientras la mayoría aplaude entusiasmada, el hombre gordo, moviendo la cabeza, murmurará irónicamente:

—¡Italia! ¡Italia! *¡Jamais de la vie!*

Un empleado dice que el tren para Génova va a partir; salgo al andén, suena una campana, golpean las portezuelas, silba la locomotora y echamos a andar...

Y al ver los admirables pueblos de la Riviera, Menton, Montecarlo, Mónaco, asomados al mar azul, pienso en que este francés vinatero de Cette tiene algo de razón, porque siempre lo que se sueña es más sugestivo que lo que se ve, no porque siempre sea más hermoso, sino porque no es concreto.

II

La Jeffatura.

—Tiene usted que transbordar tres veces— me dice el empleado de la estación de Viuntimiglia—: en Génova, en Sansana y en Pisa.

Le doy las gracias por la advertencia, maldiciendo interiormente de tanto transbordo, que obliga a estar a todas horas saltando de vagón a vagón con la maleta en la mano. Entro en una sala de espera; hay en ella una porción de aldeanos, mujeres y hombres con sacos y morrales, aguardando a que abran.

Entre ellos hay un viajero grueso, todo afei-

tado, excepto una perilla puntiaguda y blanca. Tiene una manta sobre las piernas, y en ella unos papeles grasientos, en los cuales hace una distribución de monedas de plata y de cobre.

—Vea usted, señor—me dice el viejo en francés—, yo soy un hombre sin un céntimo, pobre, pobrísimo, pero nunca melancólico, ni enfermo..., ja... ja... Otros no comprenden la vida, buscan el dinero, yo no lo busco; ¿para qué...? Ja... ja... ja...; y el viejo se ríe, y toda su cara gruesa se llena de arrugas, y los ojos se borran al reír, pensando en la «melanconia» que no padece. Le miro con algún asombro, y el viejo sigue hablando:

—Rotschild, el antiguo, vino un día a Vintimiglia de Montecarlo, en donde estaba, y me habló porque le habían dicho que yo había estado en la guerra con Garibaldi, y me vió y le dije: Señor barón, usted tiene dinero, mucho dinero, pero yo tengo alegría sin dinero... ¿Eh...? ¿Está bien dicho? Ja... ja... ja... Y con su dinero hace veinte años que se fué al otro mundo, y yo aquí sigo pobre, viejo, sin un céntimo, pero alegre siempre... Ja... ja... ja...

—No haga caso—me dice un hombre joven, de bigote rubio, acercándoseme—; este viejo tiene una casa en Vintimiglia, que ha comprado hace poco.

—No es verdad, no es verdad—exclama el viejo extendiendo el índice y el meñique de las dos manos y agitándolas en el aire, como hacen los supersticiosos para quitar la *jettatura*.

—Sí, es verdad. Ya lo creo.

—No es verdad. Esa casa es de mi mujer.

El viejo se marcha huyendo de este hombre, que ha denunciado su riqueza; se acerca a un grupo de labradores y, accionando con una mano y con la otra puesta en el pecho, comienza a cantar. Canta, y los aldeanos le contestan con otra canción a coro, que tiene el aire de ser una cosa de burla.

Una dama de blanco.

Paso a otra sala de espera, ocupada en su mayor parte por *touristas*; casi todos llevan su Baedeker y su Kodack; se oye hablar francés e inglés más que italiano.

Entre las señoras llama la atención una guapísima, alta, de ojos negros intensos, con una capa blanca y un sombrero con flores. Habla con un señor anciano, de barba blanca, y da muestras de impaciencia a cada instante.

Abren la puerta para que pase la gente al andén, y nos vamos instalando todos en los coches;

yo entro en un vagón, en donde hay dos hombres muy foscos, muy antipáticos, que no contestan al saludo que les hago. En el mismo vagón, en otro compartimiento, ha entrado la señora de la capa blanca, y desde la ventanilla habla con el señor anciano. Con una decisión repentina, la dama salta del coche con la cartera en la mano y se marcha hacia el comienzo del tren. Yo entro en el compartimiento que ella acaba de dejar, y me acomodo en él. Estoy pensando en la perspectiva de tenderme a la larga, cuando aparece de nuevo la señora de la capa blanca. Al verme, me figuro observar en su rostro un gesto de desagrado.

Habla la dama con el caballero durante mucho tiempo; luego se despiden. Nos quedamos solos; ella me mira atentamente, y de pronto, hablando con mucho fuego, me dice en italiano que tenga la *gentileza* de avisarle cuando lleguemos a Génova y a Sansana porque piensa dormir.

Yo le contesto en francés, asegurándole que no tenga cuidado, que le avisaré en cuanto lleguemos.

—No sé para qué habla usted francés—me dice ella con aire displicente—, haciéndolo tan mal y siendo italiano *come noi*.

—No—le replico yo—; no soy italiano, soy

español, y aunque hablo mal francés, hablo peor italiano, porque no sé nada.

—Entonces, dispense usted.

—No; ¿por qué?, si es verdad.

Con este motivo intento entablar una conversación; pero ella no está decidida a seguirla; no dice más sino que lleva muchas noches sin dormir, que viene de Venecia, que va a estar poco tiempo en Pisa...

Llora y se va.

La dama de blanco corre la cortina, vacila un poco, luego se decide, se quita el sombrero, la capa blanca y un bolero, corre la pantalla de la lámpara y se tiende.

Yo, en silencio, a la media luz que ha quedado en el vagón, admiro un cuerpo espléndido, un talle esbeltísimo, la curva soberbia de una cadera y los pies pequeños, que salen por el borde del vestido. Por una lógica asociación de ideas, de la contemplación de esta mujer hermosa, paso a mirar el timbre de alarma con cierta melancolía.

Al llegar a alguna estación, después del estrépito del tren, en la calma, se oye la respiración dulce de la mujer; pero de cuando en cuando se

despierta con un sobresalto, suspira y da una vuelta violenta en el asiento.

Llegamos a Génova. Cambiamos de tren. Le digo a esta señora si quiere ir a la fonda; me contesta que no. Voy yo solo; ceno con apetito, aunque con melancolía; bebo, aunque con melancolía también, una botella de vino de Chianti. Al entrar en el vagón de nuevo, se me figura que la mujer está llorando.

—Señora—la digo yo—; si puedo servirla de algo dígamelo usted.

Ella me mira de arriba a abajo con cierto asombro y hace con la cabeza un signo negativo.

En Sansana cambiamos de tren; el que tomamos está lleno de gente. Al llegar a Pisa, baja la dama del vagón, yo hago lo mismo.

—¡Un faquino!—grita con voz imperiosa.

Un mozo toma la cartera. Antes de marcharse, la señora se vuelve hacia mí y me tiende la mano.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias por tanta *gentileza!*—me dice con un tono conmovido, y me estrecha la mano efusivamente, y veo sus ojos negros que brillan en la obscuridad de la noche.

Yo la miro alejarse y me quedo entristecido; me paseo por el andén de la estación de arriba a abajo, pensando en lo que le habrá pasado a

esta mujer. Viene el tren de Florencia, entro en un vagón y cierro los ojos para no turbar el recuerdo de los ojos negros. ¡Cuántas veces en la vida pasan personas a quienes se empieza a conocer; acontecimientos que parece que se inician como importantes y que luego no terminan, ni siguen, ni son nada!

Por ese carácter de indefinición que tienen son más atrayentes esas figuras vagas que cruzan por delante de uno, sin que se sepa lo que son, irritan la curiosidad, tienen el carácter de una promesa que se va y que parece más seductora a medida que se aleja.

Confusión y extravío.

Embebido en estos recuerdos de unas horas paso algún tiempo. De pronto, al llegar a una estación, alzo los ojos y veo en una pared un letrero que dice: Firenze. Decidido, bajo del tren y busco la salida. Me choca un tanto ver que la estación está desierta y que no baja nadie, pero no hago caso y sigo adelante. Salgo de la estación y me encuentro en una plaza abandonada, en donde no hay más que un coche destartalado. Un aldeano, con trazas de mendigo, pone mi maleta en el coche.

—¿A dónde?—me dice el cochero.

—Vía Palestro, hotel Bertelli—le contesto yo.

El cochero echa una falda roja a mis pies, se sienta en la lanza del coche y el caballo comienza a galopar y el coche a dar tumbos por callejuelas estrechas. Es al amanecer; hace mucho frío y me envuelvo en la manta del cochero. Miro a un lado y a otro. Ciertamente, la ciudad no tiene aire señorial; más parece un villorrio; pero sigo embebido en mis recuerdos y sin hacer caso de nada.

—Esto debe ser algún arrabal—me digo—. De las puertas de las casas salen hombres, de las ventanas asoman viejas, y unos y otras me miran con asombro. La verdad es que, envuelto en la manta roja del cochero y sobre este coche, que parece que va a deshacerse en uno de sus tumbos, debo tener un aire extraordinario.

El coche se para muchas veces en seco; el cochero pregunta:

—¿La vía Palestro?

Le contestan algo y vuelve a hacer trotar frenéticamente al caballo, y yo tengo que agarrarme para no caer en uno de los bamboleos.

Por fin, estamos en la vía Palestro; buscamos el número dos. Es notable; no hay números en la calle. Marcho de asombro en asombro. El cochero me pregunta si busco la casa de un

comerciante de vinos. Le digo que no, que voy a una fonda, a una *trattoria*—no sé de dónde recuerdo esta palabra de italiano—, y saco un papel del bolsillo y leo:

—Hotel Bertelli, vía Palestro, 2.—Firenze.

—¡Pero esto no es Florencia!—me dice el cochero abriendo unos ojos asombrados.

—¿No?—le pregunto yo, casi tan asombrado como él.

—No.

—¿Pues, qué es?

—Empoli.

Y unos cuantos hombres que han salido de una casa, me miran todos con estupefacción, y repiten:

—Esto no es Florencia, es Empoli.

Hay para reirse. Entonces, ¿qué es lo que he leído yo en la estación? Le pago al cochero lo que me pide y le devuelvo su manta. Voy a la estación para leer el letrero y quejarme, ya que no contra el destino, contra la Compañía de ferrocarriles. El letrero pone *per Firenze* y debajo una flecha. No tengo el consuelo de echarle la culpa a nadie.

Me quedo en Empoli, en un fonducho, a esperar el tren. Por la carretera blanca pasan grupos de aldeanos que vienen al pueblo; algunos carros se acercan de prisa, el caballo al galope, mien-

tras los conductores hacen restallar sonoramente el látigo. Y mientras contemplo el paisaje inundado de sol, suenan a lo lejos campanas muy lánguidas y muy tristes. Le pregunto a la posadera qué es lo que pasa en el pueblo para tanta campanada, y me dice que es día de Jueves Santo.

Pío BAROJA

NORÉ . . .

A Amado Nervo.

Alí van, venerable maestro, estos renglones de belleza y de dolor. Acéptelos usted como acostumbra, piadosamente, dulcemente, que ellos son la expresión fiel de un afecto nacido al calor de la admiración y del silencio.-M. SUÁREZ D.

Noré...

¿Verdad que, además de bíblico, monosilábico y musical, resulta este nombre algo fantástico?

Veamos: Yo la conocí en Méjico, de «vista». Más tarde, en los últimos días del memorable mes de noviembre de 1914, cuando las tropas norteamericanas evacuaron la ciudad de Veracruz, instalándose provisionalmente en el edificio de Faros el Gobierno Constitucionalista, volví a encontrarla. Entonces tuve el honor de ser presentado a ella por el prestigioso revolucionario y hoy gobernador del Estado de Sonora, Adolfo de la Huerta.

Al tratar a Noré, creí hallarme en presencia de «otra Corregidora para la Historia Romántica de la Revolución...»

Y, sin embargo, no fué así.

Oid:

.....

—No me confunda usted, amigo mío, con esa «pléyade» de niñas bonitas y «profesoras» de última hora; no, ¡por Dios! Quédense semejantes apreciaciones para los espíritus vulgares; para los que viven el prosaísmo de la vida y el sentimiento... Pero, ¿qué digo? Acaso ¿ve usted en mí a la mujer recatada y mística del siglo XII, incapaz de emitir opiniones fundadas y dignas de prevalecer? Pues se equivoca usted; yo soy revolucionaria, soy demócrata; hasta más: casi me atrevería a decirle que soy una rebelde...

En efecto; aquella mujer, roja de entusiasmo, cual si toda la mañana estuviera besando amapolas en Santa Anita, llenó mi espíritu de dudas y tribulaciones. ¿Sería Noré un nuevo y excepcional cerebro femenino? ¿Estaría yo en presencia de una moderna Sor Juana Inés de la Cruz, de una Esther Tapia de Castellanos, Laura Méndez de Cuenca o María E. Carrillo...?

Y por mi mente desfilaban fugaces nombres e imágenes de mujeres divinas; de mujeres que fueron y son la encarnación de la bondad, la abnegación y la grandeza de sentimientos. ¡Quién sabe!—me dije, y... Comprendiendo mi turbación y mis reflexiones, Noré continuó;

—Si; soy «rebelde» porque soy sola, porque nací en las márgenes del río Yaqui y llevo mi alma impregnada de sus brisas; porque siento en mi pecho la altivez y el dolor de mi raza. ¿Qué más? ¿La lucha presente, trágica, cruenta y enconada en que el hermano clava el puñal homicida en el pecho del hermano...? Sí; es verdad, amigo mío, yo, que amo a todos los hombres como mis hermanos en Jesucristo, siento profunda pena por los que sucumben. No obstante, sé que es absolutamente necesario derramar sangre, mucha sangre; tanta como requiera el triunfo de la Libertad, el Derecho y la Justicia, usurpados por el despotismo y la tiranía. Esta es la herencia roja y maldita de nuestros antepasados. ¡Que Dios los perdone! Yo, como mujer y mejicana, no.

—Ya ve usted nuestra situación actual —siguió diciendo Noré—. Reducidos al solo Estado de Veracruz, apenas si tenemos más esperanza ni más fe que ese hombre predestinado a salvar nuestra nacionalidad, nuestra Independencia y nuestro decoro. Ese hombre es el Primer Jefe, el señor Carranza. Agrupémonos cerca de él y obedezcámosle fielmente para que el triunfo de la Santa y Redentora Causa sea un hecho positivo.

.....
.....

Un año después volví a ver a Noré en Querétaro y cuando ya el triunfo de la Causa Constitucionalista en Méjico era indiscutible.

La figura de Noré había cambiado totalmente. Es-

taba pálida, delgada y triste. Iba envuelta en un «boa» de plumas blancas, de cisne...

¿Estaría enferma? La interrogué de nuevo.

—Notó usted que mi transformación en doce meses fué grande, ¿verdad? Pues más intensas fueron aún las emociones sufridas. Sin embargo, estoy satisfechísima y, como Delmira, diré:

«El dolor subcorpóreo, el dolor íntimo,
el que ignora el lenguaje del sollozo;
cáncer interno que invisible roe;
el que vibra en las almas, no en los ojos.
No sé si soy feliz; no sé si sufro;
deshojo risas y desgrano lágrimas.
;Llevo en el alma realidades negras,
llevo en la mente idealidades blancas!»

Aquel día de Querétaro, Noré estaba más elocuente que estuviera en Veracruz la última vez que nos vimos. Analizó, uno por uno, los prohombres de la Revolución, sintiéndose altamente envanecida por los triunfos alcanzados, especialmente para la mujer, «que muy pronto se verá emancipada de la tiranía del hombre y sus leyes egoístas»—dijo Noré.

—Ahora sí; ahora creo sinceramente en el porvenir de mi Patria. Porque, para hacer Patria, primeramente hay que establecer hogares morales, familias virtuosas y honradas; algo, algo que constituya un afecto noble y un recuerdo grato. Y para sentir estímulos y anhelos de civilización y de saber, son necesarias muchas escuelas, muchos y buenos maestros.

De ahí que la labor de Félix Pallavacini durante su permanencia en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, resultó altamente beneficiosa y saludable para la Nación. Hemos de ser sinceros y reconocer sus méritos.

Hace unos días encontré a Noré en España, en Madrid. Vino a la vieja y noble Europa a recuperar su salud quebrantada. Me contó sus impresiones de viaje; me habló extensamente de la legalidad y el orden reinantes ya en Méjico.

—Aquello se arregló satisfactoriamente—dijo—, y es necesario que aquí, en Europa, lo sepan, porque nuestros hermanos del Centro y Sur América ya lo saben. Allá están Fabela, Jurado, Urbina y Freyman; aquí tenemos al virtuoso autor de «Poemas», «En voz baja», «Mística», «Jardines interiores» y «Elevación», que también es revolucionario y extiende sus alas espirituales por sobre la cumbre de los Andes, uniendo, en estrecho abrazo, a todas las Repúblicas hermanas del Continente latinoamericano. En Francia, está Quintanilla, que sabe lo que hace y es un buen mejicano.

—Yo me voy a Francia—terminó Noré—a sentir su dolor y enjugar sus lágrimas; a esa Francia grandiosa y desventurada, cuna del Derecho humano y fuente de la Democracia universal.

Y al despedirse Noré y quedarme solo pensé:
¡Qué hermosos frutos dan las Revoluciones...!

M. SUAREZ DIAZ

(*Fray Lind.*)

Madrid, junio 14 de 1917.

La vida del idioma.

Leyendo un interesante trabajo de Eduardo Juliá, en la *Revista de Archivos*, titulado «El americanismo en el idioma castellano», encuentro estas sabias apreciaciones: «La vida del idioma se desarrolla paralela a la vida de la literatura correspondiente: los síntomas de degeneración literaria serán indicios de muerte del idioma. Y como la obra literaria se integra por el fondo y la forma, a estas dos partes habrá que analizar también. El fondo literario degenera en trivialidad y bajeza, o en obscuridad y afectación. Esta degeneración se manifiesta, pues, por defecto o por exceso. Así se corrompe también la forma: por defecto se cae en el desatino; por exceso, en el purismo y meticulosidad exagerada.»

Insistamos acerca del purismo. Siendo el idioma una cosa viva, el excesivo encogimiento,

la demasiada severidad, resultan contraproducentes. En el prólogo de *La Galatea* hay unas palabras que no he visto citadas expresamente aún por los defensores de la necesaria libertad del lenguaje. Dice Miguel de Cervantes: «Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinación que a la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia a semejantes ocupaciones; demás de que no puede negarse que los estudios de esta Facultad (en el pasado tiempo con razón tan estimada) traen consigo más que medianos provechos, como son enriquecer al poeta considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas más altas y de mayor importancia, *y abrir camino para que a su imitación los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tienen campo abierto, fácil y espacioso, por el cual, con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, graves, sutiles y levantados, que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce, en la edad dichosa nuestra...*»

Aquí da a entender el insigne autor del *Quijote* que los poetas son los que impulsan la vida del idioma. Por su fuerte originalidad y por su innata sabiduría, ellos tienen el sentido de la palabra. ¡Si poseen también el sentido de lo inefable!

Al mismo tiempo, Cervantes afirma que es pequeñez de ánimo cohibir el idioma, detenerlo arbitrariamente. Hay que dejar en su curso natural la abundancia de la lengua castellana, sin violencias de apresuramiento; pero sin estancarlo de un modo absurdo.

Finalmente, el autor de *La Galatea* es un gran optimista en cuanto a la vida literaria de su tiempo: habla de la edad dichosa nuestra, celebrando la fertilidad de los ingenios españoles.

Visto a otra luz, el problema del lenguaje presenta un aspecto personal que nos lleva a su estudio práctico y con el cual se resuelven muchas dudas. Es el que expresa Pablo Bourget al criticar el *Diario íntimo de Enrique Federico Amiel*, y lo enuncia de esta forma: «Si existe íntima relación entre el pensamiento y el sentimiento, más que relación existe identidad entre el pensamiento y el estilo de un escritor.»

Y luego considera la dificultad de Amiel para escribir en lengua francesa, el esfuerzo para

traducir en palabras sus concepciones, debido a que chocaban dentro de Amiel un pensador alemán y un escritor francés; dualidad bastante para turbar su completo desarrollo.

Así mira Bourget la extravagancia de forma, la violencia de estilo del famoso escritor, juzgándole en disconformidad con el genio propio de la lengua francesa.

Pablo Bourget muestra las expresiones equivocadas de Amiel, los giros disparatados, los términos que reprueban la tradición, su prosa compuesta y semibárbara, y acaba afirmando que Amiel es un escritor francés, pero de la decadencia. ¡Y, sin embargo, por la entraña de lo que dice, es uno de los escritores que se han elevado más a las cumbres soberanas! Así la decadencia es una paradoja...

El criterio de Pablo Bourget es el siguiente: «En realidad se estrellaba el autor del *Diario íntimo* con un problema probablemente insoluble: el de traducir en palabras de una raza ideas creadas por el genio extremo de otras.»

Los reparos de la clásica severidad humanística, y al par de significación más alta, que dejo esbozados, según las ideas gramaticistas del autor de *El Discípulo* pueden aplicarse a la literatura española. Tal libro de prosa o de versos nos desconcierta... porque en él chocan el pensa-

dor francés y el escritor castellano. La extravagancia del estilo obedece a ésto. Y así no adelanta sino que se perturba la vida del idioma. En el alma del artista español, que no cree en más cultura que en la de Francia, hay una lucha violenta que perjudica notablemente a su obra. Lo mismo decimos si sigue ciegamente la de *cualquier otro pueblo*, menospreciando la tradición de su patria. Es el divorcio, la tragedia, el germen de una servidumbre

En los tiempos de Cervantes, nuestro era el idioma y nuestra era la cultura. Había las naturales influencias o relaciones entre las diversas literaturas de Europa; pero España no era el predio sirviente, sino más bien el predio dominante. El pensamiento y el estilo de nuestros escritores iban por un mismo cauce majestuoso y nos dejaron una herencia espléndida, cada vez mejor inventariada, por los modernos procedimientos de la filología, la crítica y la historia en general. Ejemplo, que vale por todos, los trabajos del gran sabio y genial prosista Menéndez y Pelayo.

Conviene, pues, prepararse con la disciplina clásica (griegos y latinos) y estudiar con amor las tradiciones literarias y científicas de nuestra nación, recibiendo después las ideas, adelantos y modas extranjeras, *los temas nuevos*, para con-

vertirlos en sustancia propia, en jugo castellano:
pensar en español y escribir en español.

Así vivirán los escritores, íntegramente, la
vida del idioma.

F. CORTINES Y MURUBE

José Enrique Rodó

---Y has sucumbido en el destierro triste,
sin que besar tu frente yo pudiera.
Mis manos miserables no han podido
lavar tu cuerpo, ni encender la leña
de la fúnebre pira. Y otras manos
cumplieron sin amor esa tarea.

SÓFOCLES. ---*Electra*.

El tranvía, que en Montevideo a más de ser un servicio urbano que nos salva de las impertinencias del cochero, como en todas partes, es un placer por la comodidad de los carros, la cultura del público y la rapidez del transporte, me deja en la esquina de la calle Solís.

Consulto mi libreta de direcciones: José Enrique Rodó, Cerrito, 102 A. numeración vieja. Ahí está la casa, una elegante construcción de piedra, de hermosos balcones, que hace esquina.

Subo por una de las ramas de la doble escalera de mármol, que en el descanso se unen para formar una sola hasta el hall, de donde parten dos pasillos para el interior, formando marco a un patio pavimentado de ladrillos de vidrio. Busco un timbre o manera de

llamar, y en la moldura de una puerta, que debe dar al salón principal, diviso un pequeño botón; lo oprimó y espero.

Después de un momento aparece en el extremo de uno de los corredores una criada joven que andando menudito y sonriendo avanza a mi encuentro. Cuando está cerca le pregunto:

—¿El señor Rodó?

—¿Quién? ¿Don José?

—Sí, don José—le replicó, sorprendido de que haya otro Rodó, porque para mí, como para todos los hispano-americanos, el insigne pensador, el insuperable autor de *Ariel* y de *Motivos de Proteo*, que ha hecho vibrar el continente indo-hispano con su verbo majestuoso y la sublimidad de su pensamiento, no es don José, ni José Enrique, sino Rodó, con esas dos consonantes fuertes y esas dos oes solemnes como la onomatopeya de un eco de aplauso que va de cumbre en cumbre por las cimas y los valles de los Andes. Y él es único, no puede haber otro Rodó.

Vacila la sirvienta mestiza y mira para uno y otro lado; la saco de la incertidumbre dándole mi tarjeta.

Espero un instante. Siento pasos y veo que por el pasillo de la izquierda avanza un caballero trajeado con un terno de chaqué negro.

—¿El señor Rodó?

—A sus órdenes. Siga usted—y abre una puerta que da a una pequeña sala a la derecha del hall.

Entramos en la semiobscuridad, Son las siete, es

decir, el crepúsculo en esa estación. Espero que Rodó tuerza el botón para hacer luz; pero nada, nos sentamos, él en un sillón y yo en un sofá, y charlamos. Me mortifica la sombra; pero poco a poco se hacen visibles los muebles y cuadros de la elegante habitación.

Rodó está en la plenitud de la vida; es alto, fornido sin vulgaridad, piernas largas, un poco cargado de espaldas como persona que ha vivido inclinada sobre los libros y las cuartillas; la cabeza grande, pelo castaño liso, frente amplia de senos pronunciados, usa lentes engastados en oro, la nariz enérgica, los ojos pardos como aquellos acostumbrados a mirar la inmensidad del mar u horizontes dilatados y que, para apreciar los detalles, tienen que hacer un esfuerzo de recogimiento, de reducción; la fisonomía franca y benévola; la voz tiene modulaciones tribunicias. El además se impone doctoralmente, pero sin brusquedad.

Para iniciar la conversación elige un tema especialmente grato para mí, habla de Colombia, mi Patria, y me sorprende con la variedad de sus conocimientos y la certeza de sus juicios sobre la política y la literatura colombianas; recuerda al presidente Restrepo, cuya prudente labor política aprecia y con quien se cartea; elogia a Rufino J. Cuervo, a Caro, a Camacho Roldán, a Sanín Cano, y habla de «nuestro idioma, que debemos conservar como el único vínculo de raza que nos une».

Se condeule de la corrupción que sufre la lengua

española en algunas regiones; califica la pretensión de formar un idioma especial en la Argentina y en Chile, como un despropósito, como «una aspiración de tribu», y elogia a Colombia, en donde se conserva puro el idioma de Castilla.

Tiene Rodó una cualidad muy rara en los hombres de letras consagrados por el éxito, y excepcional en los que han regentado alguna cátedra; no abruma al interlocutor con torrentes oratorios; no abusa de su posición superior, ni muestra esa pretenciosa benevolencia que se traduce en una sonrisa omnisapiente y caritativa; gusta de escuchar, de informarse, pide noticias y datos; su ávida curiosidad está siempre alerta y muestra interés por los detalles. Así la conversación es grata y variada, sin que degenera en un monólogo pedante o en uno de esos silencios embarazosos en que el visitado se contenta con asentir a cabezadas, o hace alguno de aquellos gestos que el más tonto de los visitantes traduce: Estoy cansado, márchese usted.

Si a esto se agrega la elegancia de las frases, que desfilan ostentando la múltiple hermosura de sus formas, como las desnudas jóvenes griegas en un juego olímpico, la profundidad de los juicios que obliga a meditar, y la claridad del concepto que rasga velos dudosos, se comprende por qué Rodó, el más alto exponente de cultura de la raza indo-española, símbolo de una nueva potencialidad pensante, que encauza y marca derroteros a una generación continental plétórica de vida y energías; Rodó, que se muestra espon-

táneamente en la raza nueva «como Saúl se elevaba por encima del pueblo de Israel, con todos sus hombres», y a quien Paul de Saint Victor hubiera colocado en el grupo indivisible en que pone a Shakespeare, de «esos primogénitos del espíritu humano, esos hombres que dominan a las generaciones terrestres», no es como esas montañas que vistas de lejos seducen por el tinte suave de la atmósfera y la tersura del paisaje, pero que de cerca muestran la asperidad y protuberancias hoscas de agrias eminencias; Rodó no desilusiona, es uno de los pocos hombres representativos cuyo prestigio acrece al mirarlos de cerca.

Hablamos del Ecuador. Me dice que después de su libro «El Mirador de Próspero», que está en prensa, publicará uno especial sobre Montalvo. Es increíble—agrega—que en el Ecuador, en ese medio fanático y en donde la raza indígena ha predominado, haya nacido un coloso como Montalvo.

Me pide algunas noticias sobre Ambato, cuna del insigne polemista, ese valle andino de exuberante hermosura, del que habló don Juan Valera, y sobre la situación de la raza indígena en el Ecuador, cuyo redentor, Alfaro, quien quitó de manos de los caciques el látigo, quiso acabar con el concertaje y fijó los jornales, fué arrastrado por las calles de Quito.

La conversación salta al socialismo revolucionario, a propósito de la huelga de los electricistas que se anunciaba y se efectuó y de una bomba que estalló en un retrete del lujoso hotel de Pocitos, hiriendo a un niño y a una sirvienta.

—Quisiera—exclama—que se elevara un muro insalvable entre el viejo y el nuevo mundo, para que nos dejaran desarrollarnos libremente, sin que nos trajeran la corrupción y criminalidad que nos invaden.

Vienen el dinero y la civilización; pero nos traen también problemas sociales de ardua solución para organismos inexpertos; llega la inmigración agrícola y trabajadora que necesitamos; pero también se filtra en proporción alarmante la viciosa y corrompida de las grandes urbes, que es como inyectar en cuerpos infantiles virus nocivos que apenas pueden soportar los ya fortificados por larga higiene resistente.

Me dice que es miembro de la Comisión del Trabajo en la Cámara de Diputados; que el Gobierno tiene tendencias exageradamente socialistas y antirreligiosas, suscitando conflictos y problemas innecesarios, que él, como liberal doctrinario, es partidario de la reglamentación del trabajo, pero dentro de la libertad; que poner, por ejemplo, ocho horas de trabajo diario, es establecer la casta del proletariado, de donde no se sale ni se progresa. El trabajador que progresa es porque trabaja más que los otros, y establecer una nivelación de fuerzas es absurdo. Dice que las ideas expuestas en su Informe a la Cámara las ha amplificado en un trabajo literario que está en el «Mirador de Próspero».

Para el proyecto de la «Unión Intelectual Latinoamericana», tiene frases de fervoroso entusiasmo; ve como una necesidad inaplazable «romper el pavoroso

desconocimiento mutuo» y elogia la fórmula que he presentado como única posible siempre que se dirija la propaganda con constancia y se trabaje sin desmayar.

Rodó es un ardiente predicador de la unión espiritual de los pueblos ibero-americanos, como base de su grandeza; pero no es de aquéllos espíritus dúctiles que se entusiasman momentáneamente al escuchar la exposición del pensamiento para luego caer en la inercia y el olvido. Comprende la magnitud de la idea, ve los obstáculos y la manera de vencerlos y apoya denodadamente cuanto tienda a su realización. Ama a España, genitora de pueblos viriles, de quienes cada día se distancia más, porque la madre Iberia, después del colosal parto de un mundo y de su desangre colonizador reposa..., y las naciones ibero-americanas, rebosantes de savia y energías, ávidas de actividad y movimiento, con el ojo abierto a todos los horizontes luminosos campo propicio a todos los pólenes fecundantes, cerebro joven apto para recibir influencias mentales y políticas, van conformándose, modelándose de manera peculiar y distinta, para constituir una raza definitiva y un conjunto singular de pueblos.

.....

Las sombras eran más densas y ya apenas veía la mano blanca y larga, mano de príncipe oriental, de Rodó, que con ademán enérgico y rotundo parecía un signo hierático.

Rompí al fin el encanto de conversación tan seduc-

tora y me despedí del eminente pensador, llevando el recuerdo sugestivo de esa entrevista, que anoté en mi cartera de viaje; recuerdo que surge hoy, al cabo de cuatro años, al conjuro de dolorosa noticia: la muerte de Rodó, que transmite el telégrafo con su seco laconismo.

Murió lejos de su patria, la América Latina, lejos de su hermosa ciudad, Montevideo. El, que fué un cíclope del pensamiento, que escaló el Olimpo de las ideas, murió solitario y extraño en la tierra de los Cíclopes, en donde se forjaron los rayos para la diestra de Júpiter; allá donde todo el año florecen, como en los trópicos de la América Latina, los laureles, los limoneros y los naranjos.

La antigua y mitológica Trinicaria guardará los restos de Rodó, gratamente arrullados por el zumbido de las abejas del Hiblea, hasta que los pueblos de la América Latina, que guardan como herencia nobiliaria su excelso pensamiento, los lleven, sobre sus manos cruzadas en fraternal unión, para colocarlos en el zócalo de la estatua que la juventud pensante de la América Latina levantará a Rodó, como símbolo de los altos ideales de la nueva raza.

JUAN IGNACIO GALVEZ

Madrid, junio de 1917.

Esta noche, señora... ⁽¹⁾

A Amado Nervo

... Y os podría decir como el Boreas de la comedia *Himenea*:

«Esta noche, si queréis,
me podéis abrir a mí...»

¿Qué os distrae, señora? ¿Las campanas? Sí. Repican. Repican por la venida anual del Niño Dios, como repican nuestros corazones, esta misma noche, por el advenimiento del otro dios niño. (Las campanas, señora, son el corazón de las iglesias, cascabel y voluble, sonoro y bullanguero, que ríe lo mismo en un repique que llora en un toque funeral.) Navidad, señora. ¡Qué! ¿Un

(1) Del próximo libro *De la raza y del arte*.

cuento, decís? Caprichos tenéis, señora, y fuera tal vez mejor... Bueno. No os enfadéis ni insinuéis grave y adusta la perenne sonrisa de vuestros labios. Hilaré para vos «la hebra de oro de mi ensueño en la rueca de mi melancolía». Y disculpad que en lo que os diga no haya el sencillo ni el olor a heno y sabor de leche fresca, de un auto pastoril de Gil Vicente:

«Zagales, levantar de ahí,
que grande nueva es venida...»

porque vos sabéis cómo la vida es triste, y es más triste la que vive cada uno, y vos, a quien no os falta amor, dinero, hermosa juventud y sangre ardiente, a pesar de vuestra perenne sonrisa, sufrís el mal tremendo de aburrirlos de todo...

¡Qué adorable mohín de impaciencia! ¿Os impacienta el preludeo? Esperad... Es que probando la rueca para el hilado y atrapando el cabo de la hebra, iba a deciros, señora, que os hablaría de algún recuerdo mío. Comienzo:

Juanín—aguardad, señora: con la suavidad de vuestra mano en las mías, estaré más cómodo—: Juanín sentía furiosas ganas de llorar a gritos, de rabiarse, de darse de cabezadas por las paredes, de golpear el suelo con sus piecitos

helados y desnudos hasta sacarles sangre, la sangre que, hirviendo, le estallaba en el cerebro. Pero a más de que sus párpados, hinchados y rojos, ya no tenían lágrimas por haber vaciado todas las que subieron del corazón aquel día, cada vez que volvía la cara—hubiérais visto, señora, la maravilla de aquel *nacimiento*—, se quedaba en éxtasis y en sus mejillas renegridas y ásperas (suaves, blancas, para los labios de su madre) lucía la gloria de una sonrisa involuntaria.

El Niño Dios, ¡qué dulces tenía los ojazos azules, con dulzura de mieles y azul de violetas, y qué apacible la cabellera rubia, rubia como el sol y como las chispas de luz de los fuegos de artificio que subían tan alto en el cielo cuando Juanín, en brazos de su madre, bajo el arco de un zaguán o en mitad de la plazuela, aplaudía, chocando sus manitas, la *paloma* del castillo fiestero! ¡Y qué dulce también el mirar de la Virgen María, y cómo se plegaban sus labios en tan pía sonrisa materna! ¡La misma sonrisa que él, Juanín, el pobrecito Juanín, de más pequeño, viera desde los pobres pañales de su cuna en el suelo, al lado del baúl de los trapos domingueros, en el rostro de su madrecita buena que le hablaba siempre del padre ausente y cariñoso alejado por la necesidad de ganar en tierra me-

nos egoísta y adversa el pan y el abrigo de los suyos! ¡La misma sonrisa de su madrecita buena! ¡Y el señor San José, arrodillado, con las manos en ademán de adoración y el rostro también jovial, barbado de sedaña barba de color de ceniza! Y luego el buey y más allá el asno, detrás de la cuna, junto al pilar carcomido del viejo portal glorioso. Y más allá, a la derecha, los rabadanos de ceño autoritario y hosco y los pastores humildosos hundiendo los dedos en el albo vellón de las corderas escogidas. Y caminando en sendas cabalgaduras, a la izquierda... —no os molestéis, señora, mi brazo está bien así, y estaré cómodo si vos lo estáis—, a la izquierda, en el sendero de yerbas y pasto joven y peñascos de cartón con repliegues plateados, los tres Reyes de Oriente y su cortejo de esclavos en pos de los signos de la Estrella solitaria.

Y arriba, en lo alto, sobre la ruina del portal caduco, una nube de gasas azules, muy azules, tan azules como los sueños de los niños, constelada de cabecitas de ángeles lindos como el Niño Dios que, desde abajo, les mostraba sus manos regordetas. Y todo sonriente de risa placentera, piadosa, bíblica, plena de infinita paz... ¡Oh la maravilla de aquel nacimiento...! Imposible que Juanín golpear el suelo con los pies y atormen-

tase los ojos con el llanto detenido en los párpados. Y sin embargo...

(Perdonad, señora, si el cuento de Navidad que me pedis esta noche que vuestra cabeza está tan cerca, tan cerca de la mía que mi aliento no podría distinguirse del vuestro, no tenga alegría de cascabeles ni el alborozado son de las campanas que —¿oís?— siguen batiendo toda la música de su bronce por el Dios recién nacido. Perdonad, señora, que haya amarga perversidad en lo que os cuento; pero es que en este instante, ante la visión del resplandor de luna que reflejan vuestras pupilas maravillosas con ese brillo de esmeralda que quisiera para abreviar su sed enferma de tremenda decadencia el señor de Phocas; lamento, señora, no haber corrido antes las cortinas y tener así más completa la sombra y más en calma el espíritu para pintar a gusto de vuestro capricho un cuadro de Navidad, alegre y suave, mejor que un pedazo de miseria y desastre que un rayo de luna idéntico a éste que en la hora de ahora me conturba en el enigma de vuestros ojos, me descubrió en una andanza añeja, cuando inquietaban mi alma dolores ajenos y angustias cotidianas y sabía aún la electrocusión por estos cabellos negros que así, copiosamente, se desparraman a la luz de la luna sobre la almohada blanca...)

Sin embargo—os decía—, Juanín pugnaba por llorar. Su madre, la madrecita de su alma, que sabía reirse para él con la misma sonrisa de la Virgen María junto a la cuna de su hijo Dios —ya sabréis alguna vez, señora, cómo es Dios para una madre todo hijo, y acaso entonces os aburráis menos y tenga cura vuestro hastío—, su madrecita del alma se moría arrojada en cama por una enfermedad cruel que la sangró los pulmones, y el pequeño la veía morir sin saber cómo oponer sus bracitos de seis años al capricho de la Muerte. Y se quedarían solos él y su hermanita ciega, la que nació estando ya lejos el padre. ¡Cómo daba pena verle los ojitos siempre cerrados, y en la comisura de los párpados una línea lechosa que era menester limpiarle a cada instante! ¡Y cómo se quejaba la probrecita!

Era noche de Navidad, señora, y Juanín pedía limosna aquella noche. No lloraba por tristeza de la alegría ajena y la dicha de otros niños que a su paso encontraba. Lloraba por su madre; lloraba por su hermana; lloraba por el hambre y el dolor de ambas y la impotencia suya. Pero al pasar por la casa de su vecina y ver las puertas abiertas de par en par, abiertas y llenas de luz, pregonando el *nacimiento*, no podía ya llorar. El Niño Jesús nacía para curar dolores y secar lágrimas; para derramar sin tasa, felicidad y gozo;

para poner risa perenne en los labios de los niños. Y Juanín se acordaba de cómo una noche en que su madre acababa de rezar con él, al Niño Dios, se quedó dormido y vió en sueños, como a través de un velo, unas grandes perlas que eran lágrimas de su madre, cayendo solas, mudas, sobre la frente de su hermanita ciega, que con hambre se quedó dormida aquella noche mordiéndose las manitas. Y vió cómo luego su madre, despacio, muy despacio para no despertarlos, se fué a la máquina de coser a desgarrarse los pulmones y toser a cada instante.— Vos no sabéis, señora, cómo es asesina la máquina de coser y la usura ruin con que cobra los servicios que presta a los pobres.

Un ruido brusco de pitos y matracas sacó a Juanín de su abstracción. Juanín corrió como loco a su casa gritando: «¡Madre, madrecita de mi alma, si vieras qué lindo está el niño!»

Pero su madre ya no le podía contestar, y sólo despertó llorando la hermanita ciega...

Juanín se volvió idiota.



(¿Lloráis, señora? No lloráis. Juanín curó más tarde para enfermar de amores y saber la embriaguez de vuestras caricias... Dejad, señora, que me levante a correr las cortinas...)

MIGUEL A. URQUIETA

La educación del Filisteo

Desde los tiempos románticos viene generalizándose en todas partes, a ejemplo de Alemania, donde la palabra cuenta un abolengo de dos o tres siglos (1), el uso de llamar *filisteo* al hombre vulgar, basto, prosaico, destituido de ideal e incrustado en la rutina, que así le da hecho el molde de su vida exterior, como el de sus ideas, gustos e inclinaciones. Para Schopenhauer, en su famosa definición de los *Parerga*, el *filisteo* «no tiene necesidades espirituales, y por esto «se ocupa constantemente y del modo más serio del mundo en cosas que no lo son»; para Ihering, en su *Lucha*, «el egoísmo ruin y el materialismo, son los caracteres de este «Sancho Panza»; Luwroff es «el salvaje de la civilización»; y poetas, novelistas y demás autorizados intérpretes de la conciencia popular, han creado los personajes legendarios de José Prud-

(1) Véase el artículo *Philister* en *Meyer Encyklopaedie des allgemeinen Wissens*, Leipzig, 1887.

homme, Homais, mister Grundy, que representan análogo concepto.

Frente a esta banda, Carlos Moor, Manfredo, Lelia; toda la magnífica procesión de rebeldes, desde Rousseau y Chatterton a los satanistas y anarquistas, afrontan con desprecio el culto de la regla social, propia sólo para el servil rebaño.

Pero esta oposición entre ambos grupos, ¿es tan exacta? Si por filisteo se ha de entender el hombre ingenuo y por excelencia «conformista», que siente, piensa y vive a gusto del grupo zoológico a que pertenece y del que no quiere disonar por ningún precio. ¿son tantas las variedades de filisteos...! Los hay conservadores y reformistas, tradicionalistas y radicales, sentimentales y prosaicos, pacíficos y revolucionarios, mojigatos y ateos, escépticos y jacobinos...

Y el insurrecto, el antisocial empedernido, que precisamente quiere a toda costa disonar y ser tenido por mortal enemigo del linaje humano, ¿no es más persona? ¿No vive asimismo pendiente, como el conformista, del aplauso o del silbido de la opinión ajena? ¿Pone acaso más empeño que el otro en ser y gobernarse por sí, o entrega a los demás con igual servidumbre las riendas de sí mismo? Para ambos, la ley del obrar no viene de adentro, sino de afuera; ¿qué más da? Lo esencial del filisteo no está en el contenido de lo que dice o lo que hace, sino en el valor mental del proceso interior de sus hechos y dichos; ¿una misma fórmula exterior de vida puede significar cosas tan diferentes! Ni uno ni otro de aquéllos mira

hacia el espíritu, sino hacia el mundo, que los trae y los lleva a su antojo. No tratan, ni por soñación, de sacar de sus entrañas el individuo trascendental, que todos, aun el más vulgar sujeto, llevan allá en el fondo; sino al contrario, de despersonalizarse hasta el último extremo posible, no preguntándose nunca: «¿cómo viviré yo conmigo?», sino «¿qué dirían de mí los demás?» Porque no viven de su vida, sino de la ajena, dejando que los otros vivan en su lugar por él, ni trabajan por la obra, sino por la paga. ¡Y qué paga...!



Y ahora, ¿qué hace la educación «superior» de la juventud para partear, que diría Costa, ese divino arquetipo de cada hombre en ella, para echarlo del rebaño, o más bien ayudarle a que él se salga? Monólogo uniforme del profesor, que por igual se aplica a todas las almas, como un traje de contrata a todos los cuerpos, en vez del diálogo vivo, lleno de espíritu, flexible, en unos y otros, donde la individualidad se abre camino y la respuesta se adapta a la pregunta. Textos uniformes para aprender en ellos interpretaciones de los cosas, en vez de lecturas libres, varias, que muevan al amor y a la indagación de las cosas mismas. Plan de estudios uniforme y rígido, simétrico, incompatible con toda vocación y perfección. Exámenes, diplomas, premios, notas, oposiciones...

Todo está calculado, o más bien, automáticamente

construido, sin darse cuenta de ello, para el cultivo intenso de la vulgaridad, sea humilde o turbulenta, para la glorificación del lugar común y de la mediocridad, para la renuncia de cada hombre a sí propio, y la persecución servil de la individualidad hasta la última trinchera. Y todavía el rebaño se indigna de pensar que cada maestro tenga su idea propia—no fuera malo—, y pide programas únicos, textos únicos, no sé si profesores únicos para toda la nación; y en poco ha estado que no los pida para todos los pueblos que aún hablan esta lengua española, con la cual se ha removido el alma de los mundos y hoy se dicen tales necedades.

¡Qué ha de salir de semejante enseñanza «superior», sino esos grupos monocromos; ya desteñidos y grises; ya blancos, rojos, verdes, negros, que obran por impulso gregario, mirando siempre al viento, que a la hora corren. Gran milagro es de la naturaleza humana que todavía algún germen de sinceridad personal y austera devoción al espíritu relampaguee en medio de nuestra miseria y pueda resistir y resistir—y hasta de vez en cuando proliferar— a esta campaña de evaporación universal de la vida...

FRANCISCO GINER

LOS CANTOS DE LA GUERRA

El nuevo Sermón de la Montaña

Para Amado Nervo

Cristo, en los ojos y en el rostro la tristeza profunda, la melancolía indefinible de las almas vencidas y calumniadas, surge del horror de un monte balcánico, donde aún vense humear granadas rotas y óyense alaridos de carnes destrozadas y, con la voz llena de llanto, a los soldados que escaparon al último encuentro, les dice este nuevo Sermón de la Montaña:

—¡Yo soy el que ha de ser y aquel que siempre
| ha sido...!

Bajo mi pie de arcángel la Muerte y el Olvido
el horror de sus dientes hacen crujir en vano:
yo vengo, como ellos, de un país ultrahumano.
Sus bocas, que están llenas de sangre y de pavora,
jamás han de posarse sobre mi carne pura.

Alzad las frentes, hombres, que ha llegado la aurora,
 alzad las frentes, hombres... Si el Universo llora
 no lamentéis su llanto, porque será fecundo:
 ¡nada grande sin lágrimas se ha formado en el mundo!

Quien tenga ojos, que mire; quien tenga oído, que
 { escuche:
 la Gloria es un absurdo: para el hombre que luche
 más bravamente, y caiga con la frente cubierta
 de infamias o laureles, tendrá la puerta abierta;
 pero si tú, Poeta o Apóstol, aventuras
 tu vida en la gran selva de las vidas oscuras;
 si sellozaste al ritmo del corazón humano;
 si una noche de invierno por vestir al hermano
 te quedaste desnudo; si tu hogar compartiste
 con aquel que no tuvo más gloria que estar triste;
 si por abrir auroras en los hoscos destinos
 anduviste saugrando por todos los caminos,
 dirán que fué tu vida un vulgar episodio
 de la Naturaleza; te vestirán de odio
 el nombre que ha debido decorar el Futuro;
 dirán que fuiste bueno, pero que fuiste impuro;
 que gozaste, a la sombra, los más hondos placeres,
 que por sus carnes mórbidas, perdonaste mujeres,
 y la Gloria, que es hija del Monstruo Muchedumbre,
 oirá la voz del monstruo...

La seráfica lumbre,
 que vertí sobre el triunfo de la noche pagana,
 se ha apagado en mi alma, como en un alma humana.

Os digo en verdad, hombres: del polvo de estas ruinas

levantarán su vuelo las dianas matutinas
del Porvenir, que llega con un libro en las manos
a revivir el triunfo de mis sueños lejanos,
y a imponer su prestigio sobre la paz armada:
es hora de ver rotos el fusil y la espada;
verted la obscura sangre del chacal que vigila
el gran sueño de Europa, y que Guillermo Atila
crucifique sus vastos ensueños neronianos
y ejercite en la lira el hierro de sus manos;
fecundadle las pétreas entrañas al abismo;
hacedle oro de astros con tinieblas del mismo;
que al Universo inunde una enorme Castalia
y que reviva el mito de Hércules y de Onfalia;
pero si el mundo está de envidia y sangre obseso,
pero si nadie siente sobre su alma el beso
de paz y de dulzura que nos da el Cristianismo,
atropellad las leyes, sed vasos de egoísmo;
que apaguen sus audacias vuestras rojas pasiones
en el Apocalipsis de las Revoluciones;
tornad garras de acero las más débiles manos;
haced temblar a Dios... Impetus de aeroplanos
constelen de tragedias el voluble elemento,
con la soberbia olímpica de un águila en el viento;
defended vuestras patrias, jamás seais Boabdiles;
encarnad en vosotras epopeyas de Aquiles;
que azoten vuestros látigos los caballos del Mito
y volved microscópica la palabra infinito...
Y cuando ya el milagro vuestra mano haya hecho,

decid al mundo: —Ved: en nombre del Derecho,
que a nuestras bravas huestes su ancianidad aflia,
escombro hicimos todo: la torre y la familia;
como inútiles cosas aventamos fortunas,
y sin hogar dejamos el sueño de las cunas...
Pobres hermanos tristes, decidle todo eso,
y entonces le habréis dicho palabras de Progreso...
Mis plantas que humillaron quietud de Fibiades
humillarán ahora cerviz de tempestades.
¡Acercad vuestras almas junto a mi alma, hermanos,
y poned una espada en la flor de mis manos!

NAPOLEÓN AZEVEDO

«La Reina Silencio»

Tragedia simbólica, de Goy de Silva.

(FRAGMENTO)

El estudio crítico del ilustre filólogo don Julio Cejador, sobre la obra literaria de Goy de Silva, que hemos publicado en el núm. VII de esta revista, despertó en muchos de nuestros lectores el deseo de conocer íntegras «La Corte del Cuervo Blanco» (de la cual publicamos un acto en el núm. VIII) y «La Reina Silencio», de la que reproducimos sólo una parte en este número, por no sernos permitido publicarlas completas.—N. de la R.

(«LA TRAGEDIA DE LA MUERTE, DEL MÁS ALLÁ, DEL MISTERIO QUE A TODOS NOS HACE CONTINUAMENTE PENSAR, NO HABÍA SIDO LLEVADA JAMÁS AL ARTE, Y GOY DE SILVA LA HA

LLEVADO EN «LA REINA SILENCIO» POR MANERA ACABADA... ES UN ESFUERZO DE INGENIO, POR PARTE DEL AUTOR, QUE SÓLO PUEDE COMPARARSE CON EL QUE CAMPEA EN «LA VIDA ES SUEÑO», DE CALDERÓN. NO HAY AQUÍ LAS NEBULOSIDADES METAFÍSICAS DEL «FAUSTO», QUE, CON TODO LO SUYO, NO SUPO CONVERTIR EN CUERPO EL GRAN GOETHE; TODO ES CLARO Y DIÁFANO, MANERERO Y LLANO. «LA REINA SILENCIO» ES LA MUERTE QUE ACOGE EN SU MISTERIOSO PALACIO A TODOS LOS PEREGRINOS, ES DECIR, A TODOS LOS MORTALES, QUE TODOS VAN A PARAR A ÉL, VALIÉNDOSE DE SUS SIERVAS, LOS SIETE PECADOS CAPITALES SIMBOLIZADOS EN SIETE PRINCESAS, CADA UNA VESTIDA DE UNO DE LOS SIETE COLORES, QUE ATRAEN A LOS HOMBRES HASTA ARRASTRARLOS A DAB EN MANOS DE LA TERRIBLE «REINA...» JULIO CEJADOR, DEL ES-

TUDIO CRÍTICO PARA LA «HISTORIA DE LA LENGUA» Y «LITERATURA CASTELLANAS.»)

"LA REINA SILENCIO"

Acto tercero.

Cripta del castillo. Al fondo, una escalera de mármol da acceso a una gran puerta, abierta sobre un fondo de luz argéntea. De izquierda y derecha parten varias galerías, divididas por pilastras de basalto. La luz del fondo destaca en la obscuridad de la estancia, como una ventana que mirase al día desde las tinieblas de la tierra profunda.

ESCENA PRIMERA

LA REINA Y EL PEREGRINO

EL PEREGRINO

Desde el fondo de las galerías se oye su voz como un eco triste:

¡Yolanda, Yolanda...!

Una pausa.

¡Yolanda, Yolanda...!

LA REINA SILENCIO sale por la última galería de la derecha; lentamente, pausadamente, avanza hasta el centro de la cripta, donde se detiene, esperando. A poco, por el lado opuesto de la galería central, aparece el PEREGRINO, sin el hábito, en traje principesco, quien al verla, exclama con voz rota:

¡Oh...! ¡Vos, vos...!

LA REINA

¿Viste...?

EL PEREGRINO

Pero ¿quién sois vos, que tenéis potestad para llevarme más allá de la vida...? ¿Quién sois, quién sois...?

LA REINA

¿Viste...?

EL PEREGRINO

Estremeciéndose al recuerdo.

Vi, vi... y veo aún, veo aún... Pero, ¿no es esta una aparición cruel... un engaño cruel... una ilusión monstruosa...? ¡Oh! Era Ella, Ella... toda mi vida pasada... toda mi pasión vehemente de los años felices... Era Ella, mi amada, la de los rincones blancos de mi cámara en las noches venturosas que ya no veré más, que no viviré más...

LA REINA

Es verdad, todo lo que viste es verdad... todo lo que ves es verdad... y yo misma, y mi voz nacida en el misterio...

EL PEREGRINO

Obsesionado por la visión reciente.

Estaba en su urna de cristal, lo mismo que el día que la llevaron de mi reino... y sus galas eran las que le habían puesto las doncellas para la partida... Y tenía sobre sí todas las flores y

todas las joyas con que yo la había cubierto al despedirla... parecía dormir... parecía respirar, levemente, bajo los brocados... Parecía que, de un momento a otro, iba a mostrarme el cielo de sus pupilas tan puras y la dulzura de su sonrisa, que era su primer saludo de otros tiempos, al despertar... y yo la contemplaba fuera de mí mismo, como en una región extraña adonde hubiera sido llevado en sueños... La miraba al través del cristal inmaculado como a través de un muro que nos separase fatalmente, cual si entre nosotros existiese la frontera de dos mundos... Y, sin darme cuenta, mi voz salió de mí, interrogadora, sin que yo pudiera sujetarla, ahogarla, destrozarla entre mis dientes... mi voz profanó el silencio y deshizo el encanto, empañando el cristal que se cubrió con mi aliento, pareciendo, entonces, que una nube la ocultaba a mi vista...

LA REINA

Con emoción que, en vano,
se esfuerza por velar.

¡Oh...! ¿Por qué hablaste...? Yo te he advertido que no pronunciaras una sola palabra... ¿Por qué hablaste...? El silencio tiene un poder mági-

co de expresión, que no tiene la voz, cuando en él se envuelven los sentimientos más altos...

EL PEREGRINO

¡Y no fué eso solo...! He querido abrir la urna... He querido libertarla de aquella prisión, infrangible en medio de su fragilidad, y forcé la tapa y toda la caja retembló al esfuerzo de mis manos... ¡Oh!, entonces... ¿cómo decíroslo...? ¡es tan inexpresable...! Vi deshacerse todo su cuerpo bajo la sacudida violenta de mi desesperación... Aquel cuerpo querido, que parecía animado por un soplo de vida, quedó como sepulto bajo las telas, bajo las flores, bajo las joyas, en un montón de harapos, de piedras y cenizas... Todo se convirtió en un montón de oro... todo el oro que la cubría...

LA REINA

¡Oh!, ciego a quien he devuelto la vista para que mirase, un instante, todo lo que el tiempo ha borrado en su vida... ¡Pobre ciego, insensato ciego que pudo ver lo que está reservado a los dioses y no supo respetarlo...! ¿Qué hiciste, qué hiciste...?

EL PEREGRINO

Escuchad, todavía, escuchad... Después de esto, después de tan tremenda visión, pude contemplar, allí mismo, mi imagen reflejada en una lámina de plata... Era la primera vez que volvía a verme después de tantos años... tantos, que ya el recuerdo de mi imagen era un recuerdo vago, confuso, como el recuerdo de los seres queridos que hemos perdido hace tiempo... Yo conservaba de mi rostro la idea de una belleza juvenil, de una juventud floreciente, y frente a mí, en el bruñido metal, aparecía una faz distinta, una faz decrepita, como velada por una gran sombra de tristeza y sufrimiento...

LA REINA

¡Los años pasan, sobre los rostros, implacables...!

EL PEREGRINO

Yo no soy ya para mí mismo más que un extraño... ¿Dónde está el que fué como mi compañero constante...? ¿El que he recordado siempre como una encarnación perfecta de la vida en

todo su esplendor...? ¿Desde cuándo he dejado de seguirme y me alejé de mí mismo...?

LA REINA

El tiempo es implacable...

EL PEREGRINO

Decidme que todo fué un sueño... un sueño que aún perdura y bajo cuya influencia estoy. ¿Cuánto tiempo hace que permanezco aquí...? ¿Quién sois vos misma...? ¿Quién sois y por qué me quitásteis de los ojos una venda para ponerme otra más oscura? ¡Hablad, hablad...! Vuestro silencio nada me explica...

LA REINA

¡Oh! ¡Calla, calla...!

EL PEREGRINO

¿Por qué, por qué...? Yo os suplico que habléis... Quiero desgarrar el misterio que me envuelve... quiero ver la luz del día, la luz de la vida...

LA REINA

¡Calla...!

EL PEREGRINO

Quiero leer en vuestro rostro la verdad... toda la verdad que no queréis revelarme... ¿Por qué veláis vuestro rostro y no dejáis traslucir en él los secretos de vuestra alma...? ¡Oh...! ¿Seréis, en verdad, ese monstruo que dicen, cuya sed de sangre no se sacia nunca...?

LA REINA

¡Calla, calla...!

EL PEREGRINO

Vuestras hijas, ¿sabéis?, vuestras mismas hijas lo pregonan a todos los vientos, en todos caminos... Ellas, como vos, son exterminadoras, insaciables...

LA REINA

¡Calla...! ¿Por qué me acusas sin conocerme...?

EL PEREGRINO

¿Quién sois, pues, quién sois...?

LA REINA

Ven a la luz y mirame.

Avanza hasta la escalera que sube lentamente, y llega a la zona de luz donde se descubre, soltando a su espalda el manto negro, que pende de sus hombros sujeto por un cordón de oro, y apareciendo cubierta de brocados, semejante a una reina bíblica.

¡Mirame!

EL PEREGRINO

Con grito de sorpresa, contenido por la emoción suprema.

¡Oh...!

Retrocede unos pasos, tambaleándose. Ella baja un es-

calón, con las manos tendidas
sobre la sombra.

LA REINA

¡No huyas, no huyas...!

EL PEREGRINO

¡Sois un fantasma... su fantasma...!

LA REINA

¿Y mi voz, y mi voz...?

EL PEREGRINO

¡No es posible! ¡No es posible...!

LA REINA

¡Ven...!

EL PEREGRINO

Es una farsa cruel... la más cruel de las mentiras... Sois un monstruo de perversidad...

LA REINA

Con dulzura, intentando
llegar hasta su corazón.

¡Tengo sed, tengo sed... y tus palabras son como el agua del mar...! ¡Oh, si pudieras leer en mi alma...! Yo te hablaré del pasado, y mi voz llegará a ti como un canto de juventud... Yo te llamaré por tu nombre, y acaso este nombre, dicho por mi voz, encuentre eco en tu corazón...

EL PEREGRINO

Conmovido por esta voz
conocida y amada.

¿Eres Ella... Ella...?

En su acento vibra una
gran ternura.

LA REINA

Te he esperado paciente, con el convencimiento de que vendrías... Todos vienen... Todos llegan a una hora determinada, para esperar o para ser recibidos... Y todos los días, en peregrinación constante, desde que sale el sol, llegan los

emigrados y aguardan la noche para entrar en el recinto del Silencio... Y ayer fué un asceta atormentado... Un pecador envilecido... Un amante olvidado... Un rey a quien el peso de su corona habia dejado un surco sangriento en la frente... Todos vienen aquí... Todos pasan aquí la noche de reposo, para luego emprender la marcha... Otra vez la marcha, pero sin ser ya lo que han sido y sin saber lo que serán... Porque yo, durante su sueño, les cambio el corazón y borro de su mente los recuerdos... Todo su pasado queda hundido en la nada, de modo que al despertar no se reconocen, no recuerdan su vida, y parten tranquilos, confiados y felices...

Mientras hablaba ha retrocedido un paso hasta quedar otra vez en lo alto de la escalera cubierta por la luz. Su rostro fué desfigurándose gradualmente hasta adquirir una lividez mortal, apareciendo ahora con las facciones descompuestas, las mejillas hundidas y las pupilas dilatadas, semejante a un cadáver. Sus manos descarnadas caen rígidas sobre la túnica bordada de oro y plata y guarnecida de joyas, que brillan con extraños fulgores.

EL PEREGRINO

Con actitud demente, ante
esta transfiguración horrible,
se pasa las manos por el ros-
tro, para ahuyentar la visión.

¡Oh...! ¡Espantoso...! ¡Espantoso...!

Una pausa.

¿Quién eres...? ¿Por qué te complaces en tor-
turarme...? Hace un instante Ella estaba en ti,
con toda su belleza... Eras como la esencia de la
Vida... como su imagen más perfecta... Y ahora,
¡oh...! la muerte se refleja en tu rostro con toda
su desnudez.

LA REINA

Soy la que lloras; ¿qué amabas, pues, en mí
si al verme así me desdeñas...?

EL PEREGRINO

¡No, no...! Tú no eres la que busco, porque
esa no espera a nadie más que a mí...

LA REINA

Esa te aguarda en su lecho de cenizas... Ve a buscarla de donde vienes desesperanzado y verás sus ojos como dos cuevas gemelas, llenas de misterio, pero sus ojos no te mirarán... Verás su boca contraída por una mueca siniestra, pero su boca no te sonreirá... Sus mejillas descarnadas y su cabeza calva te horrorizarán más que yo misma...

EL PEREGRINO

Con voz que expresa una angustia contenida.

¡Dejadme partir, dejadme...!

LA REINA

Esta noche no... Debes quedarte... Eres mi huésped por esta noche...

EL PEREGRINO

¡Oh, dejadme, dejadme...!

LA REINA

Todos se quedan aquí una noche, y tú no partirás...

EL PEREGRINO

¡Es horrible, es horrible...!

LA REINA

Con amargo reproche y exaltación creciente.

Eres igual que los demás... igual a todos... ¿Cómo buscar un poco de piedad en vuestros corazones egoistas, incapaces de todo sacrificio, de toda abnegación, de todo amor...? ¡Si yo no hubiera devuelto la luz a tus ojos...! ¿Quién me amará como yo deseo...? ¿Quién me abrirá su alma...? ¡Es mi alma la que quiere ser recibida...! Pero nadie lo comprende y sólo miran la miseria de mi desnudez, esta desnudez marchita, que ni los brocados ni las joyas pueden ocultar... Todos me rechazan, todos... Aun aquellos que vienen tan despojados como yo... ¿Qué eres tú mismo, pobre rey sin reino, a quien el peso de tu corona hundi6 la frente...? Tu frente está

llena de úlceras... tantas llagas la cubren hoy como gemas la adornaron en otro tiempo... ¿Qué queda, en ti, de toda tu juventud...? Tus súbditos no te reconocerían ya, y aquellos que gozaron de tu privanza serían los primeros en alejarse ahora de ti como de un paria... Eres un paria, eres un apestado a quien la vida rechaza... Si volvieras a tu reino, hasta las víboras huirían de ti... ¡Paria, paria...!

EL PEREGRINO

¡Callad, callad...! ¡Callad...!

LA REINA

¡Paria, paria...! Nadie se acercará ya a ti... Los que te amaron, si algún amor inspiraste, te llorarán de lejos, pero nunca más volverás a verlos... ¡Nunca más, nunca más...! Ningunos brazos surgirán en la sombra para recibirte más que los míos; y en ellos tendrás que refugiarte.

EL PEREGRINO

Hace poco tenía a mi lado a quien podía desmentir tus palabras... Era una pastora que me

condujo hasta este castillo, con todo amor y toda abnegación... ¿Dónde está...? ¿Por qué me la habéis arrebatado...?

LA REINA

Esa es la octava de las princesas, que se finge bondad y se llama unas veces Fe, otras veces Duda y otras Hipocresía... Ella, como sus hermanas, sale al paso de los caminantes y les habla con dulzura, con mansedumbre, recordándoles un nombre amado, un pasado grato... todo cuanto pueda halagarles... Se ampara siempre en los bellos mitos y les narra historias inventadas por su fantasía, para distraerles y cautivarles, a fin de conducirles aquí, donde los abandona, después de arrancarles un secreto o despojarles de alguna prenda valiosa... Y tiene tal arte para disfrazarse y fingir, que ni sus mismas hermanas la reconocen...

EL PEREGRINO

¡Oh...! ¡Esta decepción es más amarga que todas; es la pérdida de mi última esperanza...! ¡Era una bella mentira...! ¡Era una bella mentira...!

LA REINA

¡Cuántos, como tú, han sentido la presión de su mano conductora y la ternura de su voz engañosa...! ¡Cuántos han llorado, por su culpa, la pérdida de una ilusión postrera...!

EL PEREGRINO

¡Y es hija vuestra, como las otras... Más perversa que todas...!

LA REINA

No es hija mía, y las otras tampoco lo son, sino mis siervas, mis esclavas... Todas reniegan de mí y me calumnian porque las domino y humillo, pero me acatan, y he de menester aparecer cruel a sus ojos para imponerles mi voluntad...

EL PEREGRINO

¡Ah...! empiezo a comprender... No quisiera haber visto nada... Volvedme a las sombras... devolvedme las tinieblas que disipasteis de mis ojos... todo es preferible a ver la fealdad que me

rodea y mi propia fealdad... En mi ceguera aún vivía feliz porque me creaba un mundo imaginario, a semejanza de mis deseos y de mis ensueños... Te hubiera amado a ti misma de haberte conocido sólo por el encanto de tu voz... pero me has mostrado lo que no debí ver nunca... ¡Nunca...!

LA REINA

Mírame de nuevo y verás renacer en mi rostro la Vida... La Noche y el Día pasan sobre mí, continuamente; el Dolor y la Alegría se suceden en mí y el Odio y el Amor se relevan... Ahora me verás como si la Primavera me adornase con su sonrisa... Me verás como a la imagen de tus sueños, de tus recuerdos, de tu obsesión...

Otra vez su rostro se transforma, cubriéndose de una belleza nueva.

EL PEREGRINO

Anhelante.

¡Oh...! ¡Siempre así, siempre así...! ¡Quiero verte así siempre...!

LA REINA

Se ha desvanecido de mi rostro la sombra fatídica que lo cubría... pero por poco tiempo... Muy pronto volveré a vestirme con mi fealdad.

EL PEREGRINO

¡Así siempre...! ¡Así siempre...!

LA REINA

Ahora eres tú el que está cubierto de lepra... La lepra es ahora tu púrpura...

EL PEREGRINO

¡No me rechaces...! No te alejes... Ya no tengo a nadie más que a ti... ¡Ten piedad, ten piedad...!

LA REINA

¡Piedad, piedad...! Ese nombre encuentra eco en mi corazón... Sólo en mi corazón hay piedad... Una gran piedad que todo lo ampara, lo iguala, lo perdona, lo olvida y lo purifica... Me

llaman la Reina Silencio, porque en mi reino piadoso es donde callan todas las angustias... donde las penas encuentran reposo... donde duermen las pasiones su sueño tranquilo... Yo velo en la noche perenne a los que a mí se confían, y ante los muros de mi recinto se estrellan todas las persecuciones, todas las ambiciones, todos los egoísmos... Todo, desde la más baja a la más alta pasión... Y hoy es un asceta atormentado, un pecador envilecido, un amante olvidado, un poeta sin ideal, y un rey que ha visto rodar a sus pies el cetro y la corona ensangrentados... Todos llegan a mí como parias, porque los han abandonado; como nómadas, porque vivieron errantes; como leprosos, porque están desnudos hasta de su carne... Y yo los acojo, piadosamente, como una amante leal y eterna... ¿Qué amante viste jamás tan abnegada?

EL PEREGRINO

¡Os comprendo, os comprendo...! Y hasta diría que conozco vuestra historia...

LA REINA

¿Mi historia...? Nadie la conoce... Ni yo misma... Soy la hija de un rey inmortal que vió na-

cer el Mundo... Cuando yo nací murió el primer hombre... Desde entonces he conocido la piedad... Yo era una princesa orgullosa... Una princesa a quien las fieras lamían las manos... He desdeñado a reyes, a profetas, a sabios y a conquistadores... Una vez salí de mi castillo y me interné en el bosque... La noche iba delante de mí para cerrar los ojos a todas las cosas... Porque a todos estaba prohibido mirarme, y hasta a las mismas estrellas, a quienes las nubes ocultaban... Iba por lo más obscuro de la selva, cuando oí una voz plañidera que decía: «Princesa, princesa, princesita... ¿Adónde caminas? Apartate de mí, que soy un apestado...» Entonces yo quise ver al que así me hablaba y pedí a las luciérnagas su luz, porque la luna estaba muy distante y había muchas hojas sobre nosotros... Y las luciérnagas nos rodearon y pude ver al gimiendo, cuyo cuerpo era una llaga viva... «¡Oh!, le dije, ¿cómo estás aquí, así...?» Y él me refirió una historia triste, una historia cruel... Los hombres lo habían abandonado... Era un desventurado que no había conocido la piedad ni el Amor... Y se abrasaba en una llama de deseo irrealizable... «¿Quién se compadecerá de mí, decía entre sollozos, y querrá echar sobre mi cuerpo un puñado de tierra para cubrir la miseria que me roe...? Princesa, princesa, princesita...

¿no te da horror mi podredumbre...?» Yo le miré desde mi altura, después de contemplarme a mí misma, y quedé humillada, confundida, al ver que había en el mundo algo más grande, más fuerte, más poderoso que yo... Aquel leproso no era un hombre, era un dios... Porque sólo un dios podía vivir en tal estado... Y le amé y le di mi belleza sin igual a cambio de su fealdad incomparable, y lo cubrí con mi manto y lo cobijé en mi castillo, en mi propia cámara, y lo hice mi esposo, el preferido entre todos, porque ni los guerreros, ni los sabios, ni los reyes, ni los profetas, valían tanto como él...

EL PEREGRINO

¡No hables así, no hables así...!

LA REINA

Indicando un lugar invisible.

Mira al fondo de esa galería... ¿No ves, allá fuera, la noche constelada...?

EL PEREGRINO

Veo unos puntos de luz insignificantes...

LA REINA

Son los mundos perdidos... Y si vistos desde aquí parecen a los hombres insignificantes, ¿qué parecerán los hombres mirados desde ellos...? ¿Se distinguiría desde el más cercano a un rey de un mendigo...? Yo miro a los hombres desde los mundos lejanos y sólo hay un lenguaje que pueda llegar hasta mí, el del sufrimiento.

EL PEREGRINO

Tu voz es una música extraña... un conjunto de armonías desconocidas... Tus palabras caen sobre mi corazón como un bálsamo prodigioso...

LA REINA

No distingo a un rey de un mendigo, porque, cuando llegan a mí, todos son iguales en su desnudez... Y los he visto siempre ante el trono de mi Padre, el cual los considera a todos por igual y les da sus parabienes... Porque mi Padre es el Autor de esa tragedia que los hombres representan desde el principio de la Vida, y los mundos presencian inmutables... y cuando los actores terminan su papel, mi Padre

los elogia, según sus méritos, y a éste le dice: «¡Admirable...! Has sabido llevar con majestad la diadema... Supiste hacer un gesto digno al morir...» Y al otro, y a los otros: «¡Bravo, héroes, bien: soberbios y humildes... avaros y generosos... castos y pecadores... pacientes y rebeldes... abstinentes e insaciables... envidiosos y compasivos... perezosos y diligentes... Todos habéis estado en vuestro papel... los que interpretásteis el Bien y el Mal, el Odio y el Amor... Para todos mis alabanzas...»

EL PEREGRINO

¿Y yo he de ver a vuestro Padre...?

LA REINA

Como todos... después de esta noche...

EL PEREGRINO

¿Y cuál es su nombre...?

LA REINA

Nadie lo sabe, porque cada uno le llama a su

manera... Mi Padre es el *Autor*... el Autor de la Tragedia humana... Los Astros son los únicos que conocen su nombre...

EL PEREGRINO

Tus palabras son un enigma... Hay en ti un gran misterio que me atrae... Siento que empiezo a amarte... que un amor nuevo pesa sobre mí hasta hacerme recordar sin pena y sin deseo todo cuanto amé y perdí para siempre... ¿Es que se acerca la hora del olvido...?

LA REINA SILENCIO baja a la estancia, como un espectro que se desliza sobre sombras...

¡Oh...! Ven, ven... pero que te vea con esa belleza que te ilumina... Quiero verte así, siempre así...

Tomándole, con pasión, las manos, que ella le abandona.

Tus manos, tus bellas manos... estas breves manos que la luz agiganta en la sombra hasta hacerlas capaces de alcanzar todo, de abarcar

todo, de soportarlo todo... Permíteme besarlas...

Besándola las manos.

¡Oh! Tus manos están frías... ¡Tus manos tan blancas...! Y mis labios se apagan en la nieve que las cubre... Acaso todo el fuego esté en tu frente... Deja que mis labios escondan sus besos entre tus cabellos...

La besa en los cabellos.

Tus cabellos no son de fuego... parecen de oro y están fríos, en medio de su brillo. Tal vez el fuego se oculte en tus ojos, como una luz inextinta... Deja que mis labios sientan el calor de esa llama que brilla en el fondo de tus ojos... déjame besarlos...

Besándola en los ojos.

¡Qué fríos están...! Bajo la sombra de tus párpados, son tus ojos como lagos privados de la caricia del sol... Tu boca guardará, sin duda, el fuego que ansío... Quiero sentir sobre mis labios el beso de tu aliento cálido... quiero besar tus labios...

Imprime en la boca hermé-

tica de la Reina, rígida como una estatua, un beso largo.

¡Oh...! ¡Qué frío, qué frío ..! ¡Qué frío...!

Todo su cuerpo está sacudido por un temblor febril. Retrocede unos pasos, inseguramente, extendiendo las manos en el vacío, en busca de un sostén que no encuentra, y cae, desplomado, al pie de la escalinata.

LA REINA

Inclinando hacia él su rostro conmutable.

¡Me ha besado...! ¡Me ha besado...!

ESCENA ÚLTIMA

En medio del silencio altísimo se oye una música doliente. En la escalera, bajo la luz, aparecen las siete princesas. La primera trae en una mano una diadema imperial, y en la otra una lámpara de

plata, semejante a un incensario. Las demás princesas vienen con flores y atributos de realeza. Bajan, con lentitud, los peldaños, quedando en ellos las seis, en dos hileras, y adelantándose sólo la primera princesa.

LA REINA

¿A qué venís...?

PRINCESA PRIMERA

¡Oh, señora...! No hemos hallado al príncipe... Sólo encontramos en el camino vestigios de su paso, y aquí te los traemos... Esta es su corona... Una corona de oro... Mucho oro para una frente...

LA REINA

A las otras princesas.

¿Y vosotras?

PRINCESA SEGUNDA

Yo te traigo su cetro, de oro también... No creía que un cetro pesara tanto...

PRINCESA TERCERA

Yo he recogido su espada... La empuñadura es de oro, y la hoja, del más templado acero, está ensangrentada; pero no pude limpiarla...

PRINCESA CUARTA

Yo tropecé con su coraza, que es de metal cincelado y tiene en su centro un sol de oro... Está rota por el lado izquierdo...

PRINCESA QUINTA

Yo te entrego su escarcela llena de oro... La escarcela de un rey...

PRINCESA SEXTA

Yo encontré su anillo de armas...

PRINCESA SÉPTIMA

Yo he hallado su copa de oro... En ella bebía el agua y la embriaguez... Tiene en su fondo una mancha negra como la huella de un veneno...

PRINCESA PRIMERA

También te traemos guirnaldas de flores...

LA REINA

Dádmelas... Sólo las flores... Esas joyas no nos pertenecen... He aquí a su dueño... El príncipe que buscáis...

LAS SIETE PRINCESAS

Dirigen hacia el PEREGRINO sus miradas ávidas y exclaman, con sorpresa, al reconocerle:

¡Ah...!

LA REINA

Ceñidle la corona, la espada y la coraza... poned en sus manos el cetro y la sortija... recoged su sangre en ese cáliz y esparcid el oro... Después, conducidle a mi cámara, por esta noche... por esta sola noche...

En actitud soberana se cubre con su manto y sube, au-

gusta, los escalones, recogiendo, a su paso, las guirnaldas de las princesas, que se inclinan con rendimiento. En la grada más alta, se detiene, como al mandato de un deseo súbito, y se vuelve casi, en un escorzo lleno de gracia y de majestad, oprimiendo las flores, de todos los matices, contra su pecho brochado, entre sus manos céricas. Su voz es como un canto de sirena.

¡Ah...! princesas...

PRINCESA PRIMERA

¿Señora...?

LA REINA

Indicando con el gesto al peregrino exánime.

Buscad, ahí... dentro de su pecho...

LAS SIETE PRINCESAS

¿Qué...?

LA REINA

Un corazón...

Con ademán lento y magnánimo extiende una mano llena de flores, que esparce, como lluvia de aromas, sobre la víctima reciente.

FINIS TRAGEDIAE

Sombras de la antigüedad

Alcibiades.

El es la encarnación del aticismo;
es un vástago en flor de la nobleza;
de vicios y virtudes, raro abismo,
bajo un iris de gracia y gentileza.

Elegante y burlón, une en sí mismo,
frívola, cortesana ligereza
con gallardos arranques de heroísmo
y secretos impulsos de fiereza.

Fastuoso, como sátrapa de Oriente,
Alcibiades el bello, el indolente,
asombra a Esparta como gran soldado...

Ama el estudio y el placer que enerva:
es un hijo de Venus, engendrado
a la sombra del casco de Minerva.

Entrada de Heliogábalo en Roma.

Heliogábalo, niño afeminado,
Sacerdote del Sol, bello, triunfante,
el Foro cruza en carro deslumbrante
por mujeres desnudas arrastrado.

Sobre ricos tapices reclinado,
muestra a la muchedumbre delirante
la *Piedra Negra*, símbolo flamante
que en áureo pedestal luce a su lado.

El *Augusto* saluda sonriente...
Parece que con él llega de Oriente
cálido soplo y enervante aroma...

¡Tus vicios, joven César, son puñales
que encarás con tus manos imperiales
en las entrañas de la vieja Roma!

El «Augústulo».

Desde el cabo Miseno que destaca al poniente
su obscuro promontorio como enlutado altar,
Rómulo Augusto, solo, contempla tristemente
el viejo sol latino perderse tras el mar.

Y piensa en el hundido Imperio de Occidente
que en sus pequeñas manos depositó el azar...

¡El peso era tan grande...! ¡Oh, pobre adolescente:
qué juego tan difícil y odioso el de reinar!

Sujeto a frágil trono, basado en sangre y cieno,
probaste de una gloria efímera el veneno;
¿por qué, si tú eras bueno,
si no tuviste nunca orgullo ni ambición?

La púrpura en tus hombros fué clámide irrisoria.
«Augústulo» te llama, mofándose, la Historia...
¡Yo adoro tu memoria,
imagen triste y dulce, gemela de *l' Aiglón!*

MANUEL VERDUGO

Algunos sistemas filosóficos ⁽¹⁾

Si tendemos la vista por toda la filosofía, nos aparecerá como una rara tarea con que los hombres han distraído sus largos ocios, haciendo juegos malabares con la contradicción y el absurdo. Y, al hablar así, no me refiero a la disparidad de unos sistemas con otros, sino a la contradicción de cada sistema consigo mismo.

Parece como si en el fondo de nuestra inteligencia hubiese una contradicción, un vicio de origen, y sólo se manifestase claramente cuando queremos razonar mucho, cuando tratamos de profundizar en las cosas.

Kant.

Tanto el idealismo de Platón como el espíritu crítico iniciado por Descartes, no hicieron sino preparar el terreno para que Kant diera la voz

(1) Del libro, recientemente publicado, *El ansia de inmortalidad*

de alarma definitiva (voz que alarmó al mismo Kant, haciéndole retroceder hasta su *Crítica de la Razón práctica*). Nuestra época—dijo el sabio de Koenigsberg—es la época de la crítica; y con esto nos dió a entender que la razón había llegado a darse cuenta de que debía, antes de ponerse a edificar un sistema, examinar si contaba con recursos suficientes para tal empresa.

Bastaba esta prevención, esta desconfianza en el aparato constructor, para destruir todas las metafísicas. Una vez perdida la fe en la razón, es ya imposible volver a creer en ningún sistema construído por ella, aunque vaya precedido de una minuciosa crítica. Para los dogmáticos tenía la razón poder y autoridad indiscutibles; ella era la norma suprema que regulaba todos los valores, sin obligación de rendir cuentas a nadie.

Pero vinieron luego los criticistas, y, habiendo desconfiado de la razón, exigiéronle explicase y fundamentase el por qué de su autoridad suprema.

Únicamente este aspecto de la filosofía kantiana es el que voy a considerar. La forma en que el gran filósofo haga su crítica de la razón y las consecuencias que de ella deduzca, no me interesan ahora; sólo me interesa el hecho de haber sometido a crítica a la razón, y sobre él quiero aplicar su propia filosofía. Es como si

al comparecer un delincuente ante un Tribunal, quisiéramos, antes de entrar a discutir el fallo, averiguar si el Tribunal tenía autoridad y capacidad suficientes para poder juzgar. Esto, claro está, es someter una primera crítica a una segunda, y, por tanto, no nos ha de proporcionar ningún valor objetivo, pues necesitaríamos someter esta segunda crítica a una tercera, y así indefinidamente; pero ya he advertido que iba a describir un círculo vicioso alrededor de cada sistema.

Kant tiene una sonrisa de lástima para esos inocentes dogmáticos que, sin detenerse a estudiar el aparato constructor, se lanzan incautos a edificar un sistema, y se ponen a operar luego sobre el absoluto con la confianza de quien opera sobre algo capaz de ser estudiado y experimentado; pero no advierte Kant—o no quiere advertir—que su filosofía criticista es víctima de una ilusión semejante, pues, aunque él no pretende operar sobre el absoluto, pónese a hacer la crítica de la razón con la confianza propia de quien opera sobre algo capaz de ser estudiado y experimentado y de quien posee un instrumento operador de indiscutible seguridad.

Según Kant, debemos, antes de edificar un sistema, estudiar los recursos con que la razón cuenta para tal empresa; «nuestra crítica tras-

cidental—dice—no se propone extender nuestros conocimientos, sino rectificarlos y proporcionarnos una piedra de toque que nos permita reconocer el valor o no valor de todos los conocimientos a priori»; y dice también en otro sitio, que su «crítica de la razón pura» ha de ser cual un tribunal encargado de asegurar las pretensiones legítimas de nuestra razón y de rechazar las que no tengan fundamento.

Lo cual es querer someter nuestra facultad especuladora a una crítica preliminar encargada de señalar sus errores, de la misma suerte que podríamos someter un reloj a observación antes de comenzar a usarlo, para corregir sus variaciones. Mas existe entre los dos casos la siguiente diferencia: para corregir el reloj tenemos la altura del sol, como punto de relación; pero para corregir a la razón no tenemos sino a ella misma como único punto de relación; por consiguiente, será estéril esa crítica preliminar que pretende asegurar el valor de nuestros conocimientos, y saldremos de ella tan faltos de garantías como antes. Las ilusiones de los sentidos podemos corregirlas con la razón, pero no poseemos ninguna facultad para corregir las ilusiones de la razón: por eso comprendo que se sometan los sentidos a la crítica de la razón, pero el que ésta se haga una autocrítica me pa-

rece de una inocencia tan pueril como la de los dogmáticos cuando pretenden tocar el absoluto, pues si los conocimientos de la razón necesitan someterse a crítica, doblemente necesitará someterse la visión que ella tenga de sí misma.

La crítica kantiana pone como diferencia entre el filósofo dogmático y el criticista, el que el primero es víctima de sus ilusiones, mientras que el segundo sabe tomarlas en su valor. Pero no puede establecerse tal diferencia. En efecto, para valorar una cosa (desvalorarla significa lo mismo en este caso), necesitamos referirnos a un término de comparación, lo cual le está vedado al criticista, pues no puede buscar dicho término en la misma razón, porque es a ella a quien trata de valorar, y tampoco puede buscarlo fuera de la razón, porque entonces caería en la misma ilusión de los dogmáticos al pretender tocar el absoluto.

Kant, después de sonreír irónicamente de los dogmáticos porque pretenden operar sobre el absoluto, y después de haber dicho que hablar del absoluto conocido equivale a hablar del absoluto relativo, pónese a dogmatizar a su vez. La *Crítica de la razón pura* quiere huir del escepticismo y del dogmatismo, pero viene a caer en ambos, pues nos lleva hacia un escepticismo legítimamente razonado y fundamentado, cosa tan

paradójica como lo del absoluto relativo. Los dogmáticos, dispuestos a prestar fe a las manipulaciones de la razón, buscan el absoluto para fundamentarlas; y los criticistas, desconfiando de esas manipulaciones, buscan el absoluto para fundamentar su desconfianza. ¿Qué más da buscar el absoluto para fundamentar nuestra fe, que buscarlo para fundamentar nuestra desconfianza? Si hay candidez en lo primero, también la hay en lo segundo.

Desconfiar de la razón y querer someterla a crítica, es como si, poseyendo la fotografía de una cosa, quisiéramos, antes de prestar fe a la fotografía, estudiar las condiciones del aparato fotográfico. Tal precaución sería muy lógica; pero si no pudiéramos estudiar el aparato fotográfico directamente, sino tan sólo por otra fotografía, resultaría una precaución inútil, pues podríamos dudar de la segunda fotografía lo mismo que de la primera. En caso semejante se encuentra la razón, pues al pretender estudiarse no se estudia directamente, sino en la visión que ella tiene de sí misma, dicho en términos kantianos, no opera sobre la «cosa en sí», sino sobre el «fenómeno».

El mismo Kant confiesa en su prefacio a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*, que a la razón le es imposible escapar al método

dogmático. Y es que para razonar necesitamos confesarnos dogmáticos, explícita e implícitamente; no podemos argumentar sin apoyarnos sobre los principios fundamentales de la razón y sin concederles valor absoluto, al menos por un momento. Hasta para demostrar la relatividad de uno de nuestros principios fundamentales, necesitamos apoyarnos sobre él y concederle valor absoluto.

Fichte

Según vimos, nuestro conocimiento se verifica forzosamente en relación de sujeto a objeto, pero sentimos la necesidad, al propio tiempo, de definir ese objeto independientemente del conocimiento, lo cual es una contradicción.

Fichte salva este obstáculo infranqueable de un modo muy sencillo al parecer. En efecto, siéndole imposible pasar del «yo» al «no yo», lo convierte todo en «yo», hace del «no yo» el «yo» inconsciente, es decir, un límite puesto por el sujeto a si mismo. Y de este modo establece, como acto primitivo de nuestro conocimiento, la afirmación del yo; y, siguiendo luego la ley de opo-

sición y conciliación expuesta por Kant en la división ternaria de las categorías (afirmación, negación y limitación), divide dicho acto, y con él todos los actos intelectuales en general, en tres partes o aspectos: 1.º, afirmación del «yo» por el «yo». 2.º, negación del «yo», o sea afirmación del «no yo»; 3.º, afirmación de un límite entre el «yo» y el «no yo».

Estos tres actos primitivos—afirma Fichte—, no forman sino uno solo, son los elementos constitutivos de una misma realidad concreta. El yo, por el mero hecho de afirmarse, se distingue del objeto, al producirse produce su límite: el mundo objetivo. El cual no es un obstáculo para el yo—según pretende el empirismo—, sino un límite que él mismo se pone. El mundo objetivo, límite del yo, se produce por una actividad del sujeto. *«Suprimid el yo, y suprimiréis el mundo.»*

Así es como nos muestra Fichte al inaccesible «no yo» surgiendo milagrosamente de la afirmación del yo. La misma base había escogido Descartes para edificar su sistema; pues el famoso *«Cogito ergo sum»*. no es sino la afirmación del yo.

Esta sería, ciertamente, una solución muy sencilla al problema de la distinción entre lo ideal y lo real, si no fuera porque el «yo» nos es tan inaccesible intelectualmente como el «no yo». El

que vivamos el yo, no quiere decir que lo poseamos intelectualmente; también vivimos la vida, y, sin embargo, no podemos explicarla. Si las cosas vividas no pudieran ser incógnitas, el Universo no tendría enigmas para nosotros.

Querer hacer del «yo» un valor especulativo que sirva de base a un sistema, es decir, razonar acerca de él, es convertirlo en objeto de nuestro conocimiento, o sea, en «no yo». El yo deja de ser él al entrar en nuestra inteligencia; desaparece sólo con nombrarlo; es tan frágil, que únicamente con posar sobre él nuestro pensamiento, se quiebra y se convierte en el «no yo» inaccesible que huye siempre delante de nosotros; es como aquella bella hada del cuento, que se convertía en bruja al abrazarla el príncipe.

Schelling.

Kant pone el asunto en la «cosa en sí», o sea en el «no yo», y Fichte, viendo la imposibilidad de llegar hasta el «no yo», lo pone en el «yo».

Schelling, queriendo alejarse de estos dos extremos, dice que tan condicionado es el «yo»

como el «no yo», pues aquello de Fichte, «suprimid el yo», y «suprimiréis el mundo», puede decirse a la inversa: «*suprimid el mundo objetivo y suprimiréis el yo*», es decir, que no hay objeto sin sujeto; pero que tampoco hay sujeto sin objeto. Por tanto—sigue afirmando Schelling—no puede ponerse el absoluto ni en el «yo» ni ni en el «no yo», sino más allá de esa oposición, en la raíz común de ambos términos, en la cual desaparece la oposición sujeto objeto, fundiéndose en una neutralidad anterior y superior a todas las oposiciones.

Según vemos, Kant pone el absoluto en uno de los términos de la oposición, Fichte en el otro y Schelling pretende ponerlo en la fuente misteriosa de donde emana toda oposición. Ya hemos dicho que el «yo» de Fichte equivale al «no yo», o sea la impenetrable «*cosa en sí*» de Kant; lo mismo podemos decir de esa raíz común del «yo» y del «no yo», elegida por Schelling para fundamentar su sistema.

En efecto; para pensar dicha raíz común, necesitamos encerrar el «yo» y el «no yo» en un paréntesis, y posar nuestro pensamiento sobre la unión de ambos términos; pero, al hacer esto, todo lo encerrado en el paréntesis se habrá convertido en objeto de nuestro conocimiento; por consiguiente, deberemos buscar el absoluto, no

ya en la relación de esos términos, sino en la nueva relación establecida entre nuestro yo y todo lo comprendido en el paréntesis, para lo cual necesitaremos repetir la misma operación, y así indefinidamente, sin llegar nunca a beber en la misteriosa fuente de la realidad objetiva.

Schopenhauer.

Schopenhauer vió la verdadera imposibilidad de llegar por el conducto de la razón hasta la cosa en sí, y quiso seguir un camino extrarracional; pero no lo siguió sino nominalmente, pues su sistema es, de hecho, intelectualista.

«Kant — dice Schopenhauer — *procede como si fuéramos seres puramente cognoscentes, y no tuviéramos, por lo tanto, fuera de la representación, otro dato, siendo así que realmente poseemos ese dato en la voluntad.*» Y en otro lugar dice: «*Sólo la voluntad puede ser en nosotros el verdadero cabo del ovillo enredado, la verdadera entrada del laberinto.*»

Según Schopenhauer, el pensamiento no es sino un fenómeno derivado y secundario, un accidente de la voluntad, la cual es realmente la

esencia y el fundamento en nosotros. El Universo entero, considerado en su naturaleza última, es la voluntad que se objetiva. El principio organizador, el centro de donde emana toda la evolución creadora, lo que Spinoza llamó la substancia y Schelling el absoluto, es la voluntad en el sistema de Schopenhauer. De un constante deseo de existir, es de donde nace todo el mundo fenomenal; todo lo existente es voluntad de vivir

Estas afirmaciones parecen abrirnos la puerta del misterio; pues siendo la voluntad la fuente misteriosa de donde emana todo el mundo objetivo, y estando esa voluntad en nosotros, es indudable que poseemos la clave del enigma. Así parece a primera vista, ciertamente. Pero poseer la clave del enigma no quiere decir poseerla intelectualmente; vivir no quiere decir comprender la vida. Repito lo dicho anteriormente, al hablar de Fichte: puede una cosa estar en nosotros y ser una incógnita. Si por el hecho de estar las cosas en nosotros pudiéramos explicarlas, podríamos explicar todo el Universo; pues en nosotros están la vida, la materia, la conciencia...

El «voluntarismo nominal» de Schopenhauer, dentro de su filosofar intelectualista, es como aquel que, yendo por una carretera, y habiendo

encontrado una bicicleta, se la echase sobre la espalda, continuara haciendo el camino a pie, y dijera que había hallado y que poseía un excelente aparato de locomoción. No mentiría el caminante; pero de poco le serviría su hallazgo.

Esto hace Schopenhauer al descubrir en la voluntad el medio de entrar en el misterio: cargarse el descubrimiento a la espalda y seguir avanzando con la razón.

Claro está que aunque queramos construir un sistema voluntarista, no podremos servirnos de la voluntad sino pensada por la inteligencia, esto es, cargada a sus espaldas; pero podremos tratar, al menos, de llevar hasta la razón los motivos de la voluntad, y entonces, únicamente, podrá denominarse voluntarista nuestro sistema. Schopenhauer no hace esto, sino todo lo contrario; y prueba de ello es que, en vez de procurar orientarse según la «*voluntad de vivir*», pretende ahogarla dentro de la razón.

Nietzsche.

Cuando se habla de Nietzsche, se hace casi siempre para aludir a su inmoralismo, esto es, a sus ataques a la moral cristiana y schopenhaueriana.

riana. No voy a considerar yo aquí este aspecto de su filosofía—pues no entra en el asunto de este libro—; sólo quiero considerar la técnica filosófica y la teoría del superhombre, porque en ellas es donde realmente se aparta Nietzsche de la filosofía intelectualista, esforzándose por dar sentido práctico a nuestras verdades.

Hasta llegar a Nietzsche, todos los sistemas pueden denominarse intelectualistas, tanto los dogmáticos como los criticistas; pues los dogmáticos no ponen nunca en duda el valor del razonamiento, y los criticistas, aunque comienzan desconfiando de la razón y confesando la imposibilidad de llegar al absoluto, no hacen luego sino argumentar y dogmatizar para colocarnos sus pequeñas verdades. La manera de filosofar de Nietzsche es la primera que puede propiamente denominarse antiintelectualista.

Nietzsche no se preocupa del problema del fenómeno y la cosa en sí, ni de demostrarnos que edifica sobre una base incommovible; tampoco se cuida de preceder su filosofía de una inútil autocrítica, ni de ir escalonando escrupulosamente los razonamientos; su filosofía, lejos de tener la arquitectónica regularidad de las anteriores, aparece desordenada y confusa, y puede decirse que tiene carácter religioso, entendiendo por religión toda tendencia hacia lo sobrenatural, todo ata-

que dado a la verdad por las vías extrarracionales.

En la filosofía nietzschiana se vislumbra, en efecto, un destello sobrehumano; entre sus símbolos, paradojas, y hasta monstruosidades, ondea el reflejo de una lejana luz sobrenatural, de esa misma luz que brilla en todas las leyendas religiosas, hasta en las más burdas. En Nietzsche hace la filosofía un retorno a la religión, pues tiende a persuadirnos, no por el razonamiento, sino por la exaltación del sentimiento.

Parecerá tal vez impropio el llamar filosofía religiosa a una filosofía como la nietzschiana, que no nos habla de Dios ni de la otra vida; pero esto lo compensa Nietzsche con la fe en el superhombre, la cual es la verdadera entraña de toda su obra. La tendencia hacia el superhombre, es tendencia hacia el reino mayor, hacia lo sobrenatural; es deseo de llegar más allá de lo humano por medio de nuestro propio esfuerzo, apoyándonos en nuestra animalidad. En este sentido, la filosofía nietzschiana puede llamarse pragmatista y religiosa, pues pretende abrir un camino al través de la realidad, para conducirnos más allá de lo humano.

No quiero pasar por alto la famosa teoría de la vuelta eterna. Aparece dicha teoría como abandonada al azar en medio de la filosofía de

Nietzsche; pero, a pesar de no guardar relación ninguna, ni por el fondo ni por la forma, con el conjunto de la obra, y de no concederle importancia su mismo autor, ha adquirido gran celebridad y se ha vulgarizado mucho, debido, sin duda, a su misma ramplonería, y a estar expuesta en esa forma de demostración matemática, tan al alcance de la razón.

Debiéndose la formación de los mundos—afirma Nietzsche—a las continuas asociaciones de átomos; y siendo estos átomos siempre los mismos, pues nada se crea ni se destruye, y siendo la fuerza que los mueve una misma uniforme y constante, deberá llegar un momento en el tiempo y un punto en el espacio en que las combinaciones se repitan. Por consiguiente: cada mundo, y lo mismo cada individuo, está infinitamente repetido en el tiempo y en el espacio.

Resulta esta teoría incongruente e incomprensible dentro de la obra de Nietzsche. Y, aisladamente considerada, es una cómica ocurrencia, como dice Unamuno; pues, puestos ya a dialectizar, a cualquiera se le ocurre que con el mismo esfuerzo con que imaginamos el infinito en el tiempo y en el espacio, podemos imaginar también infinitas variaciones llenando ese tiempo y ese espacio, en vez de imaginar infinitas repeticiones. Si se nos da un número determina-

do de elementos y tiempo infinito para combinarlos, nos veremos; indudablemente, obligados a repetir las combinaciones; pero si no se nos limita ni el tiempo ni los elementos, podremos estar toda la eternidad haciendo combinaciones siempre nuevas. Tan difícil es—repito—imaginar el infinito en el tiempo y en el espacio, como imaginarlo en la variedad que los llena.

Dice Unamuno que esta cómica ocurrencia de la vuelta eterna brotó de las trágicas entrañas de Nietzsche como expresión de hambre de inmortalidad concreta y temporal. No participo de esta opinión; no créo brotara la cómica ocurrencia de la misma fuente de donde emana la filosofía inspiradora del conjunto; creo, por el contrario, debe considerársela como una laguna de vulgaridad sin relación ninguna con lo demás de la obra.

El ansia de inmortalidad debemos buscarla en la teoría del superhombre, que es la tendencia hacia lo divino que alienta en toda la obra de Nietzsche.

Tan derechamente quiso ir Nietzsche hacia lo divino, que pretendió saltar sobre el bien y el mal.

Y ahí está tal vez el error origen de su monstruoso immoralismo: en que quiso ir hacia el

bien, prescindiendo de hacer el bien. Pero según ya he dicho, no quiero detenerme ahora a considerar la moral nietzschiana.

MARIANO BENLLIURE Y TUERO

(Se continuará.)

DEL VINO

Crátera que por plena te derramas
en las fiestas leneas, ¡salve!, salve
crátera rebosante de buen mosto
para las libaciones de Dionysos.
Iaco, ¡hijo del ánfora!, no muestres
fruncido ceño a tus adoradores;
llénate de alegría, vierte el fresco
río de tu sonora carcajada,
que se extienda sutilmente, armonioso
sobre los que te ofrecen sacrificios,
como el vino en las copas se desborda
y se esparce en las mesas festivas.

Vino viejo que guardan viejas ánforas,
acendrando sus mieles tiempo largo,
llena de gozo juveniles pechos
y da locura a pechos ya caducos;
nuevo vino que guarda ánfora nueva

no se ha compenetrado de sí mismo
y enloquece al que gusta de sus oros.
Bebe el vino en sazón, no tempranero;
pero tampoco ya melificado...

Cuando traigan los odres bien henchidos
de los lagares, llégate tú, crátera,
colma de buen vino, y silenciosa
cátalo en los festines de la vida
con mansedumbre y con satisfacción.
Después llena las ánforas, que sirvan
para calmar tu sed mientras esperas
las fiestas de las grandes dionisiacas.

CARLOS BARRERA

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Nuestro director, Francisco Villaespesa, en América.....	1
Exposición Nacional de Bellas Artes, 1917, por Joaquín Dicenta (hijo).....	27
Los seres reales, por Amado Nervo.....	53
Al margen de la epopeya, por César E. Arroyo..	63
Sobre los «Bailes rusos», por Carlos Bosch.....	77
Florencia y Roma, por Pío Baroja.....	81
Noré..., por M. Suárez Díaz (Fray Lind).....	97
La vida del idioma, por F. Cortines y Murube... 102	
José Enrique Rodó, por Juan Ignacio Gálvez... 108	
Esta noche, señora..., por Miguel A. Urquieta.. 116	
La educación del Filisteo, por Francisco Giner.. 123	
Los cantos de la guerra: El nuevo Sermón de la Montaña, por Napoleón Acevedo.....	127

	<u>Páginas</u>
«La Reina Silencio», por Goy de Silva.....	131
Sombras de la antigüedad, por Manuel Verdugo.	166
Algunos sistemas filosóficos, por Mariano Ben- lliure y Tuero.....	169
Del vino, por Carlos Barrera.....	187

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Buenos Aires

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba Méjico

Servicio mensual saliendo de Génova (facultativa) el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba Méjico

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanita, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con transbordo para Veracruz, Tampico y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas

En lo que resta de año se realizarán los siguientes viajes á Manila, saliendo los vapores de Barcelona el 30 de Agosto, 13 de Octubre y 26 de Noviembre para Port-Said, Suez, Colombo, Singapoore y Manila.

Línea de Fernando Poo

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán (escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Poo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata

Servicio mensual, saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña, Vigo y Lisboa (facultativa), para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

COLECCIÓN CERVANTES

I.— «La cultura filosófica en España», de José Ingenieros.

II.— «Bajo el sol y frente al mar», de Luis G. Urbina.

III.— «Geometría moral», de Juan Montalvo.

IV.— «Gitanjali», traducción de Abel Alarcón.

V.— «El suicida», de Alfonso Reyes.

VI.— «Historia de México», de Justo Sierra.

DIRECCION: Alberto Aguilera, número 35
Teléfono 3967